

**LAS PALABRAS Y LAS COSAS: EL  
PROBLEMA DE LOS NOMBRES PROPIOS EN  
MILL, FREGE, RUSSELL Y KRIPKE**

**POR**

**PATRICIA GARZA**

*Al monstruo,  
A la gorda,  
A papá Elefante,  
Y al fabuloso Estado de Texas.*

For a mind not previously versed in the meaning and right use of the various kinds of words, to attempt to study of methods of philosophizing, would be as if someone should attempt to become an astronomical observer, having never learned to adjust the focal distance of his optical instruments so as to see distinctly.

John Stuart Mill, *A System of Logic*.

# Índice

<u><i>Índice</i></u> .....	<u>4</u>
<u><i>Prólogo: ¿Por qué los nombres propios?</i></u> .....	<u>6</u>
<u><i>Introducción: La teoría ingenua y sus dificultades</i></u> .....	<u>17</u>
Sentido .....	23
No existencia .....	24
Referencia.....	25
<u><i>Capítulo 1: El nombre en busca del sentido</i></u> .....	<u>27</u>
<u>Introducción: El rompecabezas</u> .....	<u>27</u>
<u>De cómo “hacer” sentido</u> .....	<u>30</u>
<u>Pensamientos</u> .....	<u>37</u>
<u>Conclusión: no match point</u> .....	<u>41</u>
<u><i>Capítulo 2: El caballero que mató al unicornio</i></u> .....	<u>43</u>
<u>Introducción: La agenda filosófica de Lord Bertrand Russell</u> .....	<u>43</u>
<u>Símbolos incompletos</u> .....	<u>46</u>
<u>Nombres que no lo son</u> .....	<u>50</u>
<u>Conocimiento por familiaridad y conocimiento por descripción</u> .....	<u>52</u>
<u>The linguistic twist</u> .....	<u>61</u>
<u>Conclusión: El nombre del padre</u> .....	<u>64</u>
<u><i>Capítulo 3: Brave new worlds</i></u> .....	<u>72</u>
<u>Introducción: la necesidad de nombrar</u> .....	<u>72</u>
<u>Quine vs. la modalidad</u> .....	<u>74</u>
<u>De regreso a Russell</u> .....	<u>80</u>
<u>Necesidad metafísica</u> .....	<u>83</u>
<u>Mundos posibles</u> .....	<u>86</u>
<u>Designadores rígidos</u> .....	<u>89</u>
<u>Necesario a posteriori</u> .....	<u>92</u>
<u>Nuevamente Quine</u> .....	<u>94</u>
<u>Nombrar sin necesidad</u> .....	<u>95</u>
<u>Conclusión: Las variedades del sentido</u> .....	<u>102</u>
<u><i>Capítulo 4: Sobre la denotación</i></u> .....	<u>108</u>
<u>Introducción: Plot holes</u> .....	<u>108</u>
<u>El argumento modal</u> .....	<u>111</u>
El análisis de amplio rango.....	112
La defensa de Kripke.....	115
Descripciones rígidas.....	118

<u>El argumento epistémico.....</u>	<u>119</u>
<u>El argumento semántico.....</u>	<u>124</u>
<u>Teoría causal.....</u>	<u>127</u>
<u>Conclusión: Final de partida. ....</u>	<u>134</u>
<u><i>Bibliografía.....</i></u>	<u><i>149</i></u>

## Prólogo: ¿Por qué los nombres propios?

El denominado “giro lingüístico” es, posiblemente, el suceso más determinante del pensamiento filosófico en el siglo XX, tanto en la llamada tradición continental, como en la tradición analítica.

En esta última, el giro comenzó, muy probablemente, con la introducción de una nueva semántica para la lógica, propuesta por Gottlob Frege en el *Begriffsschrift*. Dicha semántica sería posteriormente desarrollada por Bertrand Russell y Alfred N. Whitehead en *Principia Mathematica* y su acompañante metafísico se encuentra, aunque no sin discusión, en el *Tractatus* de Ludwig Wittgenstein.

Se puede sospechar que estos padres fundadores de la tradición analítica eran cartesianos en espíritu: su objetivo final era garantizar el conocimiento acerca del mundo por medio de un método a prueba de fallos. La intuición inicial para encontrar dicho método fue leibniziana: construir un *calculus ratiocinator*, un lenguaje simbólico en donde los conceptos estuvieran simbolizados de tal forma que fuera posible *operar* con ellos, de forma similar en la que operamos con números matemáticos. El prejuicio era platónico: a cada término debía corresponderle un objeto del mundo, a cada proposición un hecho; es decir, el significado de cada símbolo o composición de símbolos debía

corresponder discretamente con un objeto o situación de objetos en la realidad. A este principio le llamaré puntillismo semántico.<sup>1</sup> Y es en este puntillismo en donde los nombres propios juegan un papel fundamental para la tradición, puesto que dicha concepción pone el tema de la referencia (el tema de cómo es que de hecho el lenguaje alcanza los objetos del mundo) como uno de los temas más centrales a inquirir; y son los nombres propios los que parecen ser los términos referenciales por excelencia. Consideremos, por ejemplo, la entrada en la *Stanford Encyclopedia of Philosophy* sobre el tema:

Somos capaces de usar el lenguaje para hablar del mundo porque, por lo menos cierto tipo de palabras, de alguna forma “se enganchan” a las cosas del mundo –cosas como George W. Bush. Los nombres propios – expresiones como “George W. Bush” – son generalmente vistas como expresiones referenciales paradigmáticas.<sup>2</sup>

¿Por qué los nombres propios son *expresiones paradigmáticas*? Por lo dicho anteriormente: el puntillismo semántico nos lleva a pensar que la forma más básica en la que el lenguaje refiere al mundo es si se toma un objeto individual cualquiera y a dicho objeto se le “da” un símbolo.

¿Qué significa el símbolo? Eso mismo, el objeto individual; no más, no

<sup>1</sup> Quine reconoce esto como el segundo dogma del empirismo. Cfr. W.V.O. Quine: “Two Dogmas of Empiricism”, *The Philosophical Review*. 60, 1 (1951), 20-43

<sup>2</sup> More picturesquely, we are able to use language to talk about the world because words, at least certain types of words, somehow ‘hook on to’ things in the world – things like George W. Bush. Proper names – expressions like ‘George W. Bush’ – are widely regarded as paradigmatic referring expressions. *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/entries/reference/>

menos. Parece una buena forma de empezar. O por lo menos ese ha sido el supuesto de una gran parte de filósofos pertenecientes a la tradición analítica. De hecho, es muy difícil encontrar a un filósofo en dicha tradición que no haya tenido algo que decir al respecto: el año pasado, por ejemplo, Matthew Davidson editó una compilación sobre el problema de la referencia centralizado en el problema de los nombres propios con los 50 artículos más relevantes en la discusión.<sup>3</sup>

Esto tampoco ha de sorprender a nadie por otra razón: la misma semántica que Frege formuló (funciones, valores de verdad, cuantificadores, etc.) *funciona*, podemos decir en un cincuenta por ciento, gracias al concepto de Nombre Propio.

En dicha semántica a un Nombre Propio se le considera el signo utilizado para referir, apuntar o señalar a *un* objeto extra-lingüístico (con eso quiero decir también “extra-mental”) que se une con una función de primer grado (un “concepto”) para obtener, o arrojar, un valor de verdad (resultado de dicha operación).<sup>4</sup>

Lo relevante aquí es que para que una proposición sea completa, es decir, para que una proposición arroje un valor de verdad, se requiere necesariamente de objetos individuales. Pues es la combinación de

---

<sup>3</sup> Cfr. Matthew Davidson: *On Sense and Direct Reference* ( McGrawill, 1997)

<sup>4</sup> Un excelente tratado introductorio acerca de la semántica fregeana y el papel que juegan los Nombre Propios en dicha se encuentra en Gregory McCulloch: *The game of the name* (Oxford University Press, 1989), C. 1

dichos objetos con los conceptos lo que permite que las proposiciones tengan significado, puedan arrojar un valor de verdad.

De estos bloques dependerá toda la construcción siguiente. Los cuantificadores, por ejemplo, se definen como una colección de dichas proposiciones en conjunción o disyunción. Ahora, para dichos objetos individuales extra-lingüísticos se requiere una expresión simbólica. A dicha expresión simbólica se le llama Nombre Propio. Y es aquí donde la materia comienza a complicarse (si los nombres propios sólo fueran básicos, pero no problemáticos, el tema no sería tan estudiado) porque una de las tareas inmediatas para Frege y descendencia será indagar acerca de qué tipo de expresiones lingüísticas pueden ser clasificadas en la categoría de Nombre Propio, tal y como se le ha definido. Es decir, ahora corresponde indagar si los nombres naturales, como "Sócrates" o "Santa Claus"; descripciones definidas, como "la estrella de la mañana" o "el presente rey de Francia"; o demostrativas, como "esto" o "él", pueden hacer las veces de símbolos para objetos que funcionan con conceptos.

La respuesta que poco a poco se dejará ver en esta tesis es que algunas expresiones funcionan para algunos propósitos, otras para otros, pero ninguna funciona para todo.

Yo me enfocaré, sin embargo, en el primer caso (los nombres naturales). Y hablaré del segundo (las descripciones definidas) y el tercer caso (los indexicales) sólo en tanto que se relacionen con éste.

Para poder dar respuesta al problema es claro que debe hacerse una investigación del pasado teórico del asunto, y antes de explicar cómo la voy a hacer, voy a mencionar lo que se dice acerca de los nombres propios hoy en día:

Tenemos, en esencia, tres posturas opuestas: (1) Que son equivalentes a (que significan) descripciones definidas abreviadas, (2) que no son equivalentes a (no significan) descripciones definidas abreviadas y (3) que algunos son equivalentes a descripciones abreviadas y otros no.<sup>5</sup> Lo primero está inspirado en el *Sense and Reference* de Frege, donde la descripción se entiende como “el sentido de un nombre”.<sup>6</sup> Lo segundo fue teorizado en tiempos modernos, y de de manera rústica, por John Stuart Mill. La forma sofisticada de dicha línea comienza con el *Naming and Necessity* de Saul Kripke. Lo tercero está basado en las teorías de Bertrand Russell sobre la denotación y el conocimiento.<sup>7</sup>

Si expongo lo que se dice actualmente como *derivado* de estos autores y no en seguimiento de los mismos es, sencillamente, porque las razones que llevaron a éstos a indagar sobre el tema son muy distintas a las que

---

<sup>5</sup> Qué sean entonces los nombres propios es algo que varía según el anti-descriptivista. En esta tesis del único anti-descriptivista que hablaré directamente será de Kripke.

<sup>6</sup> La equiparación de “el sentido de un nombre” con una descripción definida (sentido como algo necesariamente lingüístico) es posterior y es controversial si se encuentra o no en Frege.

<sup>7</sup> Cfr. Gerrold Katz: “The end of millianism: multiple viewers, improper names, and compositional meaning”, *The Journal of Philosophy*, 98, 3 (2001), 137-166

Frege, Russell y Kripke tuvieron en un principio. Estos autores fueron, ante todo, creadores de sistemas lógicos.<sup>8</sup> Sus teorías sobre los nombres propios se originan de los problemas que encontraron en la construcción de los sistemas simbólicos con los que estaban trabajando; sistemas que, como ya vimos, tenían el concepto de Nombre Propio como fundamental.

Más específicamente, y para ponerlo de alguna forma, estos tres filósofos se toparon con un problema de sustitución. En el caso de Frege, el problema de la sustitución de nombres con la misma extensión en contextos epistémicos; en el de Kripke, el de la sustitución del mismo tipo de nombre pero en contextos modales. Y en el de Russell, el problema de la sustitución de variables en contextos existenciales.

Hoy en día, en cambio, el problema se plantea en términos lingüístico – metafísicos. Dicho enfoque no parte de una definición preconcebida de Nombre Propio para luego averiguar qué elementos caben en ese conjunto. Lo que busca es encontrar la manera más fiel de tratar nuestro entendimiento (*understanding*) ya dado sobre el significado de ciertas cosas que llamamos “nombres propios”. Es decir, su fin es describir y hacer una teoría coherente sobre el uso que hacemos de ciertas expresiones, con el fin de ganar comprensión de nuestras

---

<sup>8</sup> A Kripke también puede considerársele un teórico del lenguaje natural, pero es en sus intuiciones lógicas en donde esta su mayor fuerza.

prácticas lingüísticas, además de entender, por medio de esto, cómo concebimos la realidad mediada por el habla.

John Searle en *Proper Names*, describe muy bien como es el panorama de la problemática que tiene dichos objetivos en mente:

Vamos a resumir las dos posturas en conflicto a considerar: el primera asevera que los nombres propios tienen esencialmente referencia pero no sentido- los nombres propios denotan pero no connotan; la segunda asevera que tienen esencialmente un sentido y solo contingentemente una referencia, - refieren sólo en la condición que uno y sólo un objeto satisface su sentido. Estos dos puntos de vista son caminos que conducen a divergentes y vetustos sistemas metafísicos. El primero lleva a últimos objetos de referencia, las sustancias de los escolásticos y las *Gegenstände* del *Tractatus*. El segundo lleva a la identidad de los indiscernibles, y las variables de cuantificación como lo únicos términos referenciales en el lenguaje. La estructura sujeto-predicado sugiere que la primera debe ser correcta, pero la manera en al que utilizamos y aprendemos los nombres sugiere que no puede ser correcta: un problema filosófico.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> "Let us summarize the two conflicting views under consideration: the first asserts that proper names have essentially a reference but not a sense -proper names denote but do not connote; the second asserts that they have essentially a sense and only contingently a reference -they refer only on the condition that one and only one object satisfies their sense. These two views are paths leading to divergent and hoary metaphysical systems. The first leads to ultimate objects of reference, the substances of the scholastics and the *Gegenstände* of the *Tractatus*. The second leads to the identity of indiscernibles, and variables of quantification as the only referential terms in the language. The subject-predicate structure of the language suggests that the first must be right, but the way we use and teach the use of

Pero si el origen de dichas teorías no fue *lingüístico - metafísico* es de esperarse que en el momento que quiera hacerse una traducción, por así decirlo, de las soluciones lógicas (o *lógico - epistémicas*) a las soluciones lingüísticas, varias cosas llegarán a perderse.<sup>10</sup>

Esta tesis pretende, ante todo, rastrear dicho génesis, con el fin de hacer ver que la problemática es más compleja que una simple cuestión de usos semánticos; lo que sugerirá, sólo al final, que el camino (analizar usos del lenguaje cotidiano desde suposiciones lógico epistémicas) es errado y que el que quiera aprender sobre prácticas lingüísticas debería empezar su investigación desde las mismas.

No existe discusión que no tenga un punto de referencia desde donde se parte para asentir o negar. La introducción de este trabajo expone la teoría de John Stuart Mill, la cual hará las veces de dicho punto de referencia. Esto porque la teoría de Mill se remite a lo más básico o ingenuo que podemos pensar de un nombre propio, es decir: que es un signo con la función de invocar a un objeto individual. En esta misma introducción plantearé las complicaciones que prosiguen de esta simple concepción, las cuales darán lugar sea a su negación sea a una sofisticación de la misma.

---

proper names suggests that it cannot be right: a philosophical problem". John Searle: "Proper Names", *Mind*. 67, 266 (1958), 170.

<sup>10</sup> Un ejemplo clásico de esto es la solución de Frege al problema de los varios sentidos para un mismo nombre, a decir: *establecer* un solo sentido a un nombre

El primer capítulo expone la solución de Frege a lo que él consideraba el mayor problema con la teoría de Mill. La exposición de la postura fregeana será corta en comparación con la de Russell y Kripke, aunque sólo sea porque Frege es también bastante ingenuo en su planteamiento.

De hecho, las objeciones que el filósofo discute son pensadas por él mismo, y al parecer ni él mismo parece salir de ellas a menos que introduzca una concesión artificial. Su idea general, sin embargo, es lo suficientemente poderosa para seguir latente en las cabezas de Russell y, sobre todo, de Kripke.

El segundo capítulo está completamente dedicado a Bertrand Russell y el problema de la no-existencia. El objetivo es mostrar cómo la solución de Russell a este problema lo llevó a afirmar que los llamados nombres propios de Mill en realidad no lo son, y sólo ciertas expresiones pueden ser “nombres lógicamente propios.” Todo lo demás deberá ser tratado como descripción. Esto, sin embargo, no lo pondrá del lado de Frege y las conclusiones de este capítulo dirán por qué.

El tercer capítulo expone el punto de vista de Kripke. Señalaré cómo la historia de la lógica modal llevó al autor a encontrar una solución viable para justificar su validez y relevancia en el campo de los

sistemas lógicos. El efecto aledaño a dicha defensa resultará en una nueva forma de concebir a un nombre propio y, en consecuencia, a la negación de los sentidos fregeanos. Al final de este capítulo pondré las ventajas de esta nueva perspectiva, o rescate, en una balanza con lo ya aprendido de Frege y Russell.

Si bien los tres capítulos contraponen paralelamente a los tres autores, en sus tres distintos planteamientos; no es hasta el cuarto en donde se explora un tema que les atañe a los tres: el de la referencia. Y es en este capítulo en donde aprovecharé para confrontarlos de manera más directa. Es aquí donde el lector se dará cuenta de que tomar una postura definitiva es casi imposible y deben hacerse sacrificios: lo que se gana al optar por uno u otro autor puede ser tan importante como lo que se pierde.

Las conclusiones de esta tesis serán moderadas. Una reconciliación entre la postura de Russell y la de Kripke es posible siempre y cuando no se quiera expandir ninguna de estas posturas a todo lo que sucede cuando hacemos uso del lenguaje. Las pretensiones de ambos, sin embargo, nunca fueron dar cuenta de las reglas universales detrás del acto de referir. Eso, si es posible, está en un campo distinto al de la lógica y es un estudio mucho más difuso. Las intuiciones de Frege,

Russell y Kripke pueden utilizarse para hacer dicho estudio, pero éste deberá ir más allá de ellos y no precisamente en la misma línea.

### **Nota sobre las fuentes**

Todas las traducciones aquí son mías y todos los artículos o libros aquí citados fueron escritos originalmente en inglés con excepción del *On Sense and Reference* de Frege. Utilizo, sin embargo, la versión en inglés, pues esta es con la que todos los demás filósofos dialogan.

Como esta tesis se enfoca sólo en la tradición analítica no consideraré posturas sobre el tema planteadas antes de John Stuart Mill.

## Introducción: La teoría ingenua y sus dificultades

En el primer apartado de *A System of Logic* John Stuart Mill pone los fundamentos de lo que voy a llamar la *teoría ingenua sobre los nombres propios*.<sup>11</sup> (TI) Dicha teoría, apegada en espíritu al *common sense*, concibe los nombres propios como etiquetas para los objetos que encontramos en el mundo.

En términos técnicos, lo que Mill propone es que si bien los nombres generales (como hombre, casa, caballo, etc.) poseen connotación y denotación, los nombres propios sólo se caracterizan por esto último. Es decir, los nombres propios sólo denotan, señalan objetos (individuales). Mientras que los nombres generales, además de señalar objetos, adjuntan un atributo a dicho objeto que están señalando. Así: “Un término no connotativo es aquel que significa solo un sujeto, o sólo un atributo”.<sup>12</sup>

Un nombre que no es propio significa más cosas que el simple objeto extra-lingüístico designado por la palabra. Esto no excluye que los

---

<sup>11</sup> Todos los *nombres* que utilizaré para las teorías sobre la referencia en el nombrar los voy a tomar de la clasificación de Devitt. A la teoría ingenua también se le conoce como “*The ‘Fido’- Fido theory*” Para enfatizar que el significado del signo ‘Fido’ es simplemente su referente. Cfr. Michael Devitt: “Against Direct Reference.”, *Midwest Studies in Philosophy*, 14 (1989), 206-240.

<sup>12</sup> “A non-connotative term is one which signifies a subject only, or an attribute only. A connotative term is one which denotes a subject, and implies an attribute”. John S. Mill: *A System of Logic* (University Press in the Pacific, 2002), I.ii, 5.

nombres connotativos no designen también al objeto, simplemente lo hacen *indirectamente*, mientras que los nombres propios lo hacen *directamente*.<sup>13</sup>

Si bien puede suceder, accidentalmente, que un nombre propio haga también alusión a un significado más allá del objeto extra-lingüístico designado, la *función* de un nombre propio no deja de ser una simple *marca*, usada para que aquellos individuos puedan ser sujetos de un discurso.<sup>14</sup>

Dos ejemplos de Mill ilustran esto. El primero es el de un hijo al que se le pone “John” por el hecho de que el padre también se llama John. Otro es el del pueblo Darthmouth, que recibió dicho nombre por estar situado en la desembocadura del río Darth. Si bien, *al nombrar* dichos objetos se está haciendo alusión a algún atributo con dicho nombre, (i.e. “hijo de John” o “boca del río Darth”) una vez asignado el nombre, éste es independiente de la razón del nombramiento:

No es parte del significado de la palabra John, que el padre de la persona así llamada tuviera el mismo nombre, ni siquiera de la palabra “Darthmouth”, estar situada en la boca de Darth. El hecho, ese hecho, por lo tanto, no puede formar parte del significado de la palabra; pues de otra forma, cuando el hecho *dejara de ser verdad*, nadie pensaría en

---

<sup>13</sup> Cfr. Mill: *A System of Logic*, I.ii, 5. Uno de los argumentos de Kripke para distinguir entre nombres propios y descripciones definidas hará uso de dicha diferencia, como se verá más adelante.

<sup>14</sup> Cfr. Mill: *A System of Logic*, I.ii, 5.

seguir aplicando el nombre. *Los nombres propios están adheridos a los objetos mismos, y no dependen de la continuación de ningún atributo.*<sup>15</sup>

Esto también implica que un nombre propio no puede ser substituido por una descripción, dado que no son sinónimos. Es decir, si resultara que John fuera hijo del lechero o que el río Darth cambiara de curso, las expresiones “John” y “Darthmouth” seguirían designando al mismo objeto; lo cual no se puede decir de “el hijo de John” o “el pueblo en la boca del río Darth”.<sup>16</sup>

Esto, además, significa que el caso opuesto a dicha situación, es decir, el caso de las descripciones que designan un único objeto (las llamadas *descripciones definidas*) tales como “el primer emperador de Roma” o “el padre de Sócrates” no son nombres propios; puesto que las descripciones definidas sí connotan más significado del que denotan.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> “(It) is no part of the signification of the word John, that the father of the person so called bore the same name, nor even of the word Darthmouth, to be situated at the mouth of the Darth. That fact, therefore, can form no part of the signification of the word; for otherwise, when the fact *confessedly ceased to be true*, no one would any longer think of applying the name. *Proper names are attached to the objects themselves, and are not dependent on the continuance of any attribute of the object*”. Mill: *A System of Logia*, I.ii, 5. (Las cursivas son mías)

<sup>16</sup> Uno de los argumentos de Kripke para sostener su teoría de los nombres propios está basado en un punto similar; el argumento de Mill, por lo mismo, e un argumento modal, aunque todavía no esté aquí la semántica de los “mundos posibles”. Aquí el asunto es que en *este* mundo el río Darth puede cambiar de curso, si así sucede Darthmouth sigue designando el mismo objeto mientras que “el pueblo al lado del río Darth” ya no. El punto de Mill es que una vez que se ha dado el nombre, el nombre pierde *toda connotación*, y dado que en Mill significado es connotación, el nombre pierde todo significado.

<sup>17</sup> Esto es sólo es una consecuencia de la definición que Mill está dando de “nombre propio”. Otro asunto son las razones por las que las descripciones definidas no son

De las pasadas observaciones fácilmente puede colegirse que siempre que los nombres dados a los objetos contengan *información*, esto es, siempre que tengan, en sentido propio, algún significado, el significado reside no en lo que *denotan*, sino en lo que *connotan*. Los únicos nombres que nada connotan son los nombres *proprios*; y estos tienen, estrictamente hablando, ningún significado.<sup>18</sup>

La diferencia entre querer usar una descripción definida o un nombre propio es, según Mill, el propósito que el hablante tenga. La función de un nombre propio, dado que no tiene significado alguno, es simplemente la de *marcar* o *etiquetar* un objeto para poder *invocarlo* cuando se quiera decir algo acerca de él. Es, por así decirlo, una marca distintoria (a la manera en la que un ladrón dibuja una X en la puerta de una casa, para distinguirla de las demás cuando quiera ir a robarla por la noche).

Dicho todo esto, ya se tienen los elementos necesarios para resumir las tesis que la TI supone:

---

nombres propios *de jure*, es decir, por las que *no pueden ser nombres propios*. Una de las razones que se podrían pensar, sin embargo, tiene que ver con lo dicho anteriormente.

<sup>18</sup> "From the preceding observations it will easily be collected that whenever the names given to objects convey *information*, that is, whenever they have properly any meaning, the meaning resides not in what they *denote*, but in what they *connote*. The only names which connote nothing are *proper* names; and these have, strictly speaking, *no signification*". Mill: *A System of Logic*, I.ii , 5. (Parte de las cursivas son mías) El asunto de la *información* será de extrema relevancia para hacer una crítica a dicha doctrina.

- 1) Los nombres propios significan simplemente el objeto extralingüístico que designan y no hacen alusión a ninguna propiedad que dicho objeto pueda tener. En otros términos, *el significado de los nombres propios es su referencia.*
- 2) Las descripciones (definidas o no) significan objetos *solamente de manera indirecta.* El propósito de una descripción no es designar un único objeto (aunque lo pueda hacer) sino atribuir un predicado a dicho objeto que designa.

De esta tesis se siguen varios corolarios:

- a) Dado que el nombre propio no significa, en sentido *milliano*, nada y más bien *invoca*, no es posible que un nombre propio *contribuya* a dar información sobre el objeto del cual es marca.
- b) Si el nombre propio sólo señala lo que invoca, un nombre propio que invoque algo inexistente simplemente no está invocando nada; es decir, dicho “nombre” no puede ser un nombre.
- c) Las descripciones, sin embargo, no tienen que invocar ningún objeto para que su función se cumpla.
- d) Si se encuentran casos de nombres propios que no cumplan con estas características, entonces o no son nombres propios o la teoría debe modificarse.

Antes de seguir, quisiera hacer una última observación sobre la teoría de Mill, lo cual permitirá tener un criterio o parámetro de crítica.

Si es posible llamar el planteamiento de Mill *teoría ingenua* sobre los nombres propios es porque éste parece, simplemente, explicitar el uso normal que, de hecho, le damos a expresiones como “Sócrates” o “Mill”. Es decir, la teoría se sustenta en hechos del lenguaje natural. Por lo tanto, podría parecer que se necesitan situaciones muy específicas para mostrar que esto *no es así en todos los casos*.

Con dichos términos un planteamiento que niegue la TI bajo condiciones más estrictas (es decir, que niegue que expresiones como “Sócrates” o “Mill” sean nombres propios) será menos potente que alguno que muestre cómo lo que todos consideramos “nombre propio” no va de acuerdo con todo lo que Mill suscribe de ellos.

De este modo, el propósito de esta tesis, que es, en sentido más general, encontrar un tratamiento adecuado sobre el significado de los nombres propios, deriva en el propósito de saber si es posible sustentar sin ninguna modificación la TI. Si planteo el problema de esta manera es por lo anteriormente observado: la TI es la forma más inmediata de entender a los nombres propios, así como la *picture theory* es la forma más inmediata de entender el lenguaje en general.<sup>19</sup> Por lo tanto, si la podemos conservar debemos conservarla.

---

<sup>19</sup> El lenguaje como una “foto” que representa los objetos o hechos del mundo.

Dicho esto, ahora es posible plantear tres problemas básicos con la TI que darán lugar a más problemas: el problema del sentido, el problema de la no existencia y el problema de la referencia.

### **Sentido**

Consideremos un mismo objeto que tiene dos nombres propios. El ejemplo clásico es el de Hesperus y Phosphorus. Ambos hacían referencia al planeta Venus. Sin embargo, los astrónomos no siempre supieron esto, ya que a Hesperus se le relacionaba con la “estrella de la tarde” y a Phosphorus con la “estrella de la mañana”.

Ahora, comparemos las siguientes proposiciones:

(1) Hesperus es Hesperus

(2) Hesperus es Phosphorus

Si bien (1) es claramente tautológica, es decir, no aporta ninguna información nueva, todo parece indicar que (2) sí lo hace. Ciertamente alguien que no sabe que “la estrella de la mañana” es la misma que “la estrella de la tarde” adquirirá nuevo conocimiento si se le dice que “Hesperus es Phosphorus”. Sin embargo, se había dicho que el nombre propio no significa nada más que su referencia. Si esto es así, entonces “Hesperus es Phosphorus” es semánticamente lo mismo que “Hesperus es Hesperus”. ¿Es esto cierto?<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> La intuición nos lleva a responder en negativa. El final de esta tesis estará enfocado en este problema, y la conclusión será que, en efecto, la información no es la misma, y por ende, el significado no es el mismo; sin embargo, la solución de Frege no es la única alternativa.

## No existencia

Si los nombres invocan objetos extra-lingüísticos, ¿cuál es el significado de un nombre propio que no invoca nada? Cuando se preguntan cosas como si Homero existió, ¿qué significa “Aristóteles” aquí?

Ciertamente “Homero” no puede significar Homero, pues de ser así la pregunta no tendría mucho sentido. Cuando se hacen preguntas de ese estilo lo que se quiere saber es si, por ejemplo, el autor de *La Iliada* existió o más bien fueron varios autores los que la escribieron.

Además existe un problema estrictamente formal. Como ya se vio, para que los predicados puedan dar lugar a un valor de verdad, a saber “verdadero” o “falso”, es necesario que *funcionen* con objetos. Propositiones del tipo la  $x$  es  $G$  necesitan una “ $x$ ” para poder después arrojar un valor de verdad. ¿Qué valor puede tener una proposición como “ $G...$ ”, si los predicados por sí solos no pueden arrojar valor de verdad alguno?<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Incluyo este problema por dos motivos: para que la lista esté completa, y porque es parte del génesis de la teoría de Russell acerca de los nombres propios, teoría que resulta muy importante debido a su influencia y a que es un punto intermedio entre Frege y las nuevas teorías de la referencia. Así, la resolución o el análisis a profundidad del problema de la no existencia no será parte de esta tesis.

## Referencia

“El problema básico para cualquier tesis como la de Mill es el de cómo podemos determinar qué cosa es la referencia de un nombre tal y como lo usa un hablante particular”.<sup>22</sup>

Kripke quiere decir lo siguiente: para que una tesis como la de Mill funcione es necesario tener alguna forma de determinar cuál es el objeto que el nombre esta “etiquetando”, es decir, determinar cuál es el mecanismo que permite que “Fido” refiera a Fido, por ejemplo. Si el nombre no significa nada más que el objeto que invoca entonces ¿qué pasa cuando no hemos tenido o no podemos tener *acceso* a dicho objeto? Si, por ejemplo, estoy hablando de “Julio César” y alguien pregunta “¿quién es Julio César?”, no es posible que yo señale ostensivamente a alguien y le diga “él”, dado que el objeto al que me refiero ya es inaccesible por dicho medio. Tengo que decir algo como “el primer Emperador de Roma” y sólo así el interlocutor entenderá de quién estoy hablando.

En la mayoría de los casos parece necesario hacer uso de alguna descripción definida para entender un nombre. Sólo en el caso del acceso directo no es así. Si esto es verdad, si en la mayoría de los casos el hablante determina un nombre por su descripción, habría que replantear qué significa decir que los nombres propios sólo significan los objetos que invocan.

---

<sup>22</sup> Saul Kripke: *Naming and Necessity* (Harvard University Press, 1980), 36

¿Puede existir algún otro mecanismo de determinación que no exija sinonimia de los nombres propios con descripciones definidas, además de señalar ostensivamente?

Para resolver el problema del sentido Frege tendrá que rechazar al millianismo; para resolver el problema de la no existencia Russell tendrá que modificarlo al punto de no reconocimiento. Y dado que estas dos medidas ponen a la lógica modal en estado de agonía, Kripke tendrá que rescatarlo de tal forma que esquive los otros problemas. Todos, aprovechando el recorrido, tendrán una propuesta para el problema de la referencia.

## Capítulo 1: El nombre en busca del sentido

### **Introducción: El rompecabezas** <sup>23</sup>

El comienzo del *Sense and Reference* de Frege ha sido citado innumerables veces:

La igualdad induce a la reflexión a través de preguntas relacionadas con ella y que no son fáciles de contestar. ¿Es la igualdad una relación? ¿Es una relación entre objetos? ¿O bien entre nombres o signos de objetos? Esto último es lo que supuse en mi ideografía. Las razones que parecen hablar en favor de ello son las siguientes:  $a=a$  y  $a=b$  son evidentemente enunciados de diferente valor cognoscitivo:  $a=a$  vale *a priori* y, siguiendo a Kant, puede denominarse analítico, mientras que enunciados de la forma  $a=b$  contienen frecuentemente ampliaciones muy valiosas de nuestro conocimiento y no siempre pueden justificarse *a priori*. El descubrimiento de que cada mañana no se levanta un nuevo sol, sino que siempre es el mismo, fue ciertamente uno de los descubrimientos más trascendentales de la astronomía. Aún ahora, el reconocimiento de un pequeño planeta o de un cometa no es siempre algo evidente. Ahora bien, si en la igualdad quisiéramos ver una relación entre aquello a lo que los nombres “*a*” y “*b*” se refieren, no parecería que  $a=b$  pudiera ser distinto de  $a=a$ , siempre que  $a=b$  fuera cierto. Se habría expresado, en tal caso, una relación de una cosa

---

<sup>23</sup> El título hace alusión al libro de Salmon que lleva el mismo nombre: *Frege's puzzle*. Cfr. Nathan Salmon: *Frege's puzzle* (MIT Press, 1985).

consigo misma, y además una relación tal, que se da en cada cosa respecto de sí misma, pero que ninguna cosa tiene respecto de cualquier otra.<sup>24</sup>

El denominado “rompecabezas de Frege sobre la identidad” no consiste en tratar de entender a qué se refiere el filósofo con “una relación tal, que se da en cada cosa respecto de sí misma, pero que ninguna cosa tiene respecto de cualquier otra”. Tiene que ver con el valor cognitivo de igualdades entre términos.

Una forma de resaltar el valor cognitivo, o el contenido de información, que puede tener un término es por medio de operadores epistémicos tales como “cree que”, “piensa que” “asevera que” etc. Con esto en mente, el rompecabezas de Frege puede plantearse así, consideremos las siguientes sentencias:

- 1) Juan cree que Hesperus es Hesperus
- 2) Juan cree que Hesperus es Phosphorus

---

<sup>24</sup> “Equality gives rise to challenging questions which are not altogether easy to answer. Is it a relation? A relation between objects, or between names or signs of objects? In my *Begriffsschrift* I assumed the later. The reasons which seem to favour this are the following:  $a=a$  and  $a=b$  are obviously statements of different cognitive value;  $a=a$  holds *a priori* and, according to Kant, is to be labelled analytic, while statements of the form  $a=b$  often contain very valuable extensions of our knowledge and cannot always be established *a priori* (...) Now, if we were to regard equality as a relation between that which the names ‘a’ and ‘b’ designate, it would seem that  $a=b$  could not differ from  $a=a$  (i.e. provided  $a=b$  is true). A relation would thereby be expressed of a thing to itself, and indeed one in which each thing stand to itself but to no other thing”. Gottlob Frege: “On Sense and Reference” ( *Meaning and Reference*, A.W. Moore, Oxford University Press, 1993), 23

Ahora, existe una inferencia lógica que afirma que si “x” es idéntica a “y”, cualquier cosa que sea verdad de “x” también lo será de “y”.<sup>25</sup> Así, si tenemos Ga y a = b, entonces es lógicamente válido inferir Gb.

Si Hesperus y Phosphorus significan exactamente lo mismo (a saber, Venus) entonces, según el principio de substitución es posible reemplazar Hesperus por Phosphorus y viceversa sin ninguna alteración en el valor de verdad de las proposiciones. Por lo tanto, si de “Juan cree que Hesperus es Hesperus” es T, se seguiría lógicamente que “Juan cree que Hesperus es Phosphorus” también es T.

Sin embargo, se sabe intuitivamente que este no es necesariamente el caso, ya que es perfectamente posible que Juan no esté al corriente de lo último en astronomía y todavía no sepa que la estrella de la mañana es la misma que la estrella de la tarde.

Pensemos en un ejemplo ficticio que ilustra más el problema. ¿De “Luisa Laine cree que Clark Kent es Clark Kent” se puede seguir que “Luisa Laine cree que Clark Kent es Superman”? No, dice nuestra intuición y nuestra apreciación por las buenas historias. Por qué es así, Frege ya lo expresó arriba: el valor cognitivo de “Clark Kent es Clark Kent” no es el mismo que el de “Clark Kent es Superman”. La primera proposición expresa una tautología (*a priori*), mientras que la segunda

---

<sup>25</sup> Cfr. Por ejemplo a Russell en *On Denoting*. “If *a* is identical with *b*, whatever is true of the one is true of the other, and either may be substituted for the other in any proposition without altering the truth or falsehood of that proposition”. Bertrand Russell: “On Denoting”, *Mind*, 14 (1905), 470

aporta valiosa e inesperada información nueva. Está claro cuando pensamos en lo que Lex Luthor podría hacer con esta información.

Sin embargo, y aquí es cuando entran en yuxtaposición Mill y la teoría ingenua, la suposición de que un nombre significa solamente su referencia parece dar lugar a estas, de primera impresión, inaceptables conclusiones. Podría pensarse que algo ha salido mal aquí y la teoría semántica de Frege va a sugerir qué fue.

En este capítulo, corto en comparación a los demás, expondré la teoría de Frege acerca del *sentido*, tal cual como aparece en *Sense and Reference*. Con esta noción Frege intentará resolver el problema aquí planteado; esta respuesta es de primera impresión brillante y sin fisuras; serán los nombres propios, sin embargo, lo que de alguna forma denunciarán las grietas internas que el mismo Frege admite se encuentran en su teoría. La conclusión de este capítulo será una crítica y reflexión sobre esta nueva teoría y su contraposición con la teoría ingenua.

### ***De cómo “hacer” sentido***

Si Frege ya tenía en mente la noción de *sentido* y luego la aplicó para resolver su rompecabezas o si sucedió lo contrario es algo que desconozco. En todo caso, es en su *Sense and Reference* en donde Frege afirma que la única forma en la que una diferencia puede surgir entre dos nombres con la misma referencia es si esos dos nombres hacen

alusión a “dos modos distintos de presentación”<sup>26</sup> de eso que el nombre está designando.

Y es a este “modo de presentación” al que Frege le llamará el *sentido* de la expresión:

Es natural considerar entonces que a un signo (nombre, unión de palabras, signo escrito), además de lo designado, que podría llamarse la referencia del signo, va unido lo que yo quisiera denominar el sentido del signo, en el cual se halla contenido el modo de presentación.<sup>27</sup>

Lo primero que debemos notar es que Frege, más abajo se entenderá que muy ingenuamente, afirma que cualquier “señal” puede ser el designador de cualquier objeto singular. Es decir, tanto una palabra como “Frege” o una descripción definida como “el autor de *Sinn und Bedeutung*” o un demostrativo como “él” pueden ser considerados nombres propios. El único requisito para que el signo sea un nombre propio es que designe *un solo objeto*.

Concedido esto, lo que la introducción del concepto de *sentido* aporta a los problemas semántico-epistémicos ya mencionados es la afirmación de que si bien Hesperus y Phosphorus tienen la misma referencia, es posible aseverar que no tienen el mismo sentido. El sentido de

---

<sup>26</sup> Cfr. Frege: “On Sense and Reference”, 24

<sup>27</sup> “It is natural, now, to think of there being connected with a sign (name, combination of words, letter), besides that to which the sign refers, which may be called the reference of the sign, also what I should like to call the *sense* of the sign, wherein the mode of presentation is contained”. Frege: “On Sense and Reference”, 24

Hesperus es “la estrella de la tarde”, mientras que el de Phosphorus es el de “la estrella de la mañana”.

Por lo mismo, ahora se ve también lo que Frege tiene que decir ante el problema del “valor cognitivo” en oraciones de identidad. Dado que es posible tener varios sentidos o modos de presentación para un mismo objeto, siempre habrá conocimiento nuevo cada vez que se encuentre un nuevo modo de presentación para dicho objeto.

Para hacer más comprensible lo anterior es necesario ahondar un poco en más en el sentido y sus características.

Primero: según Frege, el sentido de un nombre está directamente conectado con el signo utilizado para dicho nombre; lo cual, no se puede decir de la referencia de ese nombre:

La conexión regular entre un signo, su sentido, y su referencia es de tal tipo que a cada signo corresponde un sentido definitivo y a su vez una referencia definitiva, mientras que a una referencia dada (un objeto) no corresponde un solo signo.<sup>28</sup>

Segundo: si por algún motivo sucede lo contrario, es decir, si a un solo signo le asignamos dos sentidos distintos, esto no se debe a alguna imperfección de la noción de sentido aquí concebida. Más bien, es una imperfección en los lenguajes naturales que, entre otras cosas, tienden a ser inconsistentes y a depender del contexto.

---

<sup>28</sup> “The regular connexion between a sign, its sense, and its reference is of such a kind that to the sign there corresponds a definite sense and to that in turn a definite reference, while to a given reference (an object) there does not belong only a single sign”. Frege: “On Sense and Reference”, 25

A cada expresión correspondiente a una totalidad de signos, ahí ciertamente corresponde un sentido definitivo; pero los lenguajes naturales no suelen satisfacer esta condición, y uno debe conformarse si la misma palabra tiene el mismo sentido en el mismo contexto.<sup>29</sup>

No se necesitan muchos arreglos para hacer que esta introducción del concepto de sentido, o modo de presentación, pueda dar cuenta de algunas expresiones que son perfectamente utilizables en el lenguaje pero que no tienen referencia alguna.

Es decir, tercero: esto significa que el hecho de que un nombre no tenga *referencia* no quiere decir que no tenga *significado*. Ahora, eso va directamente en contra de lo planteado por TI:

Tal vez sea concedido que toda expresión gramaticalmente bien formada que representa a un nombre propio siempre tiene un sentido. Pero esto no significa decir que también corresponde ahí una referencia. (...) Al entender un sentido, uno no está asegurado con certeza de la referencia.<sup>30</sup>

Así, cuarto: una teoría que hace distinción entre el sentido y la referencia de un nombre no tiene por qué comprometerse con la existencia de los objetos a los que alude para realizar expresiones

---

<sup>29</sup> "To every expression belonging to a complete totality of signs, there certainly correspond a definite sense; but natural languages often do not satisfy this condition, and one must be content if the same word has the same sense in the same context". Frege: "On Sense and Reference", 25

<sup>30</sup> "It may, perhaps, be granted that every grammatically well-formed expression representing a proper name always has a sense. But this is not to say that to the sense there also corresponds a reference. (...) In grasping a sense, one is not certainly assured of a reference". Frege: "On Sense and Reference", 25

significativas. Esto es porque podemos hacer que la referencia de dicha expresión no sea el objeto extra-lingüístico invocado, sino simplemente su sentido.<sup>31</sup>

Un ejemplo de esto es cuando reportamos lo que otros hablantes piensan o dicen:

En el discurso reportado, uno habla acerca del sentido, e.g., de lo que otra persona afirma. Es claro que en esta forma de hablar las palabras no tienen su referencia acostumbrada, más bien designan lo que es usualmente su sentido. Para tener una expresión corta, vamos a decir: En el discurso reportado, las palabras se usan *indirectamente* o tienen su referencia *indirecta*.<sup>32</sup>

Esto ya indica cómo se puede resolver la paradoja de la inferencia supuestamente inválida que se mostró al principio del capítulo. Cuando se dice “Juan cree (dice, afirma, piensa) que Hesperus es Hesperus” o “Juan cree que Hesperus es Phosphorus”, las referencias de Hesperus o Phosphorus no son Venus. Esto porque, según Frege, cuando se está citando a alguien más lo que se está indicando es el sentido de las palabras y sólo de manera indirecta el objeto extra-lingüístico que designan. Si es así, Hesperus refiere a “estrella de la

---

<sup>31</sup> Confrontar más adelante la sección final de mi capítulo sobre Russell para una crítica de esta aseveración.

<sup>32</sup> “In reported speech, one talks about the sense, e.g., of another person’s remarks. It is quite clear that in this way of speaking words do not have their customary reference but designate what is usually their sense. In order to have a short expression, we will say: In reported speech, words are used *indirectly* or have their *indirect* reference”. Frege: “On Sense and Reference”, 27

tarde” y Phosphorus a “estrella de la mañana”. Dado que no significan la misma cosa, la sustitución no aplica (es decir, no es el caso que  $a=b$ ) por lo que el supuesto problema se esfuma.

Esto, como se verá más adelante, tiene que ver con el “pensamiento” indicado por una expresión, que difiere, en un uso no reportado (es decir en un uso que no reporta el *pensamiento de alguien*) de la referencia de una proposición, i.e. en un uso que reporta el pensamiento de alguien:

El pensamiento en la sentencia “La estrella de la mañana es un cuerpo iluminado por el Sol” difiere de aquel en la sentencia “La estrella de la tarde es un cuerpo iluminado por el Sol”. Cualquiera que no conociera que la estrella de la tarde era la estrella de la mañana podría sostener que uno fuera verdadero mientras que el otro falso. El pensamiento, entonces, no puede ser considerado la referencia de la sentencia, sino que debe ser considerado como el sentido.<sup>33</sup>

Antes de adentrarme en las consideraciones de los distintos “pensamientos” y modos de presentación que se le pueden dar a un nombre es preciso distinguir entre estos pensamientos y sentidos, y lo que Frege llama *ideas*.

---

<sup>33</sup> “The thought in the sentence “The morning star is a body illuminated by the Sun” differs from that in the sentence “The evening star is a body illuminated by the Sun” Anybody who did not know that the evening star is the morning star might hold the one thought to be true, the other false. The thought accordingly, cannot be the reference of the sentence, but must rather be considered as the sense”. Frege: “On Sense and Reference”, 27

Una variedad de ideas puede ser asociada con el mismo sentido. Frege pone el ejemplo de un caballo llamado “Bucephalus” visto por un zoólogo, un jinete y un artista. Los tres, probablemente, conectarán ideas muy distintas con dicho objeto, y esto constituye una diferencia básica entre *idea* y *sentido*. El *sentido* de un nombre puede ser *compartido* por muchos individuos, mientras que una idea es exclusivamente propia de un sujeto.<sup>34</sup> A la luz de esto, dice Frege:

Uno no debe tener escrúpulos al hablar *del* sentido, mientras que en el caso de una idea uno debe, estrictamente hablando, agregar a quién le pertenece y en qué momento.<sup>35</sup>

Lo que distingue a las ideas de los sentidos es que dos sujetos son capaces de asociar el mismo modo de presentación a un objeto; y puede decirse con verdad que entienden el mismo sentido; sin embargo, según las concepciones fregeanas existe un *impedimento intrínseco* para que dos sujetos *tengan la misma idea*.

En resumen, dice Frege:

Un nombre propio (palabra, signo, combinación de signos, expresión) *expresa* su sentido, *está por* o *designa* su referencia. Por medio de un signo nosotros expresamos su sentido y designamos su referencia.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Más adelante profundizaré en esto.

<sup>35</sup> “One need have no scruples in speaking simple of *the* sense, whereas in the case of an idea one must, strictly speaking, add to whom it belongs and at what time”. Frege: “On Sense and Reference”, 30

<sup>36</sup> “A proper name (word, sign, sign combination, expression) *expresses* its sense, *stands for* or *designates* its reference. By means of a sign we express its sense and

Las teorías semánticas de Frege abarcan mucho más que el tema de los nombres propios. Esta distinción entre sentido y referencia se aplica también al caso de las proposiciones y a una forma de entender la manera en que funcionamos nosotros y el lenguaje en general.

La crítica ha surgido de varios frentes. Muchos dicen que las paradojas fregeanas no son resultado de la semántica de los términos sino de la semántica de los denominados verbos *opacos* como creer, saber, entender, aseverar, afirmar, etc. Todos esos verbos tiene la característica de señalar cierta intencionalidad particular en el sujeto que los realiza. Y es esa intencionalidad lo que parece generar contradicciones en las sentencias, no las sentencias en sí. Ese problema no es tema de esta tesis; sin embargo, es cierto que verbos opacos o las así llamadas “actitudes proposicionales” parecen tener más sentido si el nombre propio significa más que la referencia. Sin embargo, esta misma solución tiene ya problemas internos, uno de ellos es planteado por el mismo Frege y es el que trataré a continuación.

### ***Pensamientos***

La tesis que Frege intenta defender en su artículo *Thoughts* es que existen, además de las cosas físicas extra-mentales y las cosas internas mentales (ideas), otras entidades denominadas *pensamientos*.

Éstas entidades no son físicas pero tampoco son ideas, ya que, como arriba se señala, los pensamientos son *compatibles* y las ideas no. Es

---

designate its reference”. Frege: “On Sense and Reference”, 32

posible que dos personas tengan el mismo pensamiento pero no la misma idea, pues la idea es completamente privada, es decir, depende de una percepción subjetiva.<sup>37</sup>

En este artículo Frege nos permite conocer un poco más acerca de la naturaleza del sentido, pues es aquí en donde identificará, justamente, a los pensamientos con los sentidos de las oraciones<sup>38</sup> y, a la luz de esta clasificación, podrá plantearse nuevos problemas.

El punto en el que Frege parece mostrar más ansiedad sobre su teoría de la distinción entre sentido y referencia es cuando ésta es confrontada con el tema de los nombres propios.<sup>39</sup>

La situación incómoda se resume así: parece ser que en el caso de los nombres propios a un solo término no necesariamente le corresponde siempre un solo sentido. Parafraseo ahora el ejemplo de Frege:

Imaginemos que el Dr. Gustav Lauben dice “Yo fui atropellado” y Leo Peter lo escucha y dice días después “El Dr. Gustav Lauben fue atropellado”. En primera, ¿expresa esta oración el mismo pensamiento que aquel que el Dr. Lauben dijo para sus adentros? Y si añadimos un tercero involucrado, Rudolph Lingens, que escuchó al Dr. Lauben hablar y ahora escucha el reportaje de Leo Peter ¿hay algo que

---

<sup>37</sup> Cfr. Gottlob Frege: “Thoughts” (*Logical Investigations: Gottlob Frege*, P.T Geach, Oxford, 1977), 24-25

<sup>38</sup> Cfr. Frege: “Thoughts”, 24

<sup>39</sup> “But knowledge of the language is a special thing when proper names are involved”. Frege: “Thoughts”, 27

garantice que al oír tal reporte Rudolph Lingens entienda que se está tratando del mismo sujeto?:

Para un entendimiento completo, uno necesita, en este caso, saber la expresión “Dr Gustav Lauben”. Ahora, si tanto Leo Peter como Rudolph Lingens quieren decir por “Dr Gustav Lauben” el doctor que es el único doctor que vive en una casa conocida por ambos, entonces ellos dos entienden la sentencia “ El Dr. Gustav Lauben fue herido” de la misma forma; asocian el mismo pensamiento con eso. Pero también es posible que Rudolph Lingens no conozca al Dr. Lauben personalmente y no sepa que fue el Dr. Lauben quien dijo recientemente “fui herido”. En este caso Rudolph Lingens no puede saber que el mismo asunto está en cuestión. En este caso digo, por lo tanto: el pensamiento que Leo Peter expresa no es el mismo que aquel que el Dr. Lauben expresó.<sup>40</sup>

Si se añade ahora un cuarto a este lío, Herbert Garner, quien sabe que el Dr Lauben nació en 1875 pero no sabe dónde vive ese doctor actualmente ni nada más acerca de él y ahora suponemos que Leo Peter no conoce en qué año nació el doctor “entonces, en lo que se refiere al nombre propios “Dr. Gustav Lauben”, Herbert Garner y Leo

---

<sup>40</sup> “For complete understanding, one needs, in this case, to know the expression ‘Dr Gustav Lauben’. Now, if both Leo Peter and Rudolph Lingens mean by ‘Dr. Gustav Lauben’ the doctor who is the only doctor living in a house known to both of them, then they both understand the sentence ‘Dr Gustav Lauben was wounded’ in the same way; they associate the same thought with it. But it is also possible that Rudolph Lingens does not know Dr Lauben personally and does not know that it was Dr Lauben who recently said ‘I was wounded.’ . In this case Rudolph Lingens cannot know that the same affair is in question. I say, therefore, in this case: the thought which Leo Peter expresses is not the same as that which Dr Lauben uttered”. Frege: “Thoughts”, 32

Peter *no hablan el mismo lenguaje*, aunque de hecho se refieran al mismo hombre con ese nombre”.<sup>41</sup>

La solución que Frege propone a este problema es un tanto artificiosa. Decide suponer que Leo Peter usa el nombre propio “Dr Lauben” mientras que Herbert Garner usa el nombre propio “Gustav Lauben”:

Respectivamente, con un nombre propio, es cuestión de la manera en la que el objeto designado sea presentado. Esto puede suceder de distintas maneras, y a cada manera corresponde un sentido especial para la sentencia que contiene un nombre propio. Los diferentes pensamientos así obtenidos de las mismas sentencias corresponden en su valor de verdad, por supuesto; es decir, si uno es verdadero, entonces todos son verdaderos, y si uno es falso entonces todos son falsos. Sin embargo, la diferencia debe ser reconocida. Así que debemos definir que para cada nombre propio sólo una manera de presentación debe ser asociada para el objeto designado. Usualmente no importa que esta definición se cumpla, pero no siempre.<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup>“Then, as far as the proper name ‘Dr Gustav Lauben’ is concerned, Herbert Garner and Leo Peter do not speak the same language, although they do in fact refer to the same man with this name”. Frege: “Thoughts”, 32

<sup>42</sup>“Accordingly, with a proper name, it is a matter of the way that the object so designated is presented. This may happen in different ways, and to every such way there corresponds a special sense of a sentence containing the proper name. The different thoughts thus obtained from the same sentences correspond in truth-value, of course; that is to say, if one is true then all are true, and if one is false then all are false. Nevertheless the difference must be recognized. So we must really stipulate that for every proper name there shall be just one associated manner of presentation of the object so designated. It is often unimportant that this stipulation be fulfilled, but not always”. Frege: “Thoughts”, 33

Lo irónico de esta solución es que el problema inicial, el de los cambios de valor de verdad en el contexto de sustitución en actitudes proposicionales, era en gran parte originado por una protesta venida del fondo de nuestras intuiciones más básicas.

***Conclusión: no match point***

La solución planteada por *Pensamientos* muestra la debilidad en una teoría como la de Frege. Por lo general, distintos sujetos asocian cosas distintas a un mismo nombre, sin embargo esto no significa (1) que los sujetos que tienen distintos modos de presentación no se entiendan entre sí ni sepan que se están refiriendo a la misma cosa y (2) que por ende sea necesario asociar a cada nombre propio un único sentido, sólo porque no lo tienen. Aristóteles no sólo es el autor de *La Metafísica*, también es el discípulo de Platón, etcétera.

Más allá de las refutaciones del mismo Frege, se encuentra el mismo contraejemplo de Mill, a saber: si se distingue el significado de un nombre propio del de su referencia (si el significado de un nombre no es su referencia), la referencia no está garantizada. El sentido deja, a pesar e lo que piense Frege, de determinar la referencia. Si el sentido de "Darthmouth" es "el pueblo que está al lado del río Darth" y el río Darth cambia de curso, entonces (1) o Darthmouth va a referir a otra cosa (a lo que esté ahora al lado del río Darth, por ejemplo) o (2) que Darthmouth de hecho no existe.

La pregunta no es si la distinción de Frege entre sentido y referencia es correcta o no, sino si dicha distinción aplicada al caso de los nombres propios tiene más poder explicativo y menos dificultades que una teoría como la de Mill, y hasta ahora el resultado parece un empate: ambas responden a una intuición y ambas tienen un contra argumento fuerte.

Más cuidadoso parece ser, en cambio, Lord Bertrand Russell; lo digo de antemano, es muy difícil encontrar grietas en su teoría sobre la denotación y el nombrar, siempre y cuando se acepte, también hay que decir, sus controversiales supuestos. Eso no significa que las preocupaciones de Frege serán aliviadas, puesto que Lord Bertrand Russell tendrá una agenda muy distinta en mente.

## Capítulo 2: El caballero que mató al unicornio

### ***Introducción: La agenda filosófica de Lord Bertrand Russell***

Al co-autor de los *Principia* le preocupaba mucho el uso de proposiciones con elementos que al parecer no tenían ningún correlato con la realidad; o, para estar siempre en el campo lingüístico, elementos que no refirieran a nada: proposiciones como “la montaña dorada está en el sur”, o “el círculo cuadrado no existe”. Dado que no había tal cosa como “la montaña dorada” o “el círculo cuadrado”, el noble inglés debía dar cuenta de por qué, de hecho, era posible usar dichas proposiciones con sentido si por lo menos uno de sus elementos no tenía, al parecer, sentido alguno.

Este problema ya había sido analizado por otros lógicos,<sup>43</sup> pero la solución dejaba a Russell completamente insatisfecho, dado que consistía en postular objetos “inexistentes” que sin embargo tenían algún tipo de *entidad real*, dicha entidad era lo que permitía dar significado a símbolos que parecían no hacer referencia a ningún objeto en el mundo, y por lo tanto, hacía posible formar proposiciones verdaderas que tuvieran estas entidades por sujetos. La opinión de Russell al respecto de esto es muy clara:

---

<sup>43</sup> En particular por Meinong. Cfr. Alexius Meinong: “The Theory of Objects”. (*Realism and the Background of Phenomenology*, R. Chisolm (ed), New York Free Press, 1960)

En dichas teorías, me parece que hay una falla de ese sentido de realidad que debe ser preservado aún en los estudios más abstractos. La lógica, debo mantener, no debe admitir más a un unicornio de lo que haría la zoología; pues a la lógica le concierne el mundo real tan verdaderamente como a la zoología, a pesar de que sea sus aspectos más abstractos y generales.<sup>44</sup>

Gran parte de la agenda filosófica de Russell consistirá en fortalecer por todos los medios ese “sentido de realidad” y prevenir cualquier fuga de escape en el mismo.

Lo que nos lleva a los nombres propios, entendidos como elementos primordiales del así concebido aparato lógico. Si estas piezas no están afianzadas a la realidad, nada más lo estará. Desde esa perspectiva el problema inminente ya se mencionó: la posibilidad de hablar de cosas inexistentes con sentido.

Hay por lo menos dos frentes por los que Russell puede enfrentar esta verdad tan inconveniente. Uno de ellos es el lógico, otro el epistemológico. Para ambos, sin embargo, Russell utilizará un mismo recurso: la descripción definida. Si uno continúa leyendo el artículo encontrará que Russell, sin haber argumentado todavía, responde al problema de la no-existencia de la siguiente forma:

---

<sup>44</sup>“In such theories, it seems to me there is a failure of that feeling for reality which ought to be preserved even in the most abstract studies. Logic, I should maintain, must no more admit a unicorn than zoology can; for logic is concerned with the real world just as truly as zoology, though with its more abstract and general features”. Bertrand Russell: “Descriptions” (*Meaning and Reference*, A.W. Moore, Oxford University Press, 1993), 47

Una proposición como “x es irreal” solo tiene significado cuando ‘x’ es una descripción definida o indefinida; en ese caso la proposición será verdadera si “x” es una descripción que describe nada.<sup>45</sup>

La argumentación para mostrar esto será expuesta en la primera parte de este capítulo. El complemento epistemológico de este análisis formal será tratado en la segunda parte. Ambos darán una imagen adecuada del combate frontal por parte de Russell al problema de la no-existencia, combate que será el génesis de la teoría de Russell acerca de los nombres propios en el lenguaje natural. Las conclusiones de este capítulo señalarán las semejanzas y diferencias entre esta teoría y la teoría de Frege.

Específicamente, adelanto ahora, a lo que Russell quiere llegar es a probar que las descripciones siempre son símbolos incompletos, es decir, que a diferencia de un nombre propio, su construcción no invoca directamente a los objetos. Proposiciones como ‘x no existe’, por lo tanto, pueden tener sentido y ser verdaderas o falsas siempre y cuando ‘x’ sea una descripción.

---

<sup>45</sup> “Such a proposition as ‘x is unreal’ only has a meaning when ‘x’ is a description definite or indefinite; in that case the proposition will be true if ‘x’ is a description which describes nothing”. Russell: “Descriptions”, 48

## **Símbolos incompletos**

En *Principia Mathematica*, Russell define las descripciones como ocurrencias de la forma “el tal-y-tal” (*the so-and-so*),<sup>46</sup> como “el autor de Waverly” o “el ser más perfecto”. En dicho tratado se limita a la consideración de las descripciones singulares, es decir, de aquellas descripciones que sólo tienen aplicación cuando sólo hay un tal-y-tal y no más.

En lenguaje formal, por lo tanto, toda descripción requiere una función proposicional  $\Phi x$  que sea satisfecha por un solo valor de  $x$  y nada más. “Entonces, “la  $x$  que satisface  $\Phi x$ ” es una descripción que describe definitivamente un cierto objeto, *aunque* no sepamos qué objeto describe.”<sup>47</sup>

Russell decide utilizar el símbolo “ $(\iota x)(\Phi x)$ ” para dichas descripciones. Lo que ahora va a querer probar es que “ $(\iota x)(\Phi x)$ ” siempre va a ser un símbolo incompleto. Es decir, que “ $(\iota x)(\Phi x)$ ” no puede reemplazar nunca a un objeto en una proposición. La “ $x$ ” que satisface al “tal-y-tal” no es lo mismo que la descripción “el tal-y-tal”.

Esto se ve claro cuando se define el símbolo “ $E! (\iota x)(\Phi x)$ ” que según Russell significa “la  $x$  que satisface ‘ $\Phi x$ ’ existe” y su definición es: hay

---

<sup>46</sup>Cfr. Bertrand Russell y Alfred Whitehead: *Principia Matemática* (Cambridge. 1905), 31

<sup>47</sup>“Then ‘the  $x$  which satisfies  $\Phi x$ ’ is a description which definitely describes a certain object, *though* we may not know what object it describes”. Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 31

un objeto  $c$  tal que  $(\iota x)(\Phi x)$  es verdad cuando  $x$  es  $c$  y no de otra forma.<sup>48</sup>

Aquí puede notarse que  $x$  es totalmente una variable indeterminada y sólo se concretiza cuando hay dicha  $c$ . Esto es lo que le va a permitir a Russell poder usar la existencia como predicado sin caer en contradicciones.

Una proposición tal como "Apolo existe" es en realidad de la misma forma lógica, aunque no contenga explícitamente la palabra *el*. Pues "Apolo" significa en realidad "el objeto que tiene tales-y-tales propiedades," (...) Si estas propiedades hacen la función proposicional  $\Phi x$  entonces "Apolo" significa " $(\iota x)(\Phi x)$ ", y "Apolo existe" significa " $E! (\iota x)(\Phi x)$ ".<sup>49</sup>

Es de notar aquí que Russell ya está sugiriendo la ocurrencia de nombres que en realidad son descripciones abreviadas y la razón por la que deben tratarse así es que puede surgir la cuestión sobre la existencia de los portadores de dichos nombres. Eso se verá con detalle más adelante. Ahora señalaré cómo es que Russell no sólo muestra sino demuestra que  $(\iota x)(\Phi x)$  siempre es un símbolo incompleto.

En el capítulo III de los *Principia*, Russell trata de manera directa el caso de los símbolos incompletos, que son símbolos que no pueden tener

---

<sup>48</sup> Cfr. Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 32

<sup>49</sup> "A proposition such as 'Apolo exists' is really of the same logical form, although it does not explicitly contain the word the. For "Apolo" means really 'the object having such-and-such properties', (...) If these properties make up the propositional function  $\Phi x$  then "Apolo" means ' $(\iota x)(\Phi x)$ ', and 'Apolo exists' means ' $E! (\iota x)(\Phi x)$ '". Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 32

ningún significado *aisladamente* pero pueden ser definidos en ciertos contextos. Estos símbolos se distinguen de lo que llamamos “nombres propios”, que están directamente en lugar de un objeto y pueden tener significado sin necesidad de contexto. La manera de abordar la problemática se asemeja mucho a la que se encuentra en *Descriptions*:

Supongamos que decimos: “El círculo cuadrado no existe”. Parece claro que es una proposición verdadera, pero, no podemos considerarla como si estuviera negando la existencia de cierto objeto llamado “el círculo cuadrado”. Pues si hubiera un objeto tal existiría: no podemos primero asumir que hay un cierto objeto, y luego proceder a negar que hay tal objeto. Siempre que el sujeto gramatical de una proposición pueda ser supuesto como no existente sin hacer, por eso, que la proposición carezca de significado, es claro que el sujeto gramatical no es un nombre propio, *i.e.* no un nombre que directamente representa a un objeto. Entonces, en todos los casos de ese tipo, la proposición debe ser capaz de ser analizada de tal forma que el sujeto gramatical desaparezca.<sup>50</sup>

---

<sup>50</sup>“Suppose we say: ‘The round square does not exist’. It seems plain that this is a true proposition, yet we cannot regard it as denying the existence of a certain object called ‘the round square’. For if there were such an object it would exist: we cannot first assume that there is a certain object, and then proceed to deny that there is such an object. Whenever the grammatical subject of a proposition can be supposed not to exist without rendering the proposition meaningless, it is plain that the grammatical subject is not a proper name, *i.e.* not a name directly representing some object. Thus in all such cases, the proposition must be capable of being analyzed so that what was the grammatical subject shall have disappeared”. Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 69

Este *leitmotiv* russelliano se complementará entonces con un análisis de la proposición tal que cualquier sujeto gramatical deje de ser relevante en la proposición.

El itinerario para llegar a dicho análisis puede trazarse de la siguiente forma: supongamos que decimos (y utilizo aquí el ubicuo ejemplo de Russell) “Scott es el autor de Waverly”, y pensamos que “el autor de Waverly” puede, de hecho, usarse como un nombre propio que está puesto en lugar de un objeto  $c$ . Si  $c$ <sup>51</sup> es cualquier cosa excepto Scott, entonces la proposición es falsa<sup>52</sup>; sin embargo si  $c$  es Scott, entonces la proposición es “Scott es Scott”, lo cual resulta trivial y, claramente, es distinto a “Scott es el autor de Waverly”. Y como no es posible que “el autor de Waverly” signifique alguna otra cosa, entonces, y he aquí la audaz conclusión: “el autor de Waverly” no significa nada.

Puesto en términos más formales  $a=(\iota x)(\Phi x)$  nunca es trivial, lo que significa que  $(\iota x)(\Phi x)$  no puede ser un nombre propio, pues de ser así o  $a=(\iota x)(\Phi x)$  sería falso o trivial. Todo el argumento quedaría de la siguiente forma:

1. Si  $a=(\iota x)(\Phi x)$  es un valor de la forma  $a=y$  entonces  $a=(\iota x)(\Phi x)$  es o falso o trivial.
2.  $a=(\iota x)(\Phi x)$  nunca es trivial y muchas veces es verdadero.
3.  $\therefore a=(\iota x)(\Phi x)$  no es un valor de la forma  $a=y$ .

---

<sup>51</sup> Es decir, supuestamente: “el autor de Waverly”.

<sup>52</sup> Puesto “el autor de Waverley” sólo puede ser Scott.

4. Si (3) entonces  $(\iota x)(\Phi x)$  no es un valor de  $y$ .
5.  $y$  significa cualquier cosa.
6.  $\therefore (\iota x)(\Phi x)$  no puede significar alguna cosa.<sup>53</sup>
7.  $\therefore (\iota x)(\Phi x)$  siempre es un símbolo incompleto.

Símbolos del tipo  $(\iota x)(\Phi x)$  tienen, por lo tanto, un significado en uso, pero no por sí mismos. Y ya se vio como Russell se las arregla para desaparecer a  $(\iota x)(\Phi x)$  como sujeto gramatical en ocurrencias como “E!  $(\iota x)(\Phi x)$ ”.

La celebrada teoría de Russell acerca de las descripciones surge de aquí pero sus especificaciones no son relevantes en esta exposición. Solamente debe notarse que las razones para sostener dicha posición afectan también la forma en la que pueden concebirse los nombres naturales, tales como “Russell” o “Scott”.

### ***Nombres que no lo son.***

Russell, en los *Principia*, entiende a un nombre propio de la siguiente manera: “Los nombres elementales serán los únicos “nombres propios” verdaderos, *i.e.* nominaciones convencionales que no implican ninguna descripción”.<sup>54</sup>

Esta definición tiene un corte claramente *milliano*. Sin embargo, consideremos ahora lo que Russell había dicho respecto a los símbolos

---

<sup>53</sup> Cfr. Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 70

<sup>54</sup> “Elementary names will be such as are true “proper names”, *i.e.* conventional appellations not involving any description”. Russell y Whitehead: *Principia Matemática*, 66

incompletos:

*Siempre que el sujeto gramatical de una proposición pueda ser supuesto como no existente sin hacer, por eso, que la proposición carezca de significado, es claro que el sujeto gramatical no es un nombre propio, i.e. no un nombre que directamente representa a un objeto.*<sup>55</sup>

Si, finalmente, recordamos que Russell no consideraba a “Apolo” un nombre propio sino una descripción abreviada, podemos comenzar a ver hacia dónde se dirige el lógico con todo esto: Russell admite la definición de Mill de “nombre propio”; sin embargo, no considera que la mayoría de las cosas que Mill llama “nombre propio” realmente lo sean, puesto que *cuando la existencia del sujeto gramatical puede ponerse en duda, entonces dicho sujeto gramatical no es un nombre propio.*

Sobre muchas cosas puede ser puesta en tela de duda su existencia. Empezando por todo aquello con lo que no tenemos una familiaridad directa porque no está presente ante nosotros. Términos como “Babilonia”, “Aristóteles” o incluso “Fidel Castro” no serían entonces nombres propios, sino descripciones. Pero esto ya ha dejado de ser únicamente una cuestión de lógica y pasa ahora al campo epistemológico en donde Russell mostrará su faceta más radical.

---

<sup>55</sup> “Whenever the grammatical subject of a proposition can be supposed not to exist without rendering the proposition meaningless, it is plain that the grammatical subject is not a proper name, i.e. not a name directly representing some object”.

### **Conocimiento por familiaridad y conocimiento por descripción**

El *Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description* de Russell es un ejemplo modelo de filosofía analítica clásica. Las aseveraciones que ahí se encuentran son tan controversiales como fundacionales para toda una tradición. De primera instancia el artículo parece sólo tratarse de lo que sea que conocemos cuando usamos proposiciones que tienen como sujeto gramatical una descripción que no sabemos a quién corresponde; sin embargo, el fluir de las implicaciones comienza a hacer notar al lector que lo que se tiene enfrente va más allá: se trata de uno de los episodios más explícitos de semántica verificacionista que se hayan escrito.

Pero empecemos por el principio: para Russell uno está familiarizado (*acquainted*) con un objeto cuando tiene una relación cognitiva directa con dicho objeto, es decir, cuando el sujeto se percata directamente del objeto mismo.<sup>56</sup>

Nosotros, dice Russell, tenemos un conocimiento de tal tipo, a saber *directo*, sólo de *particulares*, es decir, datos sensibles (*sense-data*) como esta rojez, esta sonoridad, o este olor; de conceptos universales como “antes” o “deseo”;<sup>57</sup> y de la propia mente, o lo que denominamos “yo”.

No tenemos un conocimiento directo con objetos físicos (a diferencia de

---

<sup>56</sup> Cfr. Bertrand Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 11 (1911), 108

<sup>57</sup> Es de notar que Russell sostiene que tenemos una familiaridad *directa* con estos conceptos. Es decir no los conocemos a través de instancias. Cfr. Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 111-112

los datos sensibles, es decir, de tal particular rojez o suavidad en tal o cual objeto) y con las mentes de otras personas. Por consecuencia, de estas cosas sólo tenemos conocimiento por descripción.<sup>58</sup> En donde descripción se entiende en el sentido ya expuesto.

Debemos decir que tenemos “mero conocimiento descriptivo” del tal-y-tal cuando, aunque sepamos que el tal-y-tal existe, y aunque sepamos que posiblemente podríamos estar familiarizados con el objeto que es, de hecho, el tal-y-tal, aún no conocemos la proposición “*a* es el tal-y-tal”, donde *a* es algo con lo que estamos familiarizados.<sup>59</sup>

¿Cómo afecta todo esto la concepción que Russell tiene sobre los nombres propios? Precisamente, porque la mayor parte de las cosas que nombramos las conocemos únicamente mediante una descripción, ya que no hay manera de que estemos directamente familiarizadas con ellas.

Nótese la analogía con el tema anteriormente visto, a saber, que cualquier cosa que no sea un nombre es una descripción y las descripciones no pueden ser nombres. Así, cualquier cosa que no sea un particular no es un *objeto* de nuestro conocimiento, y los *objetos físicos* no son particulares. Por lo tanto, no son objetos de nuestro

---

<sup>58</sup> Cfr. Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 112

<sup>59</sup> “We shall say that we have ‘merely descriptive knowledge’ of the so-and-so when, although we know the so-and-so exists, and although we may possibly be acquainted with the object which is in fact, the so-and-so, yet we do not know any proposition ‘*a* is the so-and-so’, where *a* is something with which we are acquainted”. Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 113

conocimiento; y si no lo son, es lógico que deban expresarse entonces como descripciones.

Más aun, y aquí Russell aborda el problema ya tratado en el *Thoughts* de Frege, esas descripciones varían de cabeza en cabeza (es decir, no hay una descripción única para cada nombre). Si es así, lo único constante en nuestra forma de entender un objeto es el objeto mismo para el cual el nombre (o más bien la descripción) aplica, y del que, en la mayor parte de los casos, no es posible tener conocimiento directo.

Pensemos en algunos ejemplos. Supongamos algún enunciado acerca de Bismarck. Asumiendo que hay tal cosa como familiaridad directa con uno mismo, Bismarck mismo pudo haber usado su nombre directamente para designar a la persona particular con la que él está familiarizado. En este caso, si él hiciera un juicio acerca de él mismo, el mismo sería un constituyente de tal juicio. *Aquí el nombre propio tiene el uso directo que siempre desea tener, como simplemente estando por algún objeto, y no por la descripción de un objeto.* Pero si una persona que conoció a Bismarck hiciera un juicio acerca de él, el caso es distinto. Con lo que esta persona estaba familiarizada era con cierta data-sensible que conenctó (correctamente, suponemos) con el cuerpo de Bismarck. Su cuerpo como un objeto físico, y más aún, su mente, sólo fueron conocidos como el cuerpo y la mente por descripción. Es, claro está, una cuestión de suerte qué características de la apariencia de un hombre vendrán a la mente de un amigo suyo cuando piensa en él, así la descripción que de hecho está en la mente del amigo es accidental. *El*

*punto esencial es que él conoce que todas las distintas descripciones aplican a la misma entidad, a pesar de no estar familiarizado con la entidad en cuestión.*<sup>60</sup>

La razón por la que “Bismarck” no es un nombre propio, sino una descripción abreviada, no es alguna cualidad semántica intrínseca en la expresión “Bismarck”; dicha expresión puede ser un nombre propio. Simplemente es muy difícil que así sea, ya que según los estrictos criterios de Russell, casi ningún objeto existente es un elemento de la proposición misma, puesto que, y he aquí el truco, *cualquier proposición que podamos entender tiene que estar compuesta únicamente por elementos con los que estamos directamente familiarizados.*<sup>61</sup>

---

<sup>60</sup> “Let us take some illustrations. Suppose some statement made about Bismarck. Assuming there is such a thing as direct acquaintance with oneself, Bismarck himself might have used his name directly to designate the particular person with whom he was acquainted. In this case, if he made a judgment about himself, he himself might have be a constituent of the judgment. Here the proper name has the direct use which it always wishes to have, as simply standing for a certain object, and not for a description of the object. But if a person who knew Bismarck made a judgment about him the case is different. What this person was acquainted with were certain sense-data which he connected (rightly, we will suppose) with Bismarck’s body. His body as a physical object, and still more, his mind, were only known as the body and the mind by description. It is, of course, very much a matter of chance which characteristics of a man’s appearance will come into a friend’s mind when he thinks of him, thus the description actually in the friend’s mind is accidental. The essential point is that he knows that the various descriptions all apply to the same entity, in spite of not being acquainted with the entity in question”. Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 117

<sup>61</sup> Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description” , 117

Quizás a nosotros no nos parezca tan evidente esta condición como le pareció a Russell; su razonamiento, sin embargo, tiene algo, o bastante, de sentido común, puesto que parece ser sentido común que entender un término es saber qué significa, es decir, saber *de qué es signo*. Y es de sentido común que si no conocemos ese *de qué* (si no sabemos que de hecho hay tal cosa como un *qué*), entonces no hay forma de saber qué significa y por lo tanto no hay forma de entender el término; la *familiaridad* con algo se identifica con la *forma en la que se sabe que hay ese algo*, que a su vez se identifica con *el entender el signo para ese algo*.<sup>62</sup>

Para explicar nuestra comprensión de una sentencia de manera distinta se necesita un cambio de paradigmas,<sup>63</sup> pero para efectos de la exposición dicha condición russelliana será aceptada como presupuesto.

La condición, sin embargo, no tendría tantas repercusiones si no se añade lo anteriormente ya dicho: sólo estamos familiarizados con particulares, y cualquier cosa capaz de ser analizada no es un particular. Y eso sin importar que, al parecer, cuando queremos hacer una proposición acerca de algo que (según los criterios rusebianos) sólo se conoce por descripción *intentamos* hacer nuestra proposición no en la forma de una descripción, sino hablar acerca de la cosa descrita, (es decir, usamos términos singulares como si el término denotara la

---

<sup>62</sup> A esto es a lo que puede llamarse "semántica verificacionista"

<sup>63</sup> Quine parece abogar por dicho cambio. Cfr. W.V.O. Quine: "Two Dogmas of Empiricism", *The Philosophical Review*, 60, 1 (1951)

cosa misma). Parece ser, dirá Russell, que queremos hacer el enunciado que sólo Bismarck puede hacer, pues sólo él tiene conocimiento directo de su objeto, él mismo. Es decir, queremos que lo denotado forme parte de nuestra proposición. Esto es imposible, prosigue el lógico, puesto que *no conocemos el objeto B, al que llamamos Bismarck.*

¿Qué es lo que permite la comunicación a pesar de la infinitud de descripciones que pueden hacerse de un solo objeto? El hecho de que sepamos que sí existe una proposición concerniente a dicho objeto (i.e. que la “x” que satisface la descripción ocurre) y no importe cómo variemos la descripción, mientras sea adecuada, la proposición descrita seguirá siendo la misma. No estamos familiarizados con dicha proposición, *no la conocemos, pero, afirmará Russell, sabemos que es verdadera.*

La repercusión de todo esto en el tema de los nombres propios, es que todo término considerado comúnmente como “nombre propio” que permita más análisis, no será un nombre propio en realidad. Puesto que dichos términos están por verdaderos individuos o “particulares” *y todo análisis de oración debe acabar siempre en dichos “particulares”.*

Si, como podría ser el caso, cualquier cosa que *parece* ser un “individuo” es en realidad capaz de ser más analizado, tendremos que conformarnos con lo que podría llamarse “individuos relativos”, que serán términos que, a través del contexto en cuestión, nunca son

analizados y nunca ocurren de otra manera que como sujetos. Y en ese caso tendremos, correspondientemente, que conformarnos con “nombres relativos”.<sup>64</sup>

Russell no es tan totalitario como para no permitir el uso de estos términos en el lenguaje común cuando son usados *como si fueran individuos* (póngase atención a su ejemplo de “Scott”). Sin embargo, esto es sólo un *como si*; la forma auténtica en la que debe funcionar el lenguaje (y por lo tanto que cualquier sistema simbólico con aspiración de rigor no puede no asumir) es siempre en el análisis que llega a los particulares, elementos con los que estamos familiarizados. Y si la mayor parte de nuestro conocimiento es conocimiento por descripción la última conclusión es que lo denotado rara, y *muy* raramente, forma parte de la proposición. Para entender mejor esta sentencia final pongamos en orden todos los otros presupuestos ya expuestos:

1. En referencia a las cosas del mundo, existen dos tipos de conocimiento, un conocimiento *directo* que sólo puede consistir (por ser directo) en cantidades discretas de “data-sensible” o “particulares”; y un conocimiento *indirecto* de los objetos físicos que parecen ser la

---

<sup>64</sup> “If, as may be the case, whatever *seems* to be an 'individual' is really capable of further analysis, we shall have to content ourselves with what may be called 'relative individuals', which will be terms that, throughout the context in question, are never analyzed and never occur otherwise than as subjects. And in that case we shall have correspondingly to content ourselves with 'relative names'”. Russell: “Descriptions”, 50

fuente de dichos data-sensible, por lo que a estos objetos sólo se puede acceder por medio de las descripciones que les corresponden.

2. Si no conocemos los elementos de una proposición no podemos saber qué significan la proposición.

3. Una proposición que entendemos sólo puede contener elementos con los que estamos familiarizados.

4.:Si entendemos una proposición los objetos físicos denotados no pueden formar parte de la proposición.

Russell pone un ejemplo de cómo es posible hacer esta reducción a lo familiarizado en una sentencia común. Pensemos en la sentencia: “Julio Cesar fue asesinado por Bruto”; si queremos saber cómo fue que entendimos esto, la oración tiene que rescribirse, entonces, como “el hombre llamado ‘Julio Cesar’ fue asesinado por el hombre llamado ‘Bruto’” en donde “Julio Cesar” y “Bruto” son voces o signos con los que tenemos una familiaridad directa, así como los conceptos utilizados. El precio de esto, y el punto de Russell claro está, es que Julio Cesar mismo, el objeto Julio Cesar, no es entonces un constituyente de la oración.

Esto no sólo es decir que lo denotado no forma parte de la proposición, i.e. que los objetos mismos de los que se habla raramente son en verdad invocados; más bien, el mismo acto de denotar es algo que no ocurre salvo excepcionalmente.

La denotación, creo, no es un constitutivo de la proposición, excepto en el caso de los nombres propios, *i.e.* de palabras que no asignan una propiedad a un objeto, sino que única y simplemente lo nombran. Y mantendré además que, en este sentido, solo hay dos palabras que son estrictamente hablando nombres propios de particulares, a decir, “Yo” y “esto”.<sup>65</sup>

Si la denotación fuera parte de la proposición, terminará de validar el argumento Russell, entonces no nos sería posible entender muchas proposiciones que de hecho sí entendemos. Entendemos una frase como “el autor de Waverly era un poeta” sin necesariamente saber quién era Scott, y en un sentido más radical entendemos frases como “Aristóteles fue el discípulo de Platón” sin conocer a Aristóteles.

Además, podemos hablar con sentido de frases que de hecho no denotan nada. Si “el presente rey de Francia es calvo” tuviera como elemento al presente rey de Francia, la frase no tendría ningún sentido, no nos sería posible saber siquiera si lo tiene o no. Por lo tanto, una vez más, la denotación no es un elemento de la proposición.

Es aquí cuando se juntan ya los dos flancos por los que Russell ha querido proteger el imperante sentido de realidad del lógico sin eliminar con eso la forma clara con la que solemos entender todas las

---

<sup>65</sup> “The denotation, I believe, is not a constituent of the proposition, except in the case of proper names, *i.e.* of words which do not assign a property to an object, but merely and solely name it. And I should hold further that, in this sense, there are only two words which are strictly proper names of particulars, namely, ‘I’ and ‘this’”. Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 121

proposiciones; y el grito final de victoria en esa batalla se escucha así: es posible hablar de cosas que no existen porque cuando uno lo hace, uno no está hablando *de esas cosas*. El primer flanco ha mostrado cómo y el segundo por qué es así.

### ***The linguistic twist***

La declaración y exposición, en mi opinión, más clara de la radical, contundente e inflexible postura de Russell respecto a la denotación y al nombrar puede encontrarse en *Descriptions*, el artículo con el que comencé este capítulo. Lo que a continuación se cita aquí bien hubiera podido hacer las veces de un magnífico (si bien bastante largo) epitafio:

Podríamos ir tan lejos como para decir que, en todos los casos en los que el conocimiento puede ser expresado en palabras –con la excepción de “esto” y “aquello” y otras pocas palabras en las que el significado varía en diferentes ocasiones – *ningún nombre, en sentido estricto, ocurre*, y lo que parece un nombre es realmente una descripción. Podemos preguntarnos significativamente si Homero existió, cosa que no podríamos hacer si “Homero” fuera un nombre. La proposición “el tal-y-tal existe” es significativa, sea falsa o verdadera; pero si *a* es el tal-y-tal (donde “*a*” es un nombre), las palabras “*a* existe” no tienen significado. Es sólo en las descripciones – definidas o indefinidas—que la existencia puede ser significativamente aseverada; pues, si “*a*” es un nombre, *debe* nombrar algo: lo que nada nombra no es un nombre, y en consecuencia, si intenta ser un nombre, es un símbolo desprovisto de significado, mientras que una descripción, como “el presente Rey de

Francia", no se vuelve incapaz de ocurrir significativamente por el simple hecho de que no describe nada, por la razón de ser un símbolo complejo, el cual deriva su significado de sus símbolos constitutivos. Y así, si preguntamos si Homero existió, estamos usando la palabra "Homero" como una descripción abreviada: podemos reemplazarla por, (como un ejemplo) "el autor de la *Iliada* y la *Odisea*". Las mismas consideraciones aplican a casi todos los usos de lo que parecen ser nombres propios.<sup>66</sup>

Espero que ahora pueda empezar a verse cómo la agenda personal de Lord Bertrand Russell le dio un giro insospechado a la teoría ingenua de John Stuart Mill sobre el nombrar: los mismos principios que pretendían preservar nuestras intuiciones primarias sobre qué

---

<sup>66</sup> "We may even go so far as to say that, in all such knowledge as can be expressed in words --with the exception of 'this' and 'that' and a few other words of which the meaning varies on different occasions --no names, in the strict sense, occur, but what seem like names are really descriptions. We may inquire significantly whether Homer existed, which we could not do if 'Homer' were a name. The proposition 'the so-and-so exists' is significant, whether true or false; but if *a* is the so-and-so (where '*a*' is a name), the words '*a* exists' are meaningless. It is only of descriptions -- definite or indefinite --that existence can be significantly asserted; for, if '*a*' is a name, it *must* name something: what does not name anything is not a name, and therefore, if intended to be a name, is a symbol devoid of meaning, whereas a description, like 'the present King of France', does not become incapable of occurring significantly merely on the ground that it describes nothing, the reason being that it is a *complex* symbol, of which the meaning is derived from that of its constituent symbols. . And so, when we ask whether Homer existed, we are using the word 'Homer' as an abbreviated description: we may replace it by (say) 'the author of the *Iliad* and the *Odyssey*'. The same considerations apply to almost all uses of what look like proper names". Russell: "Descriptions", 54 (Las cursivas son mías)

hacemos cuando nos referimos a las cosas han sido utilizados en contra de esas mismas intuiciones.

En otras palabras, hay que tener cuidado con lo que uno desea: puesto que la concepción que tiene Russell de “nombre propio” es *radicalmente milliana*, es decir, los *verdaderamente* nombres propios no son más que signos puestos para nombrar objetos que no tienen más significado que el objeto mismo, dichos signos no se relacionan con ninguna descripción. Los nombres propios no pueden tener sentido, sólo referencia.

El *viraje* de todo esto es que existen (a) nombres naturales que no refieren a ningún objeto, como “Apolo” o “Santa Claus”, y (b) otros nombres naturales de los cuales es posible dudar la existencia de los objetos a los que parecen hacer referencia y (c) de casi todos ellos no tenemos acceso directo a los objetos que parecen referir; de este modo, a ninguno de dichos nombres debe considerársele como “nombre propio” puesto que ninguno de ellos tiene la referencia garantizada, y un “nombre propio” con significado *siempre debe tener la referencia garantizada* ya que su *única función* es invocar al objeto.

Eso era lo que nombre propio quería significar, ¿no es cierto? Por lo tanto todos los signos que solemos llamar “nombre propio” (como “Juan”, “Pedro”, “Aristóteles”, “Russell”, “Zeus” y “Madagascar”) en realidad *deben ser* descripciones abreviadas que no denotan necesariamente a un objeto pero pueden satisfacerlo.

¿Qué parte del lenguaje se usa para referir entonces? Como señala Searle al respecto, y como parece indicar Russell al hablar de términos como “esto” y “yo”, las variables cuantificables son los únicos términos referenciales en nuestro lenguaje.

Una ventaja de sólo considerar variables cuantificables para el papel de instrumentos referenciales es que Russell puede resolver el problema insuperado por Frege: las distintas variedades que puedan existir en la descripción (Frege diría *en el sentido*) que cada quien asocie son indiferentes, pues el punto es que la descripción tenga éxito en “seleccionar” un único objeto.

Esto explica por qué a Russell se le puede encontrar tanto entre los *millianos* como entre los descriptivistas. Y por qué a fin de cuentas se le puede poner a la par con Frege cuando sus motivos para mantener que los nombres propios pueden entenderse como descripciones son inclusive equívocos, como se verá ahora en las conclusiones de este capítulo.

### ***Conclusión: El nombre del padre***

Quizás las innovaciones de un filósofo, sus contribuciones finales para los historia de la filosofía nunca son tan claras o contundentes hasta que dicho filósofo comete parricidio intelectual.

Si en algún momento de esta exposición el lector se ha preguntado qué diría Frege de la postura de Russell respecto al nombrar y la

denotación, más vale que no espere un respetuoso acuerdo. Todo lo contrario: Russell rechaza completamente la noción fregeana de sentido, noción en la que se basa gran parte de la semántica de Frege.

Peor aún, la propia pesadilla semántica de Russell, el enmarañado problema de la no-existencia, del significado de los términos que no denotan nada, no parece provocarle a Frege dolor de cabeza alguno. El fundador de las matemáticas simplemente dirá que la referencia falló pero que el sentido sigue y supondrá algún objeto arbitrario para dichas ocasiones, si es que quieren ser fruto de análisis lógico. “El presente rey de Francia” denotará la clase nula, por ejemplo.

Si Russell se hubiera quedado satisfecho con una respuesta así a esta tesis le faltaría un capítulo completo.<sup>67</sup> Esta postura bien puede no llevar a errores lógicos, dirá Russell, sin embargo, es completamente artificial y no da un análisis preciso acerca de lo que está en juego.<sup>68</sup>

Cuando decimos, por ejemplo, “El presente rey de Francia es calvo” no estamos diciendo algo así como “la clase nula es calva”. El análisis no es correcto. Y ya se ha dicho lo que Russell cree, es el análisis correcto.

El sentido fregeano, sin embargo, parece estar más en sincronía con los descripciones de Russell. ¿Por qué Russell entonces rechaza

---

<sup>67</sup> En defensa de Frege debo decir que el problema de la no-existencia, probablemente, no le preocupaba tanto porque su sentido era casi tan sólido como los objetos extra mentales a los que hacía referencia.

<sup>68</sup> Russell: “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, 115

inconfundiblemente dicha noción, y con ello, la distinción entre sentido y referencia?<sup>69</sup>

Recordemos un pasaje de Frege ya anteriormente citado:

Tal vez sea concedido que toda expresión gramaticalmente bien formada que representa a un nombre propio siempre tiene un sentido. Pero eso no es decir que a dicho sentido le corresponde una referencia. (...) Al entender un sentido, uno no está asegurado de una referencia con certeza.<sup>70</sup>

Como se vio en la sección dedica a *Principia Mathematica* para Russell “el autor de Waverly” no puede significar otra cosas más que “Scott”, esa premisa es, de hecho, fundamental para probar que las descripciones son símbolos incompletos.<sup>71</sup> Esto va en disonancia con lo que Frege sugiere aquí, puesto que si los sentidos pueden ser considerados, entendidos, independientemente de la referencia que puedan tener o no. Entonces, “el autor de Waverly” puede ser considerado independientemente de si refiere o no a Scott.

Pero, ¿qué querrá decir Frege con hablar *del sentido* de una frase sin hacer ninguna alusión a su referencia? Comencemos por *hablar de un*

---

<sup>69</sup> El argumento que expondré a continuación se encuentra en *On Denoting*, Cfr. Russell: “On Denoting”, 479-93

<sup>70</sup> “It may perhaps be granted that every grammatically well-formed expression representing a proper name always has a sense. But this is not to say that to the sense there also corresponds a reference. (...) In grasping a sense, one is not certainly assured of a reference”.

<sup>71</sup> Si “el autor de Waverly” pudiera significar algo más entonces su completud o incompletud no dependería del hecho de que refiere a “Scott”

*sentido*. Existe, de hecho, una forma clara de explicitar esa intención, obsérvese el siguiente ejemplo:

1. El autor de Waverly es un poeta
2. “El autor de Waverly” no es un poeta

Aquí, el uso de comillas indica que en (2) uno se está refiriendo no a lo que “el autor de Waverly” denota sino a su sentido. Definitivamente el sentido de “el autor de Waverly” no es un poeta, pues un sentido no escribe en endecasílabos.

Pero entonces ¿qué es “el autor de Waverly”? Russell, retomando lo dicho en los *Principia*, afirma que “el sentido de ‘el autor de Waverly’” no puede significar otra cosas más que “el sentido de ‘Scott’”. Y Russell, debe quedar anotado, no está extrayendo esto de sus propias ideas; si uno presupone al mismo Frege, uno debe presuponer entonces que: “la relación del significado y la denotación no es meramente lingüística a través de la frase: debe existir una relación lógica involucrada la cual expresamos al decir que *el significado denota la denotación*”.<sup>72</sup>

Frege aquí no tiene coartada alguna: en su entender el sentido *determina* la referencia. Es así como él explica, de hecho, el mecanismo por el cual llegamos a los objetos que intentamos referirnos. Entonces,

---

<sup>72</sup> “The relation of meaning and denotation is not merely linguistic through the phrase: there must be a logical relation involved, which we express by saying that the meaning denotes the denotation”. Russell: “On Denoting”, 89

en efecto, “el sentido de ‘el autor de Waverly’” no puede significar otra cosa más que “el sentido de ‘Scott’”

Sin embargo, lo que quería hacerse era saber cuál era el sentido de “el autor de Waverly” no el de “Scott”. Cuando buscamos al denotante, dirá Russell, nos topamos siempre con el denotado. Y esto aplica en todos los casos: “el sentido de ‘la primera línea de el Quijote’” no puede ser “la primera línea del Quijote”. Sino “el sentido de ‘en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme’”

Toda nuestra intención se esfuma. No podemos mantener la conexión entre sentido y referencia sin acabar por reducir el sentido a la referencia *que es justo lo que quería evitarse*. Por lo tanto, dicha distinción se debe abandonar, ya que no cumple con lo que parecía cumplir, es decir, poder hablar con sentido, acerca del *sentido*, sin hacer alusión a la referencia, separar el sentido de la referencia. Es mejor, entonces, optar por el análisis que el mismo Russell propone. El *sentido* fregeano es, pues, un elefante blanco.

En contrapunto y defensa de Frege uno puede preguntarse: ¿resuelve Russell con su teoría los rompecabezas de Frege? Quizás sólo de la misma manera en la que Frege resuelve las pesadillas de Russell: por medio de un artificio lógico.

Lo que propone Russell es que la descripción, abreviada o no (porque los verdaderos nombres no tendrían, de hecho, las complicaciones que Frege expone), tome siempre amplio rango sobre la modalidad

epistémica (como “cree que”, “piensa que”, “sabe que”, “asevera que”). Para muestra recordemos como se planteaba el problema:

a) Luisa Lane cree que Superman es Superman.

Y por sustitución:

b) Luisa Lane cree que Superman es Clark Kent.

Ahora, si se sustituye, como permite Russell, “Superman” por “el hombre de acero” y “Clark Kent” por “el periodista torpe del diario el Planeta” tenemos, de hecho, dos modos posibles de interpretar (a).

c) Luisa Leine cree que: el hombre de acero es el periodista torpe del diario el Planeta.

d) El hombre de acero es tal que Luisa Leine cree que *él* es el periodista del diario el Planeta.

La sentencia (c) asevera una creencia sobre un *dictum*, mientras que (d) asevera una creencia sobre una cosa. (c) es claramente falsa, y (d) claramente verdadera, puesto que en (d) el objeto del cual se cree algo es una “c” a la que ni siquiera tenemos acceso directo, pero que nosotros podemos identificar con Superman, aunque Luisa Lane no lo haga. La proposición es verdadera siempre y cuando haya tal cosa como esa “c”, sin importar lo que se le atribuya o no.

En el paso de (a) a (b), por lo tanto, no hay una pérdida de valor de verdad si se hace el análisis correcto.

Dejando a un lado si esta solución captura o no la esencia del problema, hay que dejar constatado que dicha solución funciona sólo si concedemos dos cosas: (1) que es posible cuantificar sobre operadores epistémicos<sup>73</sup> y (2) que gran parte de lo que se ha expuesto en este capítulo es correcto. Aprovecho para resumírselo al lector en cinco tesis:

- a) Las descripciones son símbolos incompletos.
- b) Los verdaderos nombres propios refieren directamente.
- c) Sólo refiere directamente aquello de lo que tenemos conocimiento directo.
- d) Todos los términos, salvo “esto”, quizás “yo”, y las variables cuantificables, no son más que descripciones disfrazadas.
- e) Lo denotado no es un elemento de la proposición misma, está más allá de lo dicho.

Quizás en lo único que Frege y Russell coincidían al respecto era en que la referencia en todos, o en la mayoría de los casos, es siempre

---

<sup>73</sup> Definitivamente no es el tema de esta tesis la controversia al respecto. Si quiere saberse del asunto revisar Quine: “Quantifiers and propositional attitudes”, puesto que ahí están los inicios de dicho cuestionamiento. Cfr. W.V O Quine: “Quantifiers and propositional attitudes”, *Journal of Philosophy*, 53 (1956), 177-187

indirecta.<sup>74</sup> Y es, en efecto, en ese sentido en el que los, voy a llamarles, “referencialistas directos”, los ponen en el mismo bando:

La nueva teoría de la referencia en la filosofía del lenguaje se propagó ampliamente en los 1970 y sigue floreciendo hoy en día. La nueva teoría de la referencia implica que muchas locuciones (e.g., nombres propios) refieren directamente a los objetos, lo que contrasta con la tradicional o vieja teoría de la referencia, que implica que los nombres y locuciones similares relevantes expresan sentidos descriptivos o descripciones disfrazadas.<sup>75</sup>

La diferencia radica en que el sentido fregeano casi llega a parecer un subsistente por sí mismo, un en-sí tan sólido como los objetos a los que hace referencia (y quizás por eso no le preocupaba tanto que sus sentidos no remitieran a ningún objeto). La descripción russelliana es, en cambio, poco más que un símbolo incompleto.

---

<sup>74</sup> Es de máxima importancia señalar que cuando digo que en Russell la diferencia es indirecta lo estoy diciendo fuera de sus propios términos y supuestos. Para Russell la única referencia posible es la directa, cuando no hay referencia directa simplemente no hay referencia y punto. La descripción disfrazada jamás se encarga de hacer las veces de denotante, y nosotros podemos decir que es indirecta sólo en el sentido que para Russell lo denotado casi nunca forma parte de la sentencia.

<sup>75</sup> “The New Theory of Reference in the philosophy of language became wide spread in the 1970’s and is still flourishing today. The New Theory implies that many locutions (e.g., proper names) refer directly to items, which contrasts with the traditional or old theory of reference, which implies that names and relevantly similar locutions express descriptive senses or are disguised descriptions”. P. Humphreys: *The New Theory of Reference - Kripke, Marcus, and Its Origins* (Springer, 1999), 1

Y quizás era de esperarse la divergencia puesto que estos autores querían resolver problemas muy distintos a pesar de que fuera con los mismos recursos: en Frege las paradojas de la identidad y las creencias, en Russell las complicaciones de la no-existencia; aunque esto, por sí, no hubiera sido motivo de conflicto, lo fue, entre otras cosas, porque ninguno pareció tomar demasiado en serio las preocupaciones del otro. Ahora al siguiente capítulo le toca exponer el tercer caso, el de Kripke, quien será llevado a esta pelea de nombres gracias a su deseo de resolver otro problema lógico bien distinto: la validación de la lógica modal. Esto lo convertirá en clave, o quizás en *la clave*, del problema de los nombres propios puesto que la solución de su problema en particular dará lugar para cuestionar la noción misma de “tautología”; noción con la que estos dos autores clásicos avanzaron sus argumentos. Lo que significará, a gran escala, que el mismo planteamiento de sus problemas podrá ser puesto en tela de juicio.

## **Capítulo 3: *Brave new worlds***

### ***Introducción: la necesidad de nombrar***

“Espero que algunas personas vean alguna conexión entre los dos temas en este título”.<sup>76</sup> Así comienza la primera lectura de *El nombrar y*

---

<sup>76</sup> I hope that some people see some connection between the two topics in this title. Kripke: *Naming and Necessity*, 22

*la necesidad*, probablemente el libro más representativo de la llamada “nueva teoría de la referencia”. ¿Es evidente esta conexión?

Se ha argumentado que no lo es<sup>77</sup> y aprovecho ese cuestionamiento como punto de partida para exponer aquí lo que, en mi opinión, es la piedra fundamental de la concepción de Kripke en el nombrar: la designación rígida. Es importante que Kripke sea comenzado a tratar desde este punto, pues lo implicado en dicho concepto pondrá contra la pared los planteamientos de Frege y Russell expuestos en los dos capítulos anteriores.

El itinerario que voy a tomar es el siguiente: señalaré los problemas que surgieron en el desarrollo de la lógica modal que llevaron paulatinamente a un cambio de perspectiva en el significado de ciertos términos. Estos problemas vienen encabezados por Quine y su crítica a la cuantificación sobre proposiciones abiertas con operadores modales. Después expondré la solución de Kripke como la mejor manera de cambiar de perspectiva con fines a resolver dicho problema.

La estrategia de Kripke es entender la identidad entre dos nombres propios no como epistémicamente estable sino como metafísicamente estable. De esa estrategia, de la resolución de este problema, se seguirán muchos corolarios sobre el nombrar.

---

<sup>77</sup> Cfr. Joseph Almog: “Naming without Necessity”, *The Journal of Philosophy*, 83, 4 (1986), 210-242

Una vez expuesta la doctrina de Kripke revisaré la crítica que le hace Joseph Almog. Esta consiste en decir que Kripke mezcla nociones metafísicas con nociones semánticas. Concluiré que la crítica de Almog está basada en una confusión.

La gran aportación de Kripke en el tema del nombrar será revelada cuando en las conclusiones se analice cómo su concepción de nombre propio resuelve el viejo problema de las variedades del sentido; la forma de resolverlo resumirá también los distintos elementos de su innovadora concepción, y más específicamente, la relación entre el nombrar y la necesidad.

La conclusión final será, sin embargo, que si bien Kripke sale victorioso de su pelea con Quine y de paso desarma las teorías de Frege y Russell, las angustias que generaron dichas teorías permanecerán latentes.

### ***Quine vs. la modalidad***

En 1943 y 1947 Quine publicó dos artículos que criticaban fuertemente todo el edificio de lógica modal que se estaba alzando en esas épocas. La conclusión de su ataque principal se puede esquematizar de la siguiente forma: si los operadores modales ocurren fuera del rango de un cuantificador, (si la modalidad es *de dicto*) entonces decir que una proposición es “necesaria” significa decir, simplemente, que es analítica. Y si los operadores ocurren dentro del rango de un

cuantificador (si la modalidad es *de re*)<sup>78</sup> entonces la modalidad no tiene ningún sentido. En cualquiera de las situaciones la lógica modal no tiene caso.

Para poder llegar a estas conclusiones Quine debe presuponer dos cosas. Lo primero es que la única manera inteligible de entender que una proposición tiene la modalidad de 'ser necesaria' es si por eso se entiende que se está hablando de una proposición analítica. En 1943 escribe:

Entre los posibles sentidos del vago adverbio "necesariamente", podemos especificar el sentido de necesidad *analítica* según el criterio a seguir: el resultado de aplicar 'necesariamente' a una proposición es verdadero si, y solo si, la proposición original es analítica.

(16) Necesariamente ninguna soltera es casada.

es por ejemplo equivalente a:

(17) "Ninguna soltera es casada" es analítico

y por lo tanto es verdad.<sup>79</sup>

---

<sup>78</sup> Esta es una forma sintáctica de entender la distinción *de re/de dicto*. La forma metafísica de entenderla es decir que una proposición es *de re* cuando predica una modalidad *de una cosa*. En cualquier otro caso es *de dicto*.

<sup>79</sup> "Among the various possible senses of the vague adverb 'necessarily', we can single out one-the sense of *analytic* necessity according to the following criterion: the result of applying 'necessarily' to a statement is true if, and only if, the original statement is analytic.(16) Necessarily no spinster is married, for example, is equivalent to: (17) 'No spinster is married ' is analytic, and is therefore true". W.V.O Quine: "Notes on Existence and Necessity", *The Journal of Philosophy*, 40, 5 (1943), 121

Y en 1947:

- (i) El resultado de prefijar '□' a cualquier proposición es verdadero si y solo si la proposición es analítica.<sup>80</sup>

Quine no sacó esta noción de necesidad del aire. Al parecer así fue como C.I Lewis y Carnap (pioneros en la introducción de operadores modales en el cálculo de predicados) entendieron la necesidad, y para el tiempo de la publicación de *Identidad y Necesidad* todavía no parecía estar claro que hubiera otra forma de entender dicho concepto.<sup>81</sup>

Lo segundo que Quine debe suponer es que en contextos intensionales los términos singulares no son puramente “designativos” y debido a esto el valor de verdad de las proposiciones no se mantiene con la substitución.<sup>82</sup>

Una falla en la substitución revela simplemente que la ocurrencia a suplantarse no es puramente designativa, y que la proposición depende no sólo en el objeto sino también *en la forma del nombre*. Porque es claro que cualquier cosa que pueda ser afirmada de un *objeto* permanece verdadera cuando nos referimos a ese mismo objeto con otro nombre.<sup>83</sup>

---

<sup>80</sup> “(i) The result of prefixing '□' to any statement is true if and only if the statement is analytic”. W.V O. Quine: “The Problem with the Interpretation of Modal Logic” (*The Journal of Symbolic Logic*, 12, 2, 1947), 111

<sup>81</sup> Ver por ejemplo Christopher Hughes: *Kripke* (Calendron Press, 2004), 81-82 y Saul Kripke: “Identity and Necessity” (*Identity and Individuation*, K Munitz, NYU Press, 2006), 95-96

<sup>82</sup> Es decir, aunque de hecho rechace la noción de *sentido*, Quine supone las intuiciones de *Sentido y Referencia*.

<sup>83</sup> “Failure of substitutivity reveals merely that the occurrence to be supplanted is not purely designative, and that the statement depends not only upon the object but on the form of the name. For it is clear that whatever can be affirmed about the *object* remains true when we refer to the object by any other name”. W.V.O Quine: “Notes on Existence and Necessity”

Con estos dos puntos en cuenta resulta sencillo reconstruir el argumento de Quine. Supongamos la proposición:

(1) Necesariamente 9 es mayor que 7

Esto puede ser interpretado de dos formas:

(2) "9 es mayor que 7" es una proposición necesaria

(3) Es necesario de 9 ser mayor que 7.

Quine mantiene que (2) no tiene ningún problema, se está diciendo *de una proposición* que es analíticamente verdadera, es decir, que su verdad depende del significado de los términos, no de los hechos.<sup>84</sup>

¿Qué hay de (3)? Al parecer aquí el operador modal rige sobre cierto objeto "9" y lo que dice de "9" es que *necesariamente* es "mayor que 7" Esto no parece hablar de la necesidad en una proposición sino en una cosa, parece decir que una cosa tiene necesariamente una propiedad, sin embargo, resulta difícil entender como algo que equivale a "analíticamente verdadero" pueda aplicarse a la relación entre una cosa y su propiedad en lugar de a una proposición. "Analíticamente verdadero" es algo que puede decirse de la necesidad *de dicto* más no de la necesidad *de re*.

No obstante, si la noción de modalidad pretende ser verdaderamente relevante para la lógica, Quine insiste en que debe poder cuantificar

---

(*The Journal of Philosophy*, 40, 5, 1943), 114. Las primeras cursivas son mías.

<sup>84</sup> Quine también critica la distinción entre juicios analíticos y sintéticos, pero con fines argumentativos concede a dicha distinción. Cfr. W.V. Quine: *Word and Object* (MIT Press, 1960), 196-199

sobre operadores modales, sólo así la necesidad no se volverá trivial. Y por lo tanto la lógica modal tiene que poder interpretar formulas como  $\exists x (\Box Fx)$ , que puede ser una manera de simbolizar (3), y en consecuencia tiene que encontrar una manera de entender e interpretar fórmulas abiertas como " $\Box Fx$ ".

Quizás la fórmula se pueda interpretar como que, por ejemplo, le es esencial a "9" ser "mayor que 7". Es decir, *que hay propiedades que le son esenciales a una cosa y otras que le son accidentales*. Quine piensa que esto es un sinsentido: "9" tiene la misma extensión que "el número de los planetas",<sup>85</sup> sin embargo a "el número de planetas" no le es esencial ser "mayor que 7". La forma de distinguir propiedades esenciales de propiedades accidentales *en un objeto* depende completamente de la manera de *presentar* a dicho objeto.

Un ejemplo clásico es el de un matemático ciclista. Se puede decir que a los ciclistas les es esencial tener dos piernas, y a los matemáticos les es esencial ser racionales. Ahora supongamos que "Ludwig" es ciclista y matemático. ¿Le es esencial a Ludwig ser racional? Depende de cómo se le presente. Si se le presenta como "el ganador del campeonato de ciclismo" bien podría ser un mono muy hábil, así que en vistas a su ciclismo sólo es contingentemente racional. El mismo ejemplo puede darse en el caso contrario.<sup>86</sup>

---

<sup>85</sup> En el tiempo de Quine todavía se pensaba que los planetas eran nueve, los recientes descubrimientos astronómicos hacen todavía más vívido el ejemplo.

<sup>86</sup> Cfr. Quine: *Word and Object*, 199

La interpretación esencialista no parece funcionar. Otra estrategia es reducir la modalidad *de re* a modalidad *de dicto*.<sup>87</sup> Si por ejemplo tengo la fórmula abierta " $\Box Fx$ " puedo decir que " $Fx$ " es analíticamente verdadera si y sólo si la fórmula cerrada " $Ft$ " es analíticamente verdadera (una fórmula cerrada ya se puede entender *de dicto*). Ahora supongamos que  $t=s$  y que " $Fs$ " no es analíticamente verdadera. ¿Por qué se ha de preferir utilizar " $t$ " a utilizar " $s$ "? ¿Por qué se ha de preferir para un objeto designarlo con " $9$ " a designarlo con "el número de planetas"?<sup>88</sup> Si el criterio no es arbitrario entonces uno regresa al problema del esencialismo.

Si " $\Box Fx$ " no tiene sentido, tampoco  $\exists x (\Box Fx)$  lo tiene. La substitución en  $\exists x (\Box Fx)$ , por todo lo visto anteriormente, no preserva el valor de verdad. La lección de todo esto es que los contextos intensionales (en este caso decir que algo es necesario o contingente) hacen que las términos singulares hagan más que designar, y por lo tanto la verdad no se preserva a la substitución de términos singulares con la misma extensión. Y si para dar sentido a las variables es necesario que sean solamente designativas, entonces la cuantificación en lógica modal no tiene ningún sentido.

---

<sup>87</sup> Ver por ejemplo Alvin Plantinga: "De re et De dicto" *Noûs*. 3, 3 (1969), 235-258 Plantinga no rechaza el esencialismo, sin embargo sostiene que aún cuando éste fuera falso, uno podría recurrir a dicha estrategia.

<sup>88</sup> Cfr. Por ejemplo Burghes: "Marcus, Kripke and Names" ( P. Humphreys, *The New Theory of Reference*, Springer, 1998) para una exposición de dicho argumento.

### **De regreso a Russell**

Ruth Barcan Marcus, que tiene el mérito de introducir los cuantificadores en los sistemas modales S2 y S4, y de explicar la relación de identidad para dichos sistemas argumenta, siguiendo a otros autores, en "Modalities and Intensional Languages" que la solución a los problemas de Quine es pensar en los términos singulares como "etiquetas" sin significado y distinguir a los nombres de las descripciones definidas. "El número de planetas" por ejemplo, no es un nombre propio, ya que "9=el número de planetas" no es una tautología, no es de la forma  $t=s$ , y por lo tanto "el número de planetas" no es una verdadera posibilidad para ser substituido por "x" en " $\square Fx$ ". La reducción *de re* a *de dicto* se hace posible siempre y cuando los términos a sustituir sean *auténticos nombres propios*. Este es un territorio explorado ya por Russell.

Y si esto es Russell entonces también sabemos qué sigue. Sólo las variables y las constantes podrán ser substituidas entre sí; con los nombres propios del lenguaje natural siempre se podrá encontrar una variedad en el sentido y por lo tanto la identidad entre ellos no será una tautología. "Hesperus es Hesperus" es analíticamente verdadero, pero "Hesperus es Phosphorus" no lo es. Que Hesperus era Phosphorus fue un descubrimiento astronómico, tenía que ver con los hechos del mundo: nadie podía saber eso por mero análisis del significado de los términos. Es decir, no es posible saber *a priori* que

Hesperus es Phosphorus. El mismo problema de la substitución surge aquí, aunque estos términos ya no sean descripciones.<sup>89</sup>

Es verdadero que (5) Necesariamente Cicerón es Cicerón

Pero no (6) Necesariamente Cicerón es Tulio.

La conclusión es que sólo una clase de términos singulares será privilegiada para ser utilizada en lógica modal. Y todo parece indicar que no serán nombres propios del lenguaje natural. Esto resalta con la prueba de Marcus que muestra la necesidad de la identidad, es decir:

$$(x=y) \supset \Box (x=y)$$

Que se prueba así:

1  $(x)(y)((x=y) \supset (Fx \supset Fy))$ . Indiscernibilidad de los idénticos<sup>90</sup>.

2.  $(x) \Box(x=x)$  La necesidad del principio de identidad

---

<sup>89</sup> Espero que esto muestre una prueba intuitiva suficiente de que si una proposición es analítica entonces su verdad se puede saber *a priori* y si no es analítica (si no es verdadera en virtud del significado de los términos) entonces su verdad no se puede saber *a priori*. Si alguien busca decir lo contrario esto no afectará la argumentación a seguir pues los que se abren a lo que a continuación voy a defender tienen el mismo supuesto. Kripke por ejemplo es así como expone y resume el centro de las objeciones de Quine: "Surely no amount of a priori ratiocination on their part could conceivably have made it possible for them to deduce that Phosphorus is Hesperus" Kripke: "Identity and Necessity", 89. En todo caso Kripke tiene una nota donde hace la misma aclaración: "I am presupposing that an analytic truth is one which depends on *meanings* in the strict sense and therefore is necessary as well as *a priori*". Kripke: *Naming and Necessity*, 122 n.63

<sup>90</sup> Que no es lo mismo que la identidad de los indiscernibles. La identidad de los indiscernibles establece que si dos cosas tienen *exactamente las mismas cualidades* entonces son exactamente la misma. La indiscernibilidad de los idénticos simplemente establece que si dos términos son iguales entonces todo lo que se diga de uno, puede decirse del otro.

3.  $(x)(y)((x=y) \supset [\Box(x=x) \supset \Box(x=y)])$  instanciación de (1)<sup>91</sup>

4  $(x)(y)((x=y) \supset \Box(x=y))$  de (2) y (3)

5.  $a=b \supset \Box(a=b)$  instanciación de (4)

Si se recuerda, el argumento de Russell para mostrar que las descripciones son símbolos incompletos en parte descansa en que la forma “ $a=y$ ” siempre es o falsa o trivial. Y que por lo tanto si “Hesperus = Phosphorus” es de la forma “ $a=y$ ”, “Hesperus = Phosphorus” es o falso o trivial.

A estas alturas el lector sabe qué sigue: se sabe que “Hesperus = Phosphorus” no es falso ni trivial, entonces “Hesperus = Phosphorus” no es de la forma “ $a=y$ ”.

Lo que Saul Kripke defenderá en su artículo *Identidad y Necesidad* es que “Hesperus” y “Phosphorus” pueden, de hecho, ser substituidos por “ $a$ ” y “ $b$ ” y que por lo tanto la forma “ $a=y$ ” no necesariamente o es falsa o es trivial; y de ser así, nombres naturales como “Cicerón” o “Tulio” sí tienen lugar en la lógica modal y pueden ser substituidos sin pérdida de valor de verdad en cada caso, hasta en la necesidad de la identidad.

Esto parece casi inconcebible; lo es, si se piensa que todo lo necesario es a su vez tautológico, a su vez analítico, y a su vez *a priori*. La estrategia

---

<sup>91</sup> Aquí la propiedad es ‘ser necesariamente igual a  $x$ ’

de Kripke ya se empieza vislumbrar: encontrar otra forma de entender la necesidad.<sup>92</sup>

### ***Necesidad metafísica***

En *Identidad y Necesidad* Kripke establece que lo necesario tiene dos características. (1) Es el caso y (2) no pudo no haber sido el caso. Por su

---

<sup>92</sup> Existe una casi controversia a propósito de quién fue el primer autor en proponer que los nombres no eran descripciones abreviadas y utilizar la modalidad para probarlo. Quentin Smith en 1994 argumentó que la verdadera originadora de la tan cantada “nueva teoría de la referencia” era Ruth Barcan Marcus con su conferencia “Modalities and Intensional Languages” Ahí, según Smith, Marcus introduce por primera vez todos los elementos que casi diez años después causarían revuelo con las conferencias compiladas en *Naming and Necessity*: que los nombres refieran directamente y no sean descripciones abreviadas, la diferencia entre fijar algo por medio de una descripción y que eso mismo *signifique* la descripción, el entender a los nombres como designadores rígidos, la posibilidad de algo necesario *a posteriori* y el argumento modal y epistémico. Peor aún, Smith parece insinuar que si Kripke estaba presente en esa conferencia lo más probable es que él hubiera sacado sus ideas de ahí y simplemente “no lo recordaba”. Scott Soames y John P. Burgess rechazan rotundamente este revisionismo histórico y en lo personal me inclino a su favor. La manera en la que Smith presenta su argumento es, en el mejor de los casos, rebuscada. En ninguna parte del texto Marcus hace mención explícita de nociones como “designador rígido” o “necesario *a posteriori*” y decir que aunque el término no haya sido introducido por Marcus *la noción ya estaba ahí* puede ser peligroso ya que si se tiene en mente lo que se quiere buscar uno puede arreglárselas para encontrarlo. Es cierto que Marcus defendía la visión de los nombres propios como “etiquetas”, pero (1) Marcus se mueve en el campo de los sistemas lógicos y no del lenguaje natural; (2) ella misma cita a Fitch, quien a su vez cita a Smullyan como proponentes de esta idea, *en vistas a resolver las paradojas de Quine* (la idea, como tal, estaba en el mismo Russell); (3) la noción de necesidad en Marcus se parece más a la de Carnap y CI Lewis, es decir, necesario como analíticamente verdadero (necesidad lógica), no como contrafacticamente estable (necesidad metafísica), y con una noción de necesidad así es difícil entender la designación rígida o lo necesario *a posteriori*, no importa que nombre o no nombre se le dé a dichos conceptos; (4) en todo caso, si Marcus hubiera extendido su teoría de las “etiquetas” a los nombres propios en el lenguaje natural, entonces con la concepción de necesidad que suponía (*a priori* = analítico = necesario = tautológico) su teoría hubiera sido invariablemente rebatida por Quine por las mismas razones por las que Russell había rechazado que los nombres en el lenguaje natural eran nombres lógicamente propios. Hesperus = Phosphorus simplemente no es ni *a priori*, ni analítico, ni tautológico. Para la exposición de Smith ver: “Marcus, Kripke, and the Origin of the New Theory of Reference”, la crítica a este artículo se encuentra en Soames “Revisionism About Reference: A Reply to Smith”. Una buen recuento de la controversia está en Burgess: “Marcus, Kripke and Names” y una crítica a las técnicas historiográficas de Smith se encuentran en: “How Not to Write History of Philosophy” del mismo autor.

parte lo contingente (1') es el caso y (2') pudo no haber sido el caso. Dado que la cuestión de si algo es necesario o contingente se decide según el ser de las cosas<sup>93</sup> la rama de la filosofía a la cual pertenece esta distinción es la metafísica. ¿Qué significa que algo no pueda no ser el caso? ¿Qué significa que algo pueda no serlo? Kripke contribuyó enormemente en la lógica modal cuando ideó una semántica para evaluar esto. La semántica de Kripke emplea una "evaluación sobre mundos posibles".<sup>94</sup>

Para efectos de esta exposición voy a hacer abstracción de los modelos, conjuntos, relaciones, dominios y otras cualidades de la semántica kripkeana y simplemente diré que en Kripke algo no puede no ser el caso si en todos los mundos posibles es el caso, algo puede ser el caso si por lo menos en un mundo posible lo es, y algo no puede ser el caso si en ningún mundo posible es el caso.

---

Todos estos artículos así como más defensas y contradefensas se pueden encontrar compilados en Humphreys y Fetzer: *The New Theory of Reference*. El texto de Marcus que se discute, "Modalities and Intensional Languages", se encuentra en *Synthese*. 13. 4, 1961.

<sup>93</sup> Cuando digo "según el ser de las cosas" no estoy diciendo "segundo la esencia de las cosas". Quiero decir algo así como "según los hechos".

<sup>94</sup> Carnap también hablaba de mundos posibles pero sus mundos posibles eran mundos posibles lógicos, atados al lenguaje, como descripciones de estados o modelos. Lo posible no era, por ejemplo, lo que era el caso en un mundo posible *w*, sino lo que no era contradictorio. Aquí sigo completamente a Almog cuando dice que Kripke fue el primero en aportar una noción metafísica de mundos posibles, es decir los mundos posibles son 'puntos' de referencia para hacer una evaluación, estos puntos ya no estaban atados al lenguaje sino a lo que estaba dado en esos 'puntos'. Cfr. Almog: "Naming without Necessity", 217

Si quiero preguntarme, por ejemplo, si es necesario que la Tierra sea el tercer planeta en el sistema solar, tengo que definir una serie de mundos y si puedo definir uno en donde de hecho la Tierra no es el tercer planeta del sistema solar entonces no es necesario que la Tierra sea el tercer planeta del sistema solar. Puedo definir un mundo en donde Mercurio haya sido destruido por un cometa gigante. Entonces la tierra pudo haber sido el segundo planeta del sistema solar. Así es como decido que es contingente que la Tierra sea el tercer planeta del sistema solar.

Supongamos que un discípulo de Quine objeta: si describes a la Tierra como “el tercer planeta del sistema solar” entonces necesariamente es el tercer planeta del sistema solar; nuevamente tus nociones de modalidad o son triviales o no tienen sentido. Pero lo que Kripke hará será justamente bloquear este tipo de objeciones de una vez por todas.

Por el momento sólo tiene que quedar claro que si la necesidad se mide en mundos posibles, y no en lo analítica o no analítica que sea una sentencia, entonces lo necesario ya no es más lo tautológico o lo conocido *a priori*. Lo necesario es lo *contrafacticamente estable*.<sup>95</sup>

---

<sup>95</sup> Tomo la expresión “contrafacticamente estable” de Burgess. La cita es relevante “To put the matter another way, an argument of the above type after all occurs already long before Marcus, in Russell, and to get from relevant bits of Russell to the relevant bits of Kripke, two changes must be made simultaneously, from Russell’s ‘logically proper names’ to ordinary names, and from Russell’s ‘tautology’ to counterfactual stability”. Burgess: “Marcus, Kripke and Names”, 107

### **Mundos posibles**

Hay una mala imagen que uno puede hacerse de este concepto de “mundo posible”.<sup>96</sup> Un discípulo de Quine, por ejemplo podría objetar, basado en esta mala imagen, que aunque esté muy bien eso de probar las cosas *en todos los mundos posibles*, no hay manera de saber si se está hablando *de las mismas cosas*. Si se habla de Nixon, por ejemplo ¿cómo es posible saber que el Nixon de ese mundo es igual al Nixon del otro mundo? ¿Qué propiedades debe tener el Nixon de ese mundo para que lo podamos identificar con el Nixon de éste? ¿El Nixon que nunca se postuló para presidente es *el mismo* que el Nixon que llegó a ser presidente? ¿Cuál sería el criterio de identidad entre Nixon<sub>1</sub>, Nixon<sub>2</sub>... Nixon<sub>n</sub>?

El sólo hecho de preguntar por “criterios de identidad” entre distintas, por así decirlo, “contrapartes” parece sugerir que los mundos posibles están *en alguna parte*. Como si a la par con el mundo actual, ahí también estuvieran actualmente los mundos en los que el escándalo de Watergate no fue descubierto; y nuestro acceso a dichos mundos es por medio de un telescopio metafísico o algo así. A propósito de esto dice Kripke: “Toda esta discusión, me parece, ha tomado la metáfora de ‘mundos posibles’ demasiado en serio, en algún sentido”.<sup>97</sup>

---

<sup>96</sup> La imagen en cuestión se basa en la forma en la que Lewis, al parecer, entendió lo que era un mundo posible. Cfr. David Lewis: *On The Plurality of Worlds*. (Blackwell, Oxford, 1986)

<sup>97</sup> “All this talk seems to me to have taken the metaphor of possible worlds much too seriously in some way”. Kripke: “Identity and Necessity”, 93. En *Naming and*

Los que sostienen la imagen de que los objetos de los otros mundos son “contrapartes” de los de este mundo concluyen que sólo en virtud de ciertas propiedades comunes o importantes se puede hablar de una identificación entre varios objetos de distintos mundos. Si queremos saber cuál es la contraparte de Hitler, hay que ir a otro mundo y buscar a un austriaco, con las mismas características fenotípicas, nacido en la misma fecha, pero que quizás se haya dedicado a la pintura en lugar de al genocidio.

Estas observaciones muestran, pienso yo, lo intuitivamente extraño de gran parte de la literatura acerca de la ‘identificación a través de los mundos’ y la ‘teoría de las contrapartes’. Pues muchos teóricos de este estilo, que creen que un ‘mundo posible’ nos es dado en términos puramente cualitativos, argumentan que Aristóteles tiene que ser ‘identificado en otros mundos posibles’, o alternamente que sus contrapartes tiene que ser identificadas, con aquellas cosas en otros mundos posibles que más se parezcan a Aristóteles en sus propiedades más importantes. Algunos puede hacer equivalentes las propiedades importantes con aquellas que se utilizan para identificar a un objeto en el mundo actual. Estas nociones están claramente equivocadas. Para mí las propiedades más importantes de Aristóteles consisten en su obra filosófica, y las de Hitler en su rol político como asesino. Ambos, como

---

*Necessity* Kripke admite que parte de esto es su culpa, por haber utilizado el concepto de esa manera en tratados de lógica formal.

ya he dicho, pudieron haber fallado completamente en tener estas características.<sup>98</sup>

Además, si es posible habla de cualidades, ¿por que no es posible hablar de los objetos mismos? ¿Qué me dice que la cualidad de ser rojo, por ejemplo, es la misma, si el mundo de verdad está muy lejos como para saberlo? ¿No será también algo *similar al rojo* pero que no es rojo?

Es por eso que una noción tal de “mundo posible” no parece tener mucho sentido. Los mundos posibles son *definidos*,<sup>99</sup> no *descubiertos*. Nos son dados por las descripciones que nosotros hacemos, no por la observación a través de un telescopio o algo así. Si estuvieran allí

---

<sup>98</sup> “These remarks show, I think, the intuitive bizarreness of a good deal of the literature on 'transworld identification' and 'counterpart theory'. For many theorists of these sorts, believing, as they do, that a 'possible world' is given to us only qualitatively, argue that Aristotle is to be 'identified in other possible worlds', or alternatively that his counterparts are to be identified, with those things in other possible worlds who most closely resemble Aristotle in his most important properties. Some may equate the important properties with those properties used to identify the object in the actual world. Surely these notions are incorrect. To me Aristotle's most important properties consist in his philosophical work, and Hitler's in his murderous political role; both, as I have said, might have lacked these properties altogether. Surely there was no logical fate hanging over either Aristotle or Hitler which made it in any sense inevitable that they should have possessed the properties we regard as important to them; they could have had careers completely different from their actual ones”. Kripke: *Naming and Necessity*, 76-77

<sup>99</sup> En ingles es *estipulated* pero en español estipular tiene una connotación más abierta que en inglés, por eso prefiero definir.

afuera entonces sí tendría sentido hablar de “identificación”, pero no están en ninguna parte.<sup>100</sup>

Si la nomenclatura “mundo posible” es lo que causa el problema, Kripke afirma que sería mejor entonces hablar de “situación contrafáctica”<sup>101</sup>.

### ***Designadores rígidos***

Había prometido que estos cambios de imagen iban a poner un alto a las objeciones de Quine e iban a mostrar cómo es posible la necesidad de la identidad en los nombres propios del lenguaje natural. Ahora es tiempo de juntar todas las piezas.

Independientemente de su condición de etiquetas o de si refieren directamente a las cosas o no, Kripke afirma que los nombres propios son designadores rígidos. Un designador rígido es un término que refiere a un mismo objeto en todos los mundos posibles; las construcciones que no refieran a un mismo objeto en todos los mundos posibles (como casi todas las descripciones definidas), serán entonces designadores no rígidos.

Un ejemplo: comparemos el término “Nixon” con el término “El presidente americano que gana las elecciones en 1968”. Puedo hacer la prueba y definir mundos en donde Nixon no haya ganado las elecciones; puedo definir mundos en donde Nixon ni siquiera se

---

<sup>100</sup> Cfr, Kripke: *Naming and Necessity*, 44

<sup>101</sup> Cfr. Kripke: “Identity and Necessity”, 94

hubiera postulado para serlo. “El presidente que ganó en 1968” no designará a Nixon en ese mundo, designara a Hubert Humphrey o a cualquier otro. Esto porque podemos definir un mundo en donde Nixon no gana las elecciones. En cambio no puedo definir un mundo en donde Nixon no sea Nixon. Por esto “Nixon” es rígido pero “el presidente americano que gano las elecciones en 1968” no lo es. Para que esta imagen funcione hay que aclarar tres cosas.

(1) Cuando se habla de algo o alguien en un mundo posible se debe suponer que en ese mundo se está usando el mismo lenguaje, o mejor dicho, el mundo es definido *con nuestros términos*. Así como cuando alguien dice “¿imagina que todos habláramos alemán?” eso se está diciendo en español, no en alemán, pero uno puede entender a que se está refiriendo porque la definición se hace *desde el propio lenguaje*. Se puede definir un mundo en donde los padres de Richard Nixon deciden ponerle a su hijo “Charles Nixon”, pero sigue siendo Richard Nixon del que estamos hablando. Lo que se dice es algo así como: imagina que *este hombre*, Richard Nixon, se hubiera llamado Charles. “Richard Nixon” sigue designando a Richard Nixon aun en los mundos en donde Richard Nixon se llama Charles Nixon, por la sola razón de que es así como significa en nuestro idioma.

(2) Cuando se dice “designa el mismo objeto en todos los mundos posibles” se está hablando de mundos en donde dicho objeto existe. Kripke va a interpretar aquí la necesidad en un sentido débil. El

término refiere cuando el objeto existe; si el objeto no existe entonces el término simplemente falla en referir. La necesidad en sentido fuerte se daría si el objeto al que el nombre refiere existe necesariamente.

Ahora es necesario aclarar que una cosa es que un objeto exista o no necesariamente y otra que con respecto al mundo actual se pueda definir para un objeto, que en alguna situación contrafáctica, pudo no haber existido. Cuando digo “imagina que Hitler nunca hubiera existido” estoy usando “Hitler” de manera rígida, y me refiero a Hitler aun en los escenarios donde Hitler no existe.<sup>102</sup>

(3) Un término que sólo puede referir a un objeto no es un designador rígido, es un designador *inflexible*, y algunos designadores inflexibles son rígidos, otros no. “El padre de Abel” por ejemplo, sólo puede designar a Adán, sin embargo no es rígido puesto que se puede pensar en un mundo en donde Adán nunca tuvo hijos y por lo tanto “el padre de Abel” no designaría a Adán en ese mundo.<sup>103</sup>

Y con esto tenemos el primer contraataque a Quine: la designación rígida implica que las descripciones definidas y los nombres no son la misma cosa, por lo menos hay algo en lo que se diferencian, que es,

---

<sup>102</sup> Esto puede resultar confuso, pero Pendlebury lo aclara muy bien: “It should be stressed that what a term denotes in a situation (in the usage of this paper) might differ from what it denotes relative to that situation. This distinction was made by Kripke and has received some attention in the literature, but it is also frequently ignored, which inevitably results in confusion. M Pendlebury: “Why Proper Names are Rigid Designators” (*Philosophy of Phenomenological Research*, 90, 2, 1990), 525

<sup>103</sup> Este punto es de Hughes. Cfr. Hughes: *Kripke*, 20

precisamente, la rigidez. *Por lo tanto no es válido substituir "Nixon" por "el presidente electo en 1968"; "Nixon" es un designador contrafacticamente estable, "el presidente electo en 1968" no.*

Esta estabilidad contrafactica de un nombre propio es quizás lo que Mill quería expresar cuando decía que Dartmouth se seguiría llamando Dartmouth sin importar el curso del río. Kripke ha aportado todo un aparato semántico para que esta propiedad del nombre se manifieste. Hablaré más detalladamente de este punto adelante, por ahora sólo es necesario que la noción de designación rígida esté clara.

### ***Necesario a posteriori***

Los nombres propios son designadores rígidos; lo necesario es lo contrafacticamente estable. ¿Esto resuelve el problema de la necesidad de la identidad?

Pensemos en la sentencia "Hesperus es Phosphorus". ¿Se puede definir un mundo en el que Hesperus no sea Phosphorus? Si "Hesperus" es rígido y por lo tanto designa el mismo planeta en todos los mundos posibles, y "Phosphorus" es rígido y por lo tanto designa el mismo planeta en todos los mundos posibles y si además "Hesperus es Phosphorus", ¿hay alguna forma en la que Hesperus no sea Phosphorus?

Es verdad, la identidad entre Hesperus y Phosphorus se descubrió *a posteriori*, se pensaba que eran dos planetas (más bien se pensaba que

eran estrellas) distintos. La sentencia “Hesperus es Phosphorus” no es analíticamente verdadera, no es una verdad que se descubra por significado: la gente asociaba descripciones distintas con los distintos nombres. ¿Eso hace que no sea necesario que Hesperus sea Phosphorus?

Con la noción de necesidad metafísica que se tiene, no. *A priori* y *a posteriori* tratan de la forma en la que uno *conoce*, la rama de esa distinción es la epistemología. La rama de la distinción entre necesario y contingente es, como ya se vio, la metafísica. Si yo no sé que algo es necesario, no significa que no lo sea. Por lo tanto, el hecho de que “Hesperus es Phosphorus” se conoce *a posteriori*, no significa que la sentencia no sea necesaria.

Para saber si “Hesperus es Phosphorus” la pregunta no es, por lo tanto, si puedo saber eso *a priori*, sino si “Hesperus es Phosphorus” es contrafácticamente estable. Y dado que los dos son nombres propios, y la designación de un nombre propio es contrafacticamente estable, puedo concluir que la sentencia “Hesperus es Phosphorus” es necesaria y *a posteriori*. No hay manera en la *si Hesperus es Phosphorus*, Hesperus no sea Phosphorus, si Hesperus es Phosphorus, Hesperus es Phosphorus en todos los mundos posibles.<sup>104</sup>

---

<sup>104</sup> Por supuesto, puedo estipular mundos en donde Hesperus y Phosphorus de hecho designen dos planetas distintos, pero este es un mundo en donde *de entrada* Hesperus no es Phosphorus.

Con esto no sólo se rescata la necesidad de la identidad en nombres naturales, se da también la vuelta al principio que quebró la cabeza de Frege y ayudo a cumplir la agenda a Russell: la formula  $a=y$ , a pesar de no estar atada a alguna descripción, no es necesariamente o falsa o trivial. Es decir, hay una forma de entender que  $a=y$  puede aportar información nueva sin tener que decir que “a” o “y” son más que términos puramente denotativos.

### ***Nuevamente Quine***

Quine argumentaba que la substitución en contextos modales no era posible porque la verdad o falsedad de las proposiciones en contextos modales dependía del modo en el que se presentaran dichos objetos. Los primeros en intentar refutarlo buscaron quitarle el contenido a los nombres propios, describir a los nombres como etiquetas. La teoría de la designación rígida no necesita comprometerse a esto siquiera.

Ya se probó que entre nombres propios del lenguaje natural la identidad es necesaria, por lo tanto uno puede hacer la siguiente conjetura: si entre dos términos la identidad no es necesaria entonces por lo menos uno de los términos no es un nombre propio; a esto le podemos llamar argumento modal de que los nombres y las descripciones definidas no son la misma cosa.<sup>105</sup>

---

<sup>105</sup> Los detalles del argumento modal los trataré en el siguiente capítulo.

Así Hesperus puede entenderse como “la estrella que se ve en la tarde” sin embargo, no es necesario que Hesperus sea “la estrella que se ve en la tarde” (es posible que un meteorito la desviara de curso y ya no se viera más en la tarde), y si no es necesario entonces Hesperus *no puede significar* “la estrella que se ve en la tarde”.

Dado que los argumentos de Quine descansan en la posibilidad de poder sustituir nombres por descripciones definidas (en la posibilidad de variar el modo de presentación *con* una descripción), y en que la necesidad siempre es analítica (y por lo tanto *a priori*), una vez bloqueadas estas posibilidades los argumentos pierden su peso y la lógica modal para los nombres propios del lenguaje natural, puede ser rescatada.

### ***Nombrar sin necesidad***

Antes de dar por hecho este giro metafísico en la semántica quisiera exponer aquí al menos una crítica que cuestiona si el mezclar semántica con metafísica es siquiera válido; exponer esto también es útil puesto que resuelve una posible confusión entre lo anteriormente expuesto y la posibilidad de que las cosas tengan “propiedades esenciales” al modo en el que Quine lo critica.

Dicha crítica viene de Joseph Almog, quien en *Naming without Necessity* afirma lo siguiente:

La pregunta tradicional que mencioné arriba, i.e., “¿Existen auténticos elementos para nombrar?” es una pregunta semántica. La estrategia

distintiva de Kripke es responderla a través de atender primero una pregunta metafísica. Nos enfocamos en los objetos, la *designata*, y en sus propiedades modales. No empezamos nuestra investigación semántica mirando a los designadores y sus cualidades puramente lingüísticas. En absoluto. El examen intuitivo para la rigidez que Kripke diseña refleja este punto. Empezamos con un individuo (Nixon), y observamos que ese individuo no pudo haber fallado en ser Nixon. Así, la propiedad de ser Nixon le corresponde necesariamente

(...)

Esta observación es una observación en 'metafísica'; no es, claramente, una observación en 'lingüística'. Sin embargo, de ahí emerge una tesis lingüística: 'Nixon', el término singular usado en expresar la propiedad, es un designador rígido. Por otra parte, el mismo individuo pudo haber fallado en ser el presidente de Estados Unidos en 1970 (nuevamente, un juicio metafísico). Por lo tanto, el término singular 'el presidente de Estados Unidos en 1970' no es rígido. Y así: "la raíz cuadrada de 81" es rígido; "el número de planetas" no. ¿Cómo? Consulta tus intuiciones metafísicas.<sup>106</sup>

---

<sup>106</sup> "Let me begin with the former idea, the modal orientation. The traditional question that I mentioned above, i.e., Are there genuine naming devices? is a semantical question. Kripke's distinctive strategy is to tackle it by attending first to a metaphysical question. We focus on objects, the designata, and their modal properties. We do not begin our semantical investigation by looking at the designators and their purely linguistic features. Not at all. The intuitive test for rigidity that Kripke devises (N&N, 48/9) reflects this point. We start with an individual (Nixon), and we observe that that individual couldn't have failed to be Nixon. Thus, the property being Nixon applies to him necessarily (...) This observation is an observation in "metaphysics"; it is surely not an observation in "linguistics." However, there emerges from it a linguistic thesis: 'Nixon', the

Una conclusión funesta, dice Almog, es que descripciones rígidas como “el producto de los gametos G” van a equivaler a “Nixon”, cuando es claro que la estructura lingüística es distinta. Para resolver este punto uno tiene que entender el ataque directo al descriptivismo que hace Kripke. Pero eso se verá hasta el próximo capítulo.<sup>107</sup> Por ahora voy a analizar el cuestionamiento general, ¿en qué consiste este movimiento metafísico? ¿Es inválido?

Lo primero que hay que decir es que, como yo lo interpreto, la designación rígida no tiene que ver, en un primer momento, con “propiedades esenciales”, si bien es cierto que Kripke suscribe un tipo de esencialismo que se basa en principios comunes a los de la designación rígida.

Cuando Kripke aboga por *el sentido de hablar* de propiedades esenciales, su argumento se basa en que intuitivamente pensamos en que ciertas cosas son más esenciales que otras. Por ejemplo si digo de Nixon “ese es el hombre que pudo haber perdido las elecciones”, quien me diga que eso depende de cómo describa a Nixon será un hombre poco intuitivo. Al que debo responder algo así como lo siguiente:

---

singular term used in expressing the property, is a rigid designator. On the other hand, that same individual could have failed to be the president of the United States in 1970 (again, a metaphysical judgment). Hence, the singular term 'the president of the United States in 1970' is a nonrigid designator. And so it goes: 'the square root of 81' is rigid; 'the number of planets' is not. How so? Consult your metaphysical intuitions”. Almog: “Naming without Necessity”,211

<sup>107</sup> Cfr. *Infra*, 111

‘Bueno, claro, el ganador de la elección pudo haber sido alguien más. El actual ganador, si el curso de la campaña hubiera sido diferente, pudo haber sido el perdedor, y alguien más el ganador, o quizás pudo no haber habido elección en absoluto. Así que esos términos como “ el ganador” o “el perdedor” no designan los mismo objetos en todos los mundos posibles. Por otra parte, el término ‘Nixon’ es sólo *el nombre de este hombre.*’ Cuando te preguntas si es necesario o contingente que Nixon ganó las elecciones, te estás preguntando la pregunta intuitiva de si en una situación contrafáctica *este hombre* pudo haber de hecho perdido las elecciones.<sup>108</sup>

En la nota a estas cuestiones Kripke asevera que esto implica que la noción de propiedades esenciales y accidentales *tiene significado*. Pero que no implica que de hecho haya propiedades esenciales, aunque él cree que si las hay. Pero lo que dice esta cita y esta nota es que la cuestión de las propiedades esenciales *es otra* a aquella de la designación rígida.

---

<sup>108</sup> “Well, of course, the winner of the election might have been someone else. The actual winner, had the course of the campaign been different, might have been the loser, and someone else the winner; or there might have been no election at all. So, such terms as “the winner” and “the loser” don't designate the same objects in all possible worlds. On the other hand, the term “Nixon” is just a name of this man’. When you ask whether it is necessary or contingent that Nixon won the election, you are asking the intuitive question whether in some counterfactual situation, this man would in fact have lost the election. When you ask whether it is necessary or contingent that Nixon won the election, you are asking the intuitive question whether in some counterfactual situation, this man would in fact have lost the election”. Kripke: *Naming and Necessity*, 41

“Nixon” no es una propiedad de Nixon. Nixon sólo es el “nombre de este hombre”. Aquí no se está hablando de propiedades, se está hablando de la manera en la que utilizo un nombre. Lo que implica la designación rígida es que podemos *tomar un objeto* sea como sea dicho objeto, y *a ese mismo objeto* le podemos dar un nombre. Ese nombre, en efecto, tiene la propiedad de ser contrafácticamente estable. Eso se prueba porque al nombrar algo con ese nombre, ese algo no cambiará en situaciones contrafácticas. Eso es un hecho y un hecho a propósito de los nombres.

Por qué sucede así es otra cuestión. Algunos, como Almog, han argumentado que se debe a que Nixon no puede fallar en tener la propiedad de ser Nixon, y el término “Nixon” captura eso (como si “Nixon” siempre fuera la descripción abreviada de “el que tiene la propiedad de ser Nixon”). Sin embargo, se pueden argumentar perfectamente otros caminos: Pendlebury dice, por ejemplo, que la rigidez de un nombre se debe a su arbitrariedad.<sup>109</sup> Como se verá más adelante, Kripke es un duro anti-descriptivista, y si adjudicamos la razón de la rigidez al hecho de tener ciertas propiedades (no importa cuales; es decir, no importa si estás son solamente triviales como en el caso de Nixon, el ser Nixon) entonces siempre se va a dejar una puerta para que el descriptivista entre.

---

<sup>109</sup> Cfr. Pendlebury: “Why Proper Names are Rigid Designators”, 519-536

Por otro lado, Kripke sí es un esencialista, pero un esencialista moderado.<sup>110</sup> Kripke suscribe, por ejemplo, la esencialidad del origen: si esta tabla está hecha de madera, es necesariamente hecha de madera. Ahora su arma para argumentar no sólo por *el sentido de hablar de propiedades esenciales*, sino porque de hecho las hay, es, de alguna forma, la misma que utiliza para argumentar por la designación rígida.

Kripke, por ejemplo, en *Identidad y Necesidad* dice a propósito de la esencialidad en el origen de un trozo de leña que la forma en la que sabemos que necesariamente tenía que ser de leña es que *una vez que tenemos el trozo, y es de leña*, no podemos definir un mundo en donde *ese mismo trozo*, no sea de leña.

No podemos saber *a priori* que es de leña, podríamos estar confundidos por alguna ilusión óptica y pensar que era de hielo; pero si es de leña, entonces *ese mismo trozo, necesariamente* es de leña. No hay un mundo posible en el que *ese mismo trozo* no sea de leña.

Esto es la esencialidad de origen, y los que argumentan en su contra es porque tiene la noción telescópica de mundo posible. En efecto, si los mundos posibles están *ahí afuera*, entonces no tenemos *este mismo trozo*: tenemos otro que se parece mucho; de aquel, no sabemos si fue hecho

---

<sup>110</sup> Cfr. Por ejemplo a Hughes: *Kripke*, 110. To start with, in *Naming and Necessity* and 'Identity and Necessity' Kripke does not formulate- much less endorse- any fully general principles about the non-trivial essential properties of any individuals whatever. When particular cases are concerned, Kripke is often non-committal about whether an individual has a property essentially.

de hielo o no, y buscar una propiedad esencial en todos los troncos de todos los mundos se vuelve un poco absurdo.<sup>111</sup>

Esto tiene un parecido de familia con al argumento por el cual “Hesperus es Phosphorus” es necesario: una vez que la identidad está dada, y los términos son rígidos, la identidad es necesaria. La designación rígida toma un *término* y lo *evalúa* en distintos mundos. El esencialismo de origen toma *un objeto* y hace lo mismo. Ambos presumen la posibilidad de *tomar* algo y evaluar sobre eso a través de situaciones contrafácticas, *conservando siempre la identidad de eso que se toma*. Es decir ambos suponen (1) la necesidad metafísica y (2) la concepción de “mundo posible” como situación contrafáctica.

La designación rígida, por lo tanto, se basa en la metafísica, pero no en el sentido que Almog quiere. Cuando nombro, nombro objetos, y por lo tanto mi noción de nombrar algo tiene que ver con los objetos; pero el nombrar no se ocupa de las propiedades de dichos objetos, sino del poder referirse a ellos. En Kripke los nombres tienen éxito en referirse a un objeto porque son contrafácticamente estables, y esta propiedad es *de los nombres*.

Ahora que eso ya ha quedado claro se puede hacer la siguiente pregunta, ¿de qué sirve darle esta propiedad *a los nombres*? Ya se vio que una concepción así es conveniente para la modalidad, pero ¿se

---

<sup>111</sup> Kripke atribuye las críticas al esencialismo al hecho de que se relacionan con la ‘identificación entre mundos’. Cfr. Kripke: *Naming and Necessity*, 42

puede decir lo contrario? Es decir, ¿la concepción modal le conviene al nombrar? A llegado la hora de analizar qué le agrega la designación rígida a los problemas entre Mill, Frege y Russell.

### **Conclusión: Las variedades del sentido**

En definitiva Kripke ha respondido al reto de Quine con mucha altura. La lógica modal ha sido reinstituída, y además, con todo y nombres naturales. Más aún, como efecto secundario de esta propuesta, un problema en específico, el que se plantea en *Pensamientos* y posteriormente en *Conocimiento por familiaridad y conocimiento por descripción*, ha sido también resuelto, a saber: el problema de la variedad del sentido.

Recordemos el planteamiento: cuando tenemos un nombre asociamos a dicho nombre una variedad de sentidos; a Aristóteles, por ejemplo, lo asociamos con “el discípulo de Platón” o “el autor de la metafísica” incluso algunos medievales lo asociaban con “el filósofo pagano que estudian los árabes”, etc. Dichas variaciones, claro está, afectan nuestros juicios epistémicos sobre dichos nombres, agregan o quitan información para nuestra comprensión de ellos. Si aceptamos, con Mill, que los nombres no tienen significado alguno, no hay manera de dar cuenta de dichos cambios en nuestras opiniones, no hay manera de entender cómo “Hesperus es Phosphorus” no expresa una tautología. En lógica esta variedad en el sentido hace que la substitución de nombres propios en varios contextos parezca no preservar la verdad.

Aún cuando la preserva, cuando uno substituye en una proposición un nombre por otro, la proposición parece no contener la misma información.

En Frege, "Hesperus es Phosphorus" presentaba un problema, entre otras cosas, porque la sentencia parecía dar información nueva, mientras que "Hesperus es Hesperus" no daba ninguna nueva información. Por esto parecía necesario darle un agregado al nombre: además de su referencia, el nombre tenía un sentido.

Russell expandió esto: un nombre como "Bismarck" puede tener muchos sentidos ("el mejor canciller del siglo XIX", "el hombre de gran bigote que habita en la esquina", etc). Dado que hay una gran variedad en los sentidos la identificación de un nombre con un sentido en particular nunca es una mera tautología. La conclusión es que los nombres del lenguaje natural no tienen sentidos: sólo hay objetos que pueden satisfacer o no una variedad de sentidos.

Quine explota esta situación para criticar la lógica modal. Un objeto puede ser descrito de mil y un formas, y por lo tanto no tiene ningún caso hablar de algo necesario o contingente para dicho objeto, pues todo depende del modo que se describa.

Sin embargo, Mill parece intuir que hay cierta estabilidad en un término, no importa cuál sea su sentido. Darthmouth, aun cuando parezca significar "en la boca del río Darth", seguiría siendo Darthmouth si el río cambiara de curso. Pero si de hecho a un nombre

se le pueden asociar muchas sentidos y es un hecho que los distintos sentidos cambian nuestra actitud respecto a nombres que designan la misma cosa, al hacer depender la referencia de un nombre a lo que asociemos con ese nombre, la referencia no será estable.

De ahí parecen abrirse tres caminos: o fijamos un solo sentido a cada nombre (aunque sea artificial hacer eso), o dejamos de considerar “nombre” a todo lo que pueda presentar una variedad en el sentido (por ejemplo “Venus” que puede ser entendida como “la estrella de la mañana” o “la estrella de la tarde”), *O se puede dejar de buscar la estabilidad de un nombre en el sentido del nombre, es decir en lo que se conoce del nombre.* Un nombre no es epistémicamente estable. Siempre se le pueden asociar conocimientos distintos. Sin embargo, Kripke ha mostrado que es *contrafácticamente estable*. Es decir, no importa qué sentido se le asocie, en situaciones contrafácticas seguirá designando el mismo objeto.

¿De qué manera se puede expresar esta “estabilidad contrafáctica”? Precisamente probándola en situaciones contrafácticas; pero este “probar en situaciones contrafácticas” es lo que uno hace cuando evalúa algo en un mundo posible. Es aquí donde el nombrar se relaciona con la necesidad, debido a que lo necesario es lo que tiene la propiedad de ser contrafácticamente estable. Esta propiedad permite a los nombres referir a un objeto establemente, sin importar la situación

contrafáctica; un mismo nombre refiere necesariamente a un mismo objeto.

Por esto explicar el nombrar en función de la necesidad no es más que explicar la relación estable que tienen los nombres con sus objetos; explicar, por usar una metáfora, el *pegamento* que los hace quedarse pegados a sus objeto; y esto porque para Kripke la necesidad *es* estabilidad contrafáctica. Y como nota a esto, y para dar un contraargumento positivo a Almog, se puede ver que la relación entre el nombrar y la necesidad no es artificial. Si los nombres son estables, como intuitivamente pensamos que son, debe haber una forma de expresar y representar dicha estabilidad. Y esa estabilidad se expresa a través de las nociones de necesario y contingente.

Así pues, por el lado del problema de la variedad en los sentidos que asociamos a un nombre podemos dispensar de los artificios de Frege y no necesitamos tener únicamente variables cuantificacionales como únicos nombres propios. Y no sólo por esto, si se acepta lo planteado por Kripke, se debe rechazar completamente cualquier permisión en sustitución de un nombre natural por una descripción definida (llamémosle a dicha descripción *sentido* o *símbolo incompleto*). Cualquier concesión en este punto y las objeciones modales de Quine volverán, por lo menos, a entrar en la mesa de la discusión.

¿Pero podemos hacer eso? Recordemos la génesis de los problemas planteados por Frege y Russell: los sentidos en Frege están ahí para dar

cuenta sobre la información nueva que obteníamos en aparentes tautologías. La respuesta de Kripke es que la identidad no es una tautología (es decir, una trivialidad). La confusión se da por querer identificar metafísica con epistemología.

Sin embargo, ¿por qué si, en efecto, es necesario que “Clark Kent es Superman” no estamos libres de escrúpulo cuando sustituimos “Luisa Lane sabe que Clark Kent es Clark Kent” por “Luisa Lane sabe que Clark Kent es Superman”?

En efecto, el problema no está en la identidad sino en el verbo opaco “sabe que”. ¿Debemos de descartar la lógica que utiliza estos verbos sólo por esto?

Russell, por otro lado, introduce las descripciones para poder hablar de objetos no existentes con sentido. Su planteamiento, sin embargo, debe ser incorrecto: no sólo los verdaderos nombres propios sino los nombres naturales se comportan de manera muy distinta a una descripción en contextos modales. La equivalencia de una expresión con la otra debe ser inválida entonces. Además de lo ya mencionado acerca de las no tautologías y lo necesario *a posteriori*, a saber, si la identidad entre dos nombres aporta información nueva eso no significa necesariamente que en realidad dichos nombres sean descripciones disfrazadas.

Ahora pensemos no en cosas de las que tenemos razón suficiente para saber que existen (los criterios de Russell son demasiado estrictos para

ser persuasivos), sino en cosas de las que tenemos razón suficiente para saber que no. Cosas como "Apolo" o "Santa Claus". Si estos nombres no pueden, por ningún motivo, significar descripciones, entonces, ¿qué significan? ¿Qué significa "Apolo no existe"?

Parece que Kripke ha logrado deshacerse de las soluciones de Frege y Russell pero no de sus angustias. Sin embargo, el veredicto final no puede darse hasta que no se exponga el ataque directo de Kripke a estos autores. Porque hasta ahora, sólo se ha expuesto la defensa de la propia lógica de Kripke.

## Capítulo 4: Sobre la denotación

### *Introducción: Plot holes*

Saul Kripke ha establecido que no es necesario considerar la información que se asocia a un nombre para darle estabilidad a su referencia. Lo que Saul Kripke no ha explicado es cómo un nombre obtiene su referencia en primer lugar. Recordemos una cita de la introducción:

El problema básico para cualquier tesis como la de Mill es el de cómo podemos determinar qué cosa es la referencia de un nombre tal y como lo usa un hablante particular.<sup>112</sup>

Y líneas después reconoce que la ventaja de una teoría como la de Frege es que puede dar cuenta de la referencia. Es decir: el significado de un nombre determina su referencia; pero si los nombres no tienen significado, la pregunta sería ¿cómo se determina su referencia?

Menciono sólo a Frege porque Russell no tiene este problema, puesto que (y este punto será fundamental en este capítulo) las descripciones de Russell *no son denotativas*. De hecho, su poder consiste en eso mismo; son las “c” las que denotan y dichas “c” adquieren su referencia gracias a que la tenemos *frente* a nosotros.

---

<sup>112</sup> Kripke: *Naming and Necessity*, 36

Pero dejemos eso por el momento y volvamos a Frege.<sup>113</sup> Para contrarrestar esta ventaja de la teoría fregeana (ventaja que es distinta y va más allá de la solución que aporta el sentido a las paradojas epistémicas) Kripke necesita hacer dos cosas:

- 1) Mostrar que los sentidos fregeanos no denotan y, por lo tanto, no son relevantes para explicar la función referencial de un nombre.
- 2) Proporcionar entonces otra explicación de por qué los nombres refieren.

Acerca de lo primero, Kripke cuenta con tres caminos para mostrar su punto, aunque los tres (un poco menos el segundo) pueden ser considerados como variaciones sofisticadas del rupestre argumento de Mill.

El primero ya se trató un poco en el capítulo anterior: el argumento modal. Aquí será revisitado pero relacionado con al problema de la

---

<sup>113</sup> Aunque Kripke habla de la teoría Frege-Russell sobre los nombres propios, creo que ya ha quedado bastante asentado que no se pueden poner en una misma bolsa. Ver la introducción que hace Moore a su compilación sobre el tema, ahí menciona que la batalla no es Frege-Russell vs. Kripke, sino, fundamentalmente, Frege vs. Russell. Kripke admite eso tanto en *A Puzzle About Belief*: “[In Russell] When all disguised is eliminated, the only singular terms remaining are logically proper names from which no notion of sense is required. When we speak of Russell as assigning “senses” to names, we mean ordinary names *and for convenience we ignore his view that the descriptions abbreviating them ultimately disappear.*” Cfr A.W Moore: *Meaning and Reference* (Oxford, 1993), 1-22 y ver Saul Kripke: “A Puzzle About Belief” (Mathew Davidson, *On Sense and Direct Reference*, McGrawhill, 2007) 1003

denotación. El argumento modal establece que las descripciones no denotan de la misma manera en la que un nombre denota: el nombre denota rígidamente, pero la descripción no. Las objeciones y contra-objeciones a este argumento también serán tratadas.

El segundo argumento es conocido como “el argumento epistémico” y señala que si el descriptivista tuviera razón sería posible “tomar a un único individuo con un único cúmulo de propiedades” y esto sería conocido *a priori* por el que utiliza el nombre propio. Este argumento es bastante fuerte; sin embargo, la manera en la que Kripke retrata al “descriptivista” no es del todo justa.

El tercer argumento es conocido como “argumento semántico”, aunque llamarlo semántico es un algo gentil, puesto que también se basa en el problema de que los sentidos no refieren. Al terminar de analizar de estos argumentos concluiré que Kripke tiene razón al afirmar que los sentidos no denotan, pero esto no priva a los sentidos de toda su utilidad.

Después de hacer todo lo posible para desarmar la creencia de que el sentido denota la referencia, Kripke dará su propia propuesta. Esa propuesta es original pero algo vaga, y en la última sección de este capítulo explicaré los detalles así como sus limitaciones. En las conclusiones a este capítulo regresaré, nuevamente, al problema de la no existencia y de la substitución en contextos epistémicos, pero esta vez desde el punto de vista de Kripke. Esto con el fin de que el lector,

ya con todas las cartas expuestas sobre la mesa, logre hacer un balance de qué se gana y qué se pierde con las propuestas de cada uno de los autores.

### ***El argumento modal***

La estructura del argumento modal es la siguiente:<sup>114</sup>

1. Los nombres propios son designadores rígidos.
2. Si una expresión “x” y una expresión “y” tienen propiedades semánticas distintas entonces no son equivalentes.
3. Las descripciones definidas no son designadores rígidos.
4. La designación rígida es una propiedad semántica.
5. ∴ Los nombres propios y las descripciones definidas no pueden ser equivalentes.

Vayamos por partes: en el capítulo anterior ya se vio lo que es un designador rígido, a saber, un término que en todo mundo posible designa al mismo objeto. El argumento de Kripke consiste en señalar que, dado que las descripciones definidas no tienen esta propiedad no pueden ser consideradas equivalentes a un nombre propio; es decir, la substitución de uno por la otra es siempre inválida, esto porque las descripciones no siempre *toman* al mismo objeto, pero los nombres sí. (Una vez que ya lo tienen, lo cual sería el hecho que habría que explicar después)

---

<sup>114</sup> Una reconstrucción similar está en Soames. Cfr. Scott Soames: *Reference and Description* (Princeton University Press, 2005), 14-15

A la luz de esto, quien quiera defender lo contrario tendrá dos opciones: atacar la premisa (2), es decir, encontrar alguna forma de hacer que las descripciones sean rígidas y que por lo tanto son también capaces de tomar siempre a un mismo objeto; o atacar la premisa (3), es decir, hacer que la noción de rigidez sea irrelevante, o trivial, explicándola por medio de otra propiedad que fuera, en ese caso, lo realmente permite la estabilidad en la referencia.

Primero trataré esta segunda estrategia, que es conocida como el “análisis de amplio rango”<sup>115</sup> y fue ideada por Michael Dummett en la segunda edición de su *Frege: Philosophy of Language*.

### **El análisis de amplio rango**

Para Dummett existe una contradicción fuerte en *Naming and Necessity*.

Kripke reconoce que la siguiente frase puede tener una lectura verdadera y una falsa:

1. El maestro de Alejandro Magno pudo no ser el maestro de Alejandro Magno.

(1) Es falsa si se lee de la siguiente forma:

1.a Es posible que el maestro de Alejandro Magno no haya sido el maestro de Alejandro Magno.

Dado que lo que se está diciendo es: es posible que (p . -p) lo cual es a leguas una contradicción

Sin embargo, (1) es verdadera si se lee del siguiente modo:

---

<sup>115</sup> Es Soames el que la bautiza así. Cfr. Soames: *Reference and Description*, 16

1.b El maestro de Alejandro Magno pudo no haber sido el maestro de Alejandro Magno.

En efecto, tiene sentido en español decir que el maestro de Alejandro Magno pudo no haber sido maestro, si se hubiera dedicado a la medicina, por ejemplo.

Lo que permite esta doble lectura es una ambigüedad en el rango del operador modal, en este caso “es posible”. Cuando el rango del operador es el más amplio, la proposición es falsa; cuando, en este caso, la descripción tiene un rango más amplio que el operador modal, la proposición es verdadera.

Según Dummett, esto mismo puede suceder con los nombres propios, si cambiamos “el maestro de Alejandro Magno” por Aristóteles, quedaría algo así:

1. Aristóteles pudo no haber sido el maestro de Alejandro Magno.

1.a  $\diamond$  Aristóteles no fue el maestro de Alejandro Magno.

1.b Aristóteles  $\diamond$  no fue el maestro de Alejandro Magno.

Dummett, sorprendentemente, afirma que esto indica que 1.a puede considerarse falsa, puesto que hay una forma en que entendemos que Aristóteles si fue Aristóteles no pudo más que ser el maestro de Alejandro Magno.

El contraste marcado (más arriba) entre nombres propios y descripciones definidas en contextos modales no es tan agudo como parecería serlo. Después de todo, a pesar de que hay un sentido

intuitivo en el que es correcto decir “Santa Ana pudo nunca haber sido madre”, hay, por igual, un sentido claro en el que correctamente podemos decir, “Santa Ana no pudo más que ser madre”, siempre que se tome en cuenta que eso significa que si había tal mujer como Santa Ana, sólo pudo haber sido madre.<sup>116</sup>

Independientemente de qué tan *claro* sea este sentido en el que se entiende que Santa Ana sólo pudo haber sido madre, lo que Dummett reclama de Kripke es que la doble lectura posible en proposiciones con descripciones definidas sea explicada por medio del rango, y no permita lo mismo para los nombres propios:

En el caso de las descripciones definidas, Kripke explica el fenómeno en términos de la noción de rango. Para los nombres propios, por otro lado, considera que la noción de rango es inaplicable, y por consecuencia invoca una distinción entre dos tipos de posibilidad. El argumento para decir, en este caso, que hay dos tipos de posibilidad parece tan poco fuerte como en el caso que sería para las descripciones definidas.<sup>117</sup>

---

<sup>116</sup> “The contrast drawn above between proper names and definite descriptions in modal contexts is not as sharp as there made out. After all, even though there is an intuitive sense in which it is quite correct to say, ‘St. Anne might never become a parent’, there is also an equally clear sense in which we may rightly say, “St. Anne cannot but have been a parent”, provided always that this is understood as meaning that, if there was such a woman as St. Anne, then she can only have been a parent”. Michael Dummett: *Frege: Philosophy of Language* (Harvard University Press, 1973), 438

<sup>117</sup> “In case of definite descriptions, Kripke explains the phenomenon in terms of the notion of scope. For proper names, on the other hand, he considers the notion of scope inapplicable, and therefore invokes a distinction between two kinds of possibility. The argument for saying, in this case, that there are two kinds of

A fin de cuentas a lo que Dummett quiere llegar es a que la noción de rigidez se puede explicar en términos de rango. En este caso, un designador rígido es aquel que siempre tiene amplio rango sobre el operador modal. Por lo tanto, si lo único especial acerca de los nombres propios era la designación rígida, un designador rígido también puede ser una descripción definida con amplio rango; mejor aún, un nombre propio puede entenderse como sinónimo de una descripción definida con amplio rango del operador modal.

Soluciones de este tipo (reducir la característica propia de un término a su posición en la sentencia, es decir, hacer que las propiedades de un término sean más bien las propiedades de una sentencia), ya se vieron en el caso de Russell contra Frege. Y lo que gana Dummett con esta estrategia, irónicamente, es que la noción fregeana de sentido puede seguir siendo viable, puesto que así analizada ya no tiene complicaciones modales. Kripke, sin embargo, no tardó en contestar.

### **La defensa de Kripke**

En el prólogo a la segunda edición de *Naming and Necessity* Kripke resume la postura de Dummett de la siguiente manera:

Suele ser supuesto que todas las intuiciones lingüísticas que yo defiendo en pro de la rigidez bien podrían ser manejadas si se leen los

---

possibility seems no stronger than in the case it would be for definite descriptions".  
Dummett: *Frege: Philosophy of Language*, 439

nombres en varias sentencias como designadores no rígidos con amplio rango, análogamente a las descripciones con amplio rango.<sup>118</sup>

Kripke afirma que, en efecto, *algunos* casos podrían tratarse así, sin embargo no cree que esa sea la manera de entender *todas* nuestras intuiciones sobre la rigidez.

Lo primero que contra-argumenta Kripke es que (1) existen oraciones simples, que no utilizan operadores modales, en donde la noción de rigidez sigue teniendo sentido, y la noción de rango ya no se puede aplicar.

La noción de rigidez trata acerca de las condiciones de verdad de una proposición en situaciones contrafácticas, en el caso de que la proposición sea simple, algo como “Aristóteles fue el autor de la *Metafísica*”, el análisis para comprobar la rigidez de “Aristóteles” se efectúa con base en la valuación de mundos posibles, en este caso dónde está el operador modal se vuelve irrelevante porque, sencillamente, no hay operador modal aquí.

Uno puede usar operadores modales para *resaltar* esta propiedad, pero es de la misma forma en la que uno utiliza un colorante para resaltar cierto tipo de células en un microscopio, por ejemplo. Son las células

---

<sup>118</sup> “It seems often to be supposed that all the linguistic intuitions. I adduce on behalf of rigidity could just as well be handled by reading names in various sentences as nonrigid designations with wide scopes, analogously to wide scope descriptions”. Kripke: *Naming and Necessity*, 10

las que tienen la propiedad y por eso se colorean, no el color que le da una propiedad a las células.

En este caso, Kripke utiliza los operadores modales, con amplio rango, para resaltar la diferencia entre los nombres y las descripciones definidas. Es una manera de confirmar nuestras intuiciones sobre la rigidez.

Más allá de Kripke, hay algo que no es tan claro en Dummett como él querría. No es tan evidente que haya una manera de entender que si Santa Ana fue Santa Ana entonces sólo pudo haber sido la madre de María. Esto tendría sentido si y sólo si el sentido propio (lo que sea que eso signifique) de Santa Ana es “la madre de María”, pero eso sería, claramente, una petición de principio por parte de Dummett.

Aún así, todavía podríamos considerar un mundo en el que Santa Ana haya encontrado a María en un moisés, por ejemplo.

Y este es el punto de Kripke con la supuesta ambigüedad en el rango. De hecho, cuando se utiliza un nombre propio en lugar de una descripción, es irrelevante tal ambigüedad, puesto donde se coloque el operador modal, el valor de verdad resultará el mismo, cosa que no es el caso en las descripciones definidas.<sup>119</sup>

El punto aquí es para Kripke: desde la perspectiva modal, una descripción no es equivalente a un nombre natural, a menos, claro está, que la descripción contenga elementos rígidos.

---

<sup>119</sup> Un punto similar se encuentra en Hughes. Cfr. Hughes: *Kripke*, 22

### **Descripciones rígidas**

Pasamos ahora a la segunda estrategia para desarmar el argumento modal. Ésta consiste en hacer que las descripciones definidas sean rígidas por medio de algún indexical o demostrativo que fije a un único objeto. La siguiente descripción, sería un ejemplo de esto: “El que *de hecho* fue maestro de Alejandro Magno”

Es cierto que no hay un mundo posible en donde “el que *de hecho* fue maestro de Alejandro Magno” no haya sido el que de hecho fue maestro de Alejandro Magno.

Sin embargo, este análisis parece perder el punto, puesto que aquí no hay un descriptivismo puro.<sup>120</sup> La “x” no es el objeto que, de manera única, satisface una descripción, puesto que en el caso de las descripciones rígidas la “x” ya es parte de la descripción.<sup>121</sup>

Hay que notar, sin embargo, que Russell sí admite este tipo de descripciones. Recuérdese, por ejemplo, “el presente rey de Francia”. Dicha descripción es rígida y, si Russell está en lo correcto, la “c” que satisface la “x” en “el presente rey de Francia” no forma parte de la descripción. Y este tipo de descripciones, además, también bloquean las objeciones de Quine.

Afortunadamente esta no es la única carta de Kripke. El filósofo afirmará que existe una distinción entre designadores rígidos *de facto*

---

<sup>120</sup> A continuación cuestionaré si de hecho hay tal cosa como un “descriptivista puro”.

<sup>121</sup> Hughes además señala que estas teorías “mezcladas” de la descripción no son el enfoque de Kripke.

(las descripciones definidas rígidas) y designadores rígidos *de jure* (los nombres propios naturales). Pero esta distinción al parecer se hará clara cuando se tome en cuenta el argumento epistémico para probar que los nombres propios *no pueden ser equivalentes a descripciones definidas, "rígidas" o no.*

### ***El argumento epistémico***

La segunda conferencia de *Naming and Necessity* comienza con el siguiente argumento en el contexto de los que defendían la "teoría del cúmulo" (teoría que afirmaba que no una descripción sino un cúmulo de descripciones era lo que determinaba la referencia) acerca de los nombres propios:

- (1) A cada nombre o expresión designativa 'X', corresponde un cúmulo de propiedades, a decir, la familia de esas propiedades  $\phi$  tales que A cree " $\phi$  X"
- (2) Una de las propiedades, o algunas conjuntamente, son creídas por A de ser capaces de tomar a un individuo único.
- (3) Si la mayor parte, o una parte considerable, de las  $\phi$  son satisfechas por único objeto y, entonces y es el referente de 'X'
- (4) Si el voto resulta en ningún efecto único entonces "X" no refiere.
- (5) La sentencia, "Si X existe, entonces X tiene la mayoría de las  $\phi$ " es conocida *a priori* por el hablante
- (6) La sentencia, "Si X existe, entonces X tiene la mayoría de las  $\phi$ " expresa una verdad necesaria (en el idiolecto del hablante)

(C) Para cualquier teoría exitosa, el planteamiento no debe ser circular. Las propiedades que sean usadas en la votación no deben, por su parte, involucrar la noción de referencia de una forma que sea, a fin de cuentas, imposible de eliminar.<sup>122</sup>

Voy a comenzar por (C): cualquier descripción definida que a su vez utilice un nombre propio, un indexical, o cualquier otra cosa que involucre referencia directa es, en el fondo, circular, puesto que lo que las descripciones definidas pretendían hacer era “tomar” los objetos por medio de las propiedades. Si decimos, por ejemplo, ¿cómo puedo determinar “Sócrates”, y alguien me responde “El maestro de Alcibíades” a la vez puedo preguntar ¿y como puedo determinar Alcibíades?”, y así hasta que , probablemente, se llegue a algún demostrativo o indexical, en dicho caso seguiría siendo pertinente preguntarle al descriptivista “¿y qué es ‘eso’?”.

Ante lo que hay dos posibles respuestas: el descriptivista puro (no me atrevo a decir si Frege se pensaba un descriptivista puro o no) parece

---

<sup>122</sup> “(1) To every name or designating expression ‘X’, there corresponds a cluster of properties, namely the family of those properties such that A believes ‘ X’. (2) One of the properties, or some conjointly, are believed by A to pick out some individual uniquely. (3) If most, or a weighted most, of the ‘s are satisfied by one unique object y, then y is the referent of ‘X’. (4) If the vote yields no unique object, ‘X’ does not refer. (5) The statement, ‘If X exists, then X has most of the ‘s’ is known a priori by the speaker. (6) The statement, ‘If X exists, then X has most of the ‘s’ expresses a necessary truth (in the idiolect of the speaker). (C) For any successful theory, the account must not be circular. The properties which are used in the vote must not themselves involve the notion of reference in such a way that it is ultimately impossible to eliminate”. Kripke: *Naming and Necessity*, 72

que deberá encontrar una forma en la que se pueda “tomar” a un objeto único de manera *puramente cualitativa*. Muchos han dicho que esto es ya imposible.<sup>123</sup>Y en definitiva el análisis que hace Kripke no deja mucha salida.

Un russelliano, sin embargo, celebrará este análisis. “Eso” es algo que ya no necesita más explicación porque apunta a un elemento con el que estamos familiarizados; pero incluso si cambiamos “el maestro de Alcibíades” por “el maestro del hombre llamado ‘Alcibíades’” el russelliano dirá que “Alcibíades” no es más Alcibíades sino una voz con la que estamos familiarizados, Alcibíades será elemento de la proposición si y sólo si, Alcibíades pronuncia la frase. En efecto, el punto (C) no le afecta tanto a Russell porque Russell casi nunca involucra la referencia.

Y ahora aprovecho para repetir un punto que es bastante relevante a esta altura: no son los nombres naturales los que tienen el problema, sino nuestro conocimiento de los objetos a los que les damos esos nombres. El problema no es que “Hesperus” tenga un sentido, sino que no estamos seguros si “Hesperus” denota o no.

Para efectos del argumento, sin embargo, voy a conceder que es posible tener una descripción o cúmulo de descripciones puramente cualitativas que tomen a un único objeto y me dirijo a la premisa (5) que es la clave del argumento epistémico. Kripke argumenta que si un

---

<sup>123</sup> Cfr. Hughes: *Kripke*, 11

nombre *significa* una descripción definida, puramente cualitativa, que “toma” a un objeto único, entonces quien entienda el nombre debe conocer cuál es la descripción que dicho nombre abrevia, esto porque el significado del nombre *es* la descripción.

Esto tiene una resonancia con el principio russelliano de la familiaridad, a saber: si hablo de algo es porque lo entiendo. Y aplicado al caso de Kripke: si para mí un nombre es su significado descriptivo entonces cuando utilizo un nombre conozco su significado descriptivo.

Lo que nos lleva a preguntarnos si es verdad esto. Es decir, si cuando aprendemos a usar un nombre, conocemos *a priori* no solo cualquier descripción, sino aquella descripción, puramente cualitativa, que, sobre todas las cosas, “toma” a un *único* objeto.

La intuición nos dice que no; sin embargo, pensemos en un ejemplo: “Aristóteles”, El usuario competente del nombre “Aristóteles”, ¿conoce la descripción puramente cualitativa que lo “toma” a él mismo y a nadie más? Por lo menos yo no la conozco, y aún así considero que utilizo el nombre correctamente.

Pero ya sugerimos arriba que es posible que dicha descripción no exista, o más bien, que no existen descripciones de ese tipo. Si es así, lo que dice el argumento de Kripke es que si la teoría es correcta el usuario entendería algo que no es posible entender. Dejemos, ahora, el hecho de las descripciones “puramente cualitativas” ¿tiene algún

sentido decir que ese tipo de cosas se pueden saber *a priori*? Depende de a qué se esté refiriendo Kripke con *a priori*.

Ciertamente hubo una época de mi vida en la que “Aristóteles” no me decía más que “Burrugou”. Y no tenía manera de saber la diferencia. Antes de usar el nombre de Aristóteles correctamente no lo podía usar en absoluto y cuando lo supe usar fue ciertamente una descripción lo que consiguió que yo lo distinguiera de “Burrugou”.

¿Qué significa entonces saber el sentido de un nombre *a priori*? No puede ser que cuando tenemos un signo cualquiera sabemos de inmediato a qué se refiere (ese es el punto de aprender palabras) y Kripke por supuesto que no sugiere eso. Pero si es concedido que la descripción nos ayuda a comenzar a distinguir entre dos nombres que no conocemos (en efecto, antes de que nos consideremos usuarios competentes de dichos nombres) ¿cuál es el punto de decir que no conocemos *a priori* la sentencia “si Aristóteles es Aristóteles entonces fue el discípulo de Platón”?

Nuevamente, Kripke da por hecho que nosotros ya somos usuarios competentes del nombre; concedido esto su punto es el siguiente: *un nombre no significa la descripción o un cúmulo de descripciones, porque cuando lo sabemos usar no tenemos necesariamente dicho cúmulo de descripciones en mente.*

Y esto también cuenta entonces para descripciones rígidas. Cuando ya somos usuarios competentes de un nombre no necesitamos pensar en

la descripción rígida de ese nombre para usarlo. Por lo tanto los nombres no son ni modalmente equivalentes, ni semánticamente iguales a las descripciones definidas.

Kripke, sin embargo, no ha respondido todavía cómo nos hacemos usuarios competentes de un nombre o si no hay entonces alguna relación entre la descripción y el nombre (a pesar de que no sean sinónimos<sup>124</sup>) El siguiente argumento querrá mostrar que no.

### ***El argumento semántico***

Supongamos que lo único que sabe Johnson de G<sup>del</sup> es que es “el autor del teorema de incompletud”. Supongamos luego que en realidad, aunque nadie lo sepa, G<sup>del</sup> robo el teorema a un tal Schmitt, que ahora está muerto. ¿Tiene algún sentido decir que cuando Jonson dice “G<sup>del</sup>” a lo que se está refiriendo en realidad es a Schmitt?

No: cuando Johnson dice algo de G<sup>del</sup>, lo que sea, todos sabemos que se refiere a G<sup>del</sup>; de hecho, no importa que todo lo que sepa Johnson de G<sup>del</sup> sea falso, si se descubriera el fraude, señala Kripke, a G<sup>del</sup> ya nadie lo llamaría “el autor del teorema de incompletud”, pero le seguirían llamando G<sup>del</sup>.

---

<sup>124</sup> No creo que Frege pensara que los “sentidos” fueran *sinónimos* de los nombres propios, justo porque consideraba posible hablar de los sentidos sin hablar de las referencias, es decir que era posible hablar de “El autor de Waverly” sin hablar de “Scott”

Si el *significado* de “G<sup>del</sup>” fuera la descripción, cualquier objeto que satisficiera la descripción sería “G<sup>del</sup>”, lo cierto es que sólo G<sup>del</sup> es “G<sup>del</sup>”<sup>125</sup>, no importa qué haya o no haya hecho.

Si regresamos un poco al tema del capítulo anterior, ésta es una nueva forma de mostrar que la asociación de sentido que se le da a un nombre no influye en el comportamiento estable que los nombres pueden tener; de ahí que si los sentidos varían, el nombre sigue teniendo éxito en tomar al mismo objeto. Si el *significado* fuera la descripción, las variedades del sentido provocarían un desastre en el campo de la referencia.

Pero este argumento es casi el mismo que el argumento de “Darthmouth” y lleva, por lo tanto, a la misma explicación: un nombre propio es rígido; una descripción definida no. Sólo que ahora el argumento está puesto al revés.

Si todos estos argumentos son variaciones (el argumento epistémico en menor grado); sería bueno, antes de explicar la teoría positiva de

---

<sup>125</sup> Aprovecho aquí para señalar un punto de Kripke en el prólogo a la segunda edición. Muchos detractores de su propuesta afirman que el hecho de que pueda haber un mismo nombre para muchas personas significa que no hay tal cosa como rigidez, la respuesta de Kripke es corta pero en mi opinión contundente. Si consideramos que gato, como gato hidráulico, y gato como animal, son *palabras distintas*, aunque fonética y ortográficamente iguales, entonces no hay ningún problema en decir que cada objeto tiene un nombre distinto, aunque muchas veces coincidan fonética y ortográficamente. Es decir si llamo a mi perro Napoleón, no hay nada que me impida decir que es un nombre distinto al de Napoleón el dictador. Cfr. Kripke: *Naming and Necessity*, 9

Kripke acerca de la referencia, reconstruir el “argumento madre” con el fin de encontrar, si es posible, una respuesta igual de primigenia.

Lo primero que debe señalarse es que todos los argumentos de Kripke se basan más en un asunto de referencia que en un asunto de significado y contienen una premisa implícita. A saber: “Si un nombre propio significa una descripción definida entonces la descripción determina la referencia”.<sup>126</sup> Los argumentos de Kripke tienen éxito en tanto que muestran que las descripciones muchas veces no determinan la referencia.

El razonamiento, con premisa implícita, queda de la siguiente forma:

- (1) Si un nombre propio significa una descripción definida entonces la descripción determina la referencia.
- (2) Las descripciones definidas no determinan la referencia.
- (3) ∴ Un nombre propio no significa una descripción definida.

Pero eso es muy distinto a decir que las descripciones no tienen papel alguno e incluso que no contribuyen a su significado. aún cuando no se sepa todo *a priori* del nombre.

La pregunta sería ¿de qué sirve tener un sentido o varios sentidos en un nombre si éstos no determinan la referencia? De mucho en realidad.

---

<sup>126</sup> Puede objetarse que el argumento epistémico no necesita esto: es cierto en el sentido en que el argumento se basa en lo que uno *sabe* de un nombre no en lo que llega o no a referirse; sin embargo el argumento comienza porque es supuesto que el cúmulo de propiedades determinan a la “x”.

Las descripciones de Russell tampoco determinan la referencia y son muy útiles para salir de problemas existenciales.

Kripke, considero yo, ha sido brillante en introducir el concepto de designación rígida como modo de estabilizar una referencia.<sup>127</sup> La sofisticación del argumento milliano también ha sido convincente para mostrar que los sentidos no son determinativos en el acto de referir. No ha eliminado completamente, sin embargo, toda consideración al sentido. Y todavía no explica qué es entonces lo que determina la referencia; cómo se  *fija*  una referencia.

### ***Teoría causal***

A llegado la hora en la que Kripke debe proponer cómo es que los nombres refieren; cuál es el mecanismo por el cual llegan a sus objeto.

Espero que no haya habido mucha expectación al respecto, pues este autor no dará una teoría de la referencia en *Naming and Necessity* (ni en ninguna otra parte si estamos en eso) de cuerpo completo; simplemente propondrá “otra imagen” quizás más fiel a lo que hacemos de hecho.<sup>128</sup> A esta nueva imagen se le conoce como la teoría causal de la referencia.

---

<sup>127</sup> Un poco más adelante se verá que el mismo Kripke afirma que este recurso no es contradictorio con el anti-millianismo.

<sup>128</sup> Kripke advierte a sus lectores acerca del proponer teorías completas con ciertos temas, tales con el de al referencia, puesto que, y cita a Butler: “Everything is what it is and not another thing” Es decir, no todo se puede explicar en virtud de otra cosa. Cfr. Kripke: *Naming and Necessity*, 94

Dicha teoría sostiene que los nombres tienen historia y es por medio de esa historia que un nombre refiere, es decir, tiene éxito en “tomar” a un objeto:

Alguien, vamos a decir, un bebé, nace; sus padres le dan un cierto nombre. Hablan acerca de él a sus amigos. Otra gente lo conoce. A través de varios tipos de charla el nombre es esparcido de liga en liga por una cadena. Un hablante que se encuentra en los últimos vínculos de esta cadena, quien ha oído hablar de, digamos, Richard Feynman, en la plaza o algún otro lugar, puede referirse a Richard Feynman a pesar de que no pueda recordar de quién oye por primera vez de Feynman o de quién lo escucho en absoluto. Sabe que Feynman es un famoso físico. Un cierto pasaje de comunicación que alcanza, a fin de cuentas, al hombre mismo, alcanza al hablante. Él, entonces, se está refiriendo a Feynman a pesar de que no pueda identificarlo de manera única. Él no sabe cuál es la teoría de Feynman acerca de las producciones pares y la aniquilación. No solo eso, tendría dificultades en distinguir entre Gell-Mann y Feynman. Así que no tiene que saber esas cosas; pero, en cambio, un cadena de comunicación que va hasta Feynman mismo ha sido establecida, en virtud de su membresía en una comunidad que pasó el nombre de liga en liga, no por una ceremonia que él en su estudio privado hace: “Por ‘Feynman’ entenderé el hombre que hizo esto, esto y esto”.<sup>129</sup>

---

<sup>129</sup> “Someone, let's say, a baby, is born; his parents call him by a certain name. They talk about him to their friends. Other people meet him. Through various sorts of talk the name is spread from link to link as if by a chain. A speaker who is on the far end of this chain, who has heard about, say Richard Feynman, in the market

Searle, en una crítica que hace a Kripke, sostiene que ningún descriptivista piensa que la gente, en la privacidad de sus cuartos, determina la referencia de un nombre por medio de una descripción.<sup>130</sup>

Ni siquiera Frege se atrevería a decir eso; más bien, diría un descriptivista, todo indica que son razones epistémicas lo que nos lleva a asociar a un nombre con un contenido descriptivo para que después tengamos acceso al objeto que designa el nombre, por medio de dicho contenido descriptivo.

Justo o no el ataque, sería bueno analizar primero cuáles son los elementos de esta nueva forma de entender la referencia.

Un nombre refiere en virtud de una conexión de usos por parte de todos los hablantes a los que se les ha comunicado el nombre. Comienza, generalmente, por un bautizo; es decir, la referencia se fija ostensivamente. Después, lo que conecta la referencia ostensiva con el

---

place or elsewhere, may be referring to Richard Feynman even though he can't remember from whom he first heard of Feynman or from whom he ever heard of Feynman. He knows that Feynman is a famous physicist. A certain passage of communication reaching ultimately to the man himself does reach the speaker. He then is referring to Feynman even though he can't identify him uniquely. He doesn't know what a Feynman diagram is, he doesn't know what the Feynman theory of pair production and annihilation is. Not only that: he'd have trouble distinguishing between Gell-Mann and Feynman. So he doesn't have to know these things, but, instead, a chain of communication going back to Feynman himself has been established, by virtue of his membership in a community which passed the name on from link to link, not by a ceremony that he makes in private in his study: 'By 'Feynman' I shall mean the man who did such and such and such and such'".  
Kripke: *Naming and Necessity*, 9

<sup>130</sup> Cfr. John Searle: *Intentionality* (Cambridge University Press, 1983), 322.

uso de todos los demás hablantes que no tienen al objeto enfrente es esa cadena “de boca en boca”.<sup>131</sup>

Voy a poner un ejemplo de esto: cuando Moisés le pregunta a Dios “¿Quién eres?”, Dios responde (parafraseo): “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”. La manera de identificar a Dios aquí, de entre todos los distintos dioses (los egipcios, por ejemplo), es la cadena singular que los hablantes han pasado de boca en boca. Dios hace referencia a esa cadena causal para identificarse.

No es necesario, en consecuencia, tener una descripción con la cual fijar dicho nombre; sobre todo, ante todas las complicaciones que ya se vieron anteriormente cuando se utilizan descripciones definidas para cualquier cosa.

Nótese que en cierto modo esto llega a ser, en el caso de la determinación por bautizo, russellianismo extendido. Alguien tuvo conocimiento directo de eso que se nombra, y nosotros tenemos acceso por medio de dicha cadena: el problema de la inaccesibilidad se mitiga si algo nos conecta con ese “primer nombramiento”.

Kripke, convenientemente quizás, no se cansará de repetir que esto no es una teoría, o la manera única en la que puede entenderse la referencia. De hecho, se muestra bastante escéptico ante cualquier

---

<sup>131</sup> Kripke no excluye que haya caso en donde la referencia se fije por medio de una descripción, pero sólo como sustitución al bautizo, es decir, cuando no se tiene ni es posible tener el objeto en frente. Cfr. Kripke: *Naming and Necessity*, 96

explicación definitiva; lo único que pretende es encontrar un imagen más fiel a lo que de hecho sucede con el lenguaje.

Esto no significa que la “imagen” no haya tenido sus objeciones. El más conocido es el argumento de Gareth Evans. El ejemplo que utiliza este autor para hacer caer la tesis de Kripke es el de Marco Polo y Madagascar. Originalmente, dice Evans, Madagascar no era el nombre de una isla sino de una porción del continente africano, Marco Polo entendió mal a los nativos y pensó que “Madagascar” se refería a la isla. Después comunicó el nombre a los occidentales que se siguieron refiriendo a la isla.

Evans dice que la teoría causal no debería permitir esto, puesto que la cadena que se inició con el bautizo de la porción africana y se comunicó a Marco Polo es la misma; es ahí, a dicha porción de África, a donde la referencia debería dirigirse. Pero no es así: los hablantes de hoy en día se refieren a la isla, cadena causal o no.

Las “cadenas” tienen muchas discontinuidades, concluirá Evans, y por lo tanto su poder explicativo para comprender como funciona el mecanismo de referencia no puede ser mayor al de una descripción definida.<sup>132</sup>

Kripke en ningún momento pretenderá, en efecto, que la gente se refiera a la porción del continente africano cuando dice “Madagascar”.

---

<sup>132</sup> Cfr. Gareth Evans: “The Causal Theory of Names” (*Aristotelian Society Supplement*, 1973), 192-197

Su defensa es que una intención presente sobrepasa a una intención pasada de referirse a un objeto. En efecto, cuando Marco Polo equivocó la referencia del nombre es como si hubiera “bautizado” ahora una isla. Puesto que al equivocarse el nombre comenzó una nueva cadena causal, y dado que las referencias ya eran distintas, “Madagascar” la isla, era un nombre distinto a “Madagascar” la porción del continente.

Imaginemos que alguien en clase de historia escucha el nombre “Napoleón” y decide ponerle así a su perro: lo único que conectará a dicho perro con el emperador francés será la fonética y los motivos del bautizador, pero una nueva cadena causal se ha iniciado. Y es justo esta distinta cadena causal lo que permite, en el acto de referir, distinguir a Napoleón el emperador con Napoleón el perro. Los caminos de la referencia son distintos.

Muchas veces ni siquiera se necesita que haya un bautizo o la determinación de una descripción para que se inicie una cadena causal; como en el caso de Marco Polo todo puede comenzar por un malentendido.

¿Es entonces la teoría causal suficiente para dar cuenta de que un nombre tenga éxito de, por así decirlo, *llegar* a su significado? Sí y no. Primero notemos que en el caso de Marco Polo, es necesaria *la intención* de referirse a la isla. Kripke tendría que explicar qué es eso de la “intención”, y si la intención es simplemente eso, entonces toda la cadena causal es irrelevante: logramos referirnos a las cosas porque

queremos referirnos a ellas. Esto no desbanca la teoría, simplemente muestra que no es suficiente en sí.<sup>133</sup>

Kripke tiene un excelente punto, sin embargo: si no hubiera una conexión causal probablemente no sabríamos cual es el significado de los nombres, *pero esto por el simple hecho de que el nombre no podría llegar a nosotros.*

Se puede imaginar la conexión causal como una de las condiciones *objetivas* para que un nombre llegue a referir, es decir, independientemente de qué hagamos nosotros después. Es cierto que si el nombre no tiene algún tipo de historia, sobre todo cuando no tenemos acceso directo a dicho objeto denotado por el nombre, es difícil que llegue a su objeto, más aún cuando las descripciones son tan inestables (aunque quizás no más que la cadena de hablantes).

Kripke está utilizando la misma estrategia que utilizó en el caso de la definición de nombres propios como designadores rígidos: propone un nuevo método sin excluir completamente la posibilidad de que una descripción se logre escabullir. Es decir, es cierto que gracias a la cadena que comenzó en un bautizo conocemos el nombre de "Aristóteles", pero quizás no sea tan evidente que gracias a esa misma cadena *nosotros* lo sabemos distinguir de "Burruru", aunque la cadena sea distinta. Ese, en el fondo, es el punto de Gareth Evans.

---

<sup>133</sup> Cfr. Searle: *Intentionality*, 338.

**Conclusión: Final de partida.**

Kripke ha dado una respuesta al problema de la referencia que no explica todo al respecto y en consecuencia no deja a todos satisfechos. Los sentidos de Frege, existentes o no, no parecen, sin embargo, una alternativa viable puesto que Kripke ha sabido argumentar por qué el sentido nunca o casi nunca determina la referencia. Sólo Russell se salva en este problema, pero eso simplemente porque en Russell la referencia sólo aparece cuando tenemos al objeto (y ni siquiera al objeto, a una data-sensible particular presumiblemente causada por el objeto) frente a nosotros.

Quizás el problema sea nuestra concepción de referencia. Ese camino, sin embargo, no lo exploraré hasta en las conclusiones finales de este trabajo.

Ahora quisiera cerrar esta contienda trayendo nuevamente al juego los dos problemas anteriores: el de la substitución de nombres en contextos epistémicos y el de la no-existencia. Esto me parece justo, puesto que ahora es Kripke quien no ha dejado de atacar.

Comencemos por lo segundo. En el apéndice de *Naming and Necessity* Kripke habla brevemente de “clases” que no existen, y mundos posibles en donde los objetos no refieren. Su exposición es a lo mucho sólo un esquema y al final confirma:

Estoy conciente de que la crítica brevedad de estas observaciones reduce cualquier persuasión que podrían tener de otra forma. Espero

desarrollarlas más adelante, en un trabajo a venir que discute el problema de las sentencias existenciales, los nombres vacíos y las entidades ficticias.<sup>134</sup>

El trabajo al que Kripke hace alusión se titula *Reference and Existence: The John Locke Lectures for 1973*, que no ha sido publicado y sólo se puede acceder desde la biblioteca de Oxford; además de que no puede ser citado ni comentado sin el permiso de Kripke.

Sólo por esto debería darle el punto a Russell. Afortunadamente, Nathan Salmon sí leyó el trabajo y sí obtuvo permiso para exponerlo, y es de su exposición de donde voy a extraer la postura de Kripke al respecto.<sup>135</sup>

El autor propone que en el caso de personajes ficticios como “Sherlock Holmes” debemos entender que el nombre tiene un doble significado, según un doble estatus. “Sherlock Homes1” puede ser visto como el protagonista de la novela *El sabueso de Baskerville*, en donde es claro que se hace alusión a un personaje ficticio y por lo tanto es un nombre que en, efecto, no refiere a nada.

“Sherlock Holmes2” puede ser entendido, sin embargo, como una entidad abstracta creada por Arthur Conan Doyle: en ese caso

---

<sup>134</sup> “I am aware that the cryptic brevity of this remarks diminishes whatever persuasiveness they may possess otherwise. I expect to elaborate on them elsewhere, in a forthcoming work discussing the problems of existential statements, empty names, and fictional entities”. Kripke, Saul. *Naming and Necessity*. Harvard University Press. 1980: 158

<sup>135</sup> Cfr. Nathan Salmon: “Nonexistence”, *Nous*, 32,3 (1998), 277-319

“Sherlock Holmes2” refiere a dicha entidad. Esto no es un regreso a Meinong. Dichas entidades no están “allá fuera”, sino en la mente del creador; no se está haciendo alusión al personaje, sino a un objeto artificial como cualquier otro. Como si se estuviera hablando del ula-ula, por ejemplo. En este uso la referencia es clara.

Ahora, en el caso de Sherlock Holmes1, cuando se dice “Sherlock Holmes1 no existe”, dado que Sherlock Holmes es un nombre vacío, lo que se está diciendo es algo así como: “No hay proposiciones verdaderas de Sherlock Holmes1 existe”

Esto no sólo aplica para personajes ficticios, también se puede utilizar el mismo razonamiento en teorías erróneas, Salmon expone:

“Un planeta hipotético [Vulcano] fue postulado para explicar la órbita irregular de Mercurio.” (...) Al introducir el nombre “Vulcano1” y “Vulcano2” –el primero como el nombre para un planeta entremercuriano y consecuentemente, no referencial; el segundo como un nombre que creó Babinet. Cuando se dice que Vulcano1 no influencia la órbita de Mercurio, y que Vulcano1 no existe, lo que quiere decirse es que no hay proposiciones verdaderas de que Vulcano1 influencia a Mercurio o de que Vulcano1 existe.<sup>136</sup>

---

<sup>136</sup> “‘A hypothetical planet was postulated to explain Mercury’s irregular orbit’ In introducing the name ‘Vulcan1’ and ‘Vulcan2’ –the first as a name for an intra-Mercurian planet, and consequently nonreferring, the second as a name from Babinet’s creation. When it is said that Vulcan1 does not influence Mercury’s orbit, and that Vulcan1 does not exist, what is meant is that there are no true propositions that Vulcan1 influences Mercury or that Vulcan1 exists”. Cfr. Salmon: “Nonexistence”, 294

Salmon no está satisfecho con esta respuesta puesto que señala, y con razón, que términos proposicionales como “proposiciones verdaderas que Vulcano<sup>1</sup> influencia a Mercurio” es tan vacía como “Vulcano<sup>1</sup> influencia a Mercurio” Una no existencia se explica por medio de otra y el asunto de convierte en un círculo vicioso.

Más aún, cuando esto se combina con reportes como: “*De acuerdo a Babinet* Vulcano<sup>1</sup> (puesto que aquí Babinet está hablando de su artificio: Vulcano<sup>2</sup>) afecta la órbita de Mercurio”, el asunto se complica más, puesto que “¿cómo Babinet puede creer algo que no es nada en absoluto?”<sup>137</sup>

Y ¿qué hay de los casos en los que se combina ficción con realidad? Salmon señala que en estos casos es confuso saber si se está haciendo alusión a Sherlock Homes<sup>1</sup> o a Sherlock Holmes<sup>2</sup>. Si se dice por ejemplo “Sherlock Holmes era más listo que Bertrand Russell”, la sentencia sólo parece tener sentido si “Sherlock Holmes” se refiere a algún concepto como “el detective brillante que tal-y-tal”<sup>138</sup> Pero esto, además de ser una descripción, ya no es ni un término vacío ni un artificio abstracto.

---

<sup>137</sup> ¿How can Babinet believe something that is nothing at all? Salmon: “Nonexistence”, 296

<sup>138</sup> Cfr. Salmon: “Nonexistence”, 296

Y en efecto Kripke, lo cita Salmon, confiesa que en ciertos casos parece haber “*un tipo especial de uso casi- intensional.*” (“A special sort of quasi-intensional use”<sup>139</sup>).

Thomas Bernhart tiene un relato corto en donde cuenta que un oficial de correos asesinó a una mujer embarazada pero en la corte declaro que lo hizo *tan cuidadosamente como pudo*. Y a base de repetir *cuidadosamente* quedó absuelto de todos los cargos. ¿Estamos nosotros dispuestos a absolver a Kripke porque el uso es una *suerte-de-tipo-especial-casi* intensional?

Salmon, por lo menos, no lo está. Y como fiel milliano encontrará otra forma de salir del asunto que va más allá de Kripke e implica usos y contextos específicos entre los hablantes.<sup>140</sup>

Pero desde Kripke, ¿qué se puede concluir? Que por lo menos en el caso de la no-existencia tiene que *casi* conceder que algunos nombres deben ser pensados más allá de sus referentes. De hecho, Kripke no se ve tan afectado si esto es así. Ya vimos cómo la designación rígida no niega que pueda haber sentidos. Simplemente elimina su relevancia en varios contextos. En *A Puzzle About Belief* se atreve hasta a decir lo siguiente (al hablar del problema que será tratado a continuación):

La doctrina de la rigidez en contextos modales es disonante, aunque no necesariamente inconsistente, con una visión que invoca

---

<sup>139</sup> Salmon: “Nonexistence”, 296

<sup>140</sup> Cfr. Salmon: “Nonexistence”, 300-319

consideraciones anti-millianas para explicar contextos de actitudes proposicionales.<sup>141</sup>

Y si está dispuesto a conceder esto para contextos epistémicos, podemos pensar que también esté dispuesto a considerar lo mismo en contextos existenciales, sobre todo porque en este caso no parece tener mucha salida.

Kripke sí la tiene, en cambio, en el primer caso, pues aunque no parecer ver contradicción entre la rigidez y algún tipo de anti-millianismo (un anti-millianismo que no haga equivalentes la descripción con el nombre<sup>142</sup>), el filósofo aboga que el problema no se encuentra en los nombres sino en los operadores epistémicos.

Comencemos por lo que declara en *Naming and Necessity* al respecto:

No tengo “doctrina oficial” al respecto y de hecho no estoy seguro si el aparato de “proposiciones” no se rompe en esta área.<sup>143</sup>

Claro, hay una razón por la cual Kripke no tiene doctrina, y esto lo explica en el artículo ya citado, *A Puzzle About Belief*. Aquí plantea, a grandes rasgos, la siguiente paradoja:

---

<sup>141</sup> “Also as the doctrine of rigidity in modal contexts is dissonant, though not necessarily inconsistent with a view that invokes anti-Millian considerations to explain propositional attitude contexts”. Kripke: “A Puzzle About Belief”, 1013

<sup>142</sup> Este punto se encuentra aquí: “This aspect of the Frege-Russellian view can, as before, be combined with a concession that names are rigid designators and that hence the description used to fix the reference of a name is not synonymous with it”. Kripke: “A Puzzle About Belief”, 1008

<sup>143</sup> “I have no ‘official doctrine’ concerning them, and in fact I am unsure that the apparatus of ‘propositions’ does not break down in this area”. Kripke: *Naming and Necessity*, 21

Pierre es un francés al que le han dicho: “*Londres est jolie*”(Londres es bonito) y lo cree. Se puede afirmar entonces lo siguiente:

(1) Pierre cree que *Londres* es bonito.

Imaginemos ahora que Pierre se va a vivir a un suburbio maltrecho de Londres, pero le han dicho que ahí donde vive es *London*. A Pierre no le gusta *London*, se le hace sucio y feo. Podemos decir entonces:

(2) Pierre cree que *London* no es bonito.

Ahora, si la sustitución de nombres distintos con la misma extensión es controversial, esta no es tanto cuando es sólo una traducción, es decir Kripke supone que todos parecemos dar por hecho que las traducciones no alteran el valor de verdad.<sup>144</sup> Por lo tanto si hacemos una conjunción de (1) y (2) tenemos:

(3).: Pierre cree que Londres es bonito y Pierre cree que Londres no es bonito.

¿Debemos acusar a Pierre de guardar creencias contradictorias? Kripke después de explorar una gama de de posibilidades, como por ejemplo, que la pregunta se pusiera en otros términos, concluye que no lo sabe:

¿Pierre asevera que Londres es bonito o no? Desconozco una respuesta a *esta* pregunta que parezca satisfactoria. No es una respuesta decir que en *otra* terminología alguien podría saber este hecho.<sup>145</sup>

---

<sup>144</sup> Y si alguien no lo acepta Kripke también tiene un ejemplo que no implica traducción pero muestra el mismo punto. Utilizo éste, sin embargo, porque es el más famoso. Para el otro ejemplo cfr. Kripke: “A Puzzle About Belief”, 1029

<sup>145</sup> “Does Pierre, or does he not, believe that London is pretty? I know no answer to *this* question that seems satisfactory. It is no answer to protest

El punto de Kripke es que aun cuando Londres tuviera una descripción distinta de *London* las creencias seguirían siendo contradictorias; y si suponemos, como Kripke supone, que Pierre es además un lógico serio que no se permitiría sostener conscientemente alguna contradicción, no hay manera de salir del embrollo: Pierre puede aseverar perfectamente las dos cosas. Como repite Kripke, la única solución sería dejar de dar por hecho que la traducción preserva el valor de verdad o encontrar una mejor traducción para *Londres*. Ambas soluciones ocasionarían más problemas de los que se quieren resolver:

El punto es que los absurdos de la desentrecomillación (*disquotation*)<sup>146</sup> más la substitución podrían generar son exactamente paralelos a los absurdos generados por la desentrecomillación más la traducción o hasta la desentrecomillación sola<sup>147</sup>

¿Cuál es la lección de todo esto?

Entramos a un área en la que nuestras prácticas normales de interpretación y atribución de creencia son sujetas a la más alta tensión posible, quizás al punto de rompimiento. Así es la noción del *contenido*

---

that, in some *other* terminology, one can state this fact". Kripke: "A Puzzle About Belief", 1023

<sup>146</sup> Este principio no lo había explicitado, pues como Kripke afirma, es bastante obvio. Se enuncia así: Si B sinceramente asevera que "p" entonces puede decirse que "B cree que p"

<sup>147</sup> "The point is that the absurdities that disquotation plus substitutivity would generate are exactly paralleled by absurdities generated by disquotation plus translation, or even 'disquotation alone'". Kripke: "A Puzzle About Belief", 1033

de la aserción de alguien, es la *proposición* que expresa. En el estado actual de nuestro conocimiento, creo que es insensato sacar una conclusión, positiva o negativa, sobre la sustitución.<sup>148</sup>

Y ahora ya se entiende la declaración de Kripke en *Naming and Necessity*: Kripke no tiene solución a las paradojas de Frege porque dichas se mueven en un terreno en donde probablemente la lógica ya no puede pasar.

No es contradictorio con la designación rígida usar principios anti-millianos para resolver algunos problemas de sustitución; sin embargo, el problema no está en la sustitución, y quizás sería mejor que la empresa se abandonara completamente.

Esta respuesta no le da el punto ni a Kripke ni a Frege. Autores como Nathan Salmon o Scott Soames, sin embargo, no estarán satisfechos con que el millianismo quede tan mal parado como los sentidos fregeanos e idearán formas de darle la vuelta al asunto.<sup>149</sup> En lo que

---

<sup>148</sup> "We enter into an area where our normal practices of interpretation and attribution of belief are subjected to the greatest possible strain, perhaps to the point of breakdown. So is the notion of the *content* of someone's assertion, the *proposition* it expresses. In the present state of our knowledge, I think is foolish to draw any conclusion, positive or negative, about substitutivity". Kripke: "A Puzzle About Belief", 1033-1034

<sup>149</sup> Salmon llegará a decir que podemos estar tranquilos en afirmar que "Luisa Leine cree que Clark Kent es Superman", siempre y cuando distingamos entre el contexto de la persona que hace la proposición y nuestro contexto. Scott Soames, por otro lado, mostrará como el problema en el rompecabezas de Kripke sobre la creencia puede desaparecer si se distingue entre desentrecomillado "fuerte" y discotación "débil" Cfr. Salmon: *Frege's puzzle*, y Scott Soames: "The Necessary Aposteriori" (*Philosophical Analysis in the Twentieth Century, Volume 2: The age of meaning*, Princeton University Press, 2003)

toca aquí quizás sea Russell y su recurso al rango (como se expuso en el segundo capítulo) lo que mejor nos libra (aunque quizás sólo artificialmente) de las paradojas, siempre y cuando se acepten sus presupuestos.

¿Cuál es el veredicto final de esta batalla?

1. Kripke ha logrado explicar porqué Darthmouth refiere siempre al mismo pueblo, mientras que “el pueblo al lado del río Darth” no.
2. Kripke no ha logrado explicar del todo cómo es que Darthmouth refirió en primer lugar a dicho pueblo y cómo es que lo sigue haciendo.
3. Kripke ha mostrado que los sentidos no son los que determinan la referencia.
4. Kripke no ha mostrado que los nombres no tengan ningún *sentido* en absoluto.
5. Kripke ha mostrado que, en efecto, el millianismo no da respuestas efectivas al problema de la no-existencia y al problema de la sustitución en contextos epistémicos.

En fin que si, como afirma el mismo Kripke, la designación rígida no es contradictoria con el anti-millianismo no veo razón por la cual no debamos apoyar la consideración de cierta intensionalidad en los nombres para ciertos casos.

## **Conclusiones: Un rompecabezas acerca de la referencia.**

Cuando se marchaban, dije a Lisis y Menexenes, que nos habíamos puesto quizá en ridículo ellos y yo, viejo como ya soy, porque los que presenciaron la conversación irán diciendo, que pensábamos ser amigos, y yo lo soy vuestro, y no hemos podido descubrir lo que es el amigo.

Platón, *Lisis*

Imaginemos lo siguiente: estoy en una fiesta, frente a mí está una amiga, detrás de ella Guillermo, yo le digo: “Roberto engañó a su novia”. Mi amiga no conoce a ningún Roberto pero entre nosotras hay una concesión de cambiar los nombres cuando los aludidos están cerca, en todo caso ella pregunta ¿cuál Roberto? En respuesta yo alzo las cejas, y con esto ella ya entiende que me refiero a Guillermo.

¿Hay alguna regla universal que explique cómo es que tengo éxito en referirme a Guillermo? No. De hecho mi amiga pudo no haber entendido.

Podemos encontrar muchas otras situaciones similares. Muchos juegos de adivinanzas, por ejemplo, se fundan en el hecho de que existen varios y distintos recursos para referirnos a las cosas. Ninguno de ellos es infalible; y eso es, muchas veces, lo que hace al juego divertido.

De primera impresión podría parecer que los autores aquí tratados no se han percatado del rol central que juega la capacidad de “atinar” en nuestras prácticas lingüísticas.

Sin embargo, creo que Frege y Russell lo tenían bastante claro,<sup>150</sup> y Kripke, a pesar de utilizar todo el tiempo ejemplos del lenguaje natural en *Naming and Necessity*, esta conciente, por ejemplo, de la distinción entre designadores rígidos *de jure* y designadores rígidos *de facto*.

Si el objetivo es hacer un sistema simbólico riguroso no se pueden tomar en cuenta todos los “acontecimientos lingüísticos”. Pedir eso sería como pedir que a un físico que considerara en sus cálculos cada crater de la Luna para una medición exacta de su trayectoria.

¿Cómo se traduce esto a las conclusiones finales? Moderando los alcances de las distintas teorías:

Con Kripke podemos concluir (1) que las descripciones no determinan la referencia *necesariamente*, y por lo tanto debe haber un candado en la substitución de nombres propios por descripciones definidas; sobre todo si se quiere operar con dichos nombres.

Con Russell podemos concluir que (2) los pseudo-nombres aparecen muchas veces en la lógica, y por lo tanto debe haber una forma de entenderlos, y operar con ellos. Usar una descripción definida para eso es un buen recurso, sobre todo si se toma en cuenta que las descripciones russellianas no están pensadas para determinar la referencia. Ahí radica, de hecho, su utilidad.

---

<sup>150</sup> Como se vio, Frege señala en “On Sence and Reference” que la forma en la que funciona el lenguaje natural es muy distinta a la del lenguaje lógico; y el mismo Russell sabe que cuando usa el ejemplo de “Scott” como nombre propio, está haciendo una suposición que en un análisis más profundo no sería válida; sin embargo, hace uso del ejemplo porque es más claro y útil.

Y en menor grado podemos concluir con Frege que (3) el modo de presentación con el que asociamos un nombre afecta nuestra comprensión del mismo y las conclusiones a las que llegaremos después debido a dicha asociación.<sup>151</sup>

Lo cual nos lleva a dos preguntas:

La primera, ¿es posible reconciliar las posturas de Russell y Kripke sin caer en contradicción? La pregunta puede plantearse de manera distinta: ¿es posible que la teoría de Russell se sustente sin tomar en cuenta sus preocupaciones epistémicas?

A lo que debo responde que sí. La restricción de Russell se leía de la siguiente forma: “cualquier cosa de la que podamos dudar de su existencia entonces debe ser considerada como descripción”. Pero no veo ningún problema en darle un giro positivo a dicha restricción, a saber: cualquier cosa de la que tengamos razón suficiente para afirmar su existencia podemos pensarla como candidata viable a llevar un nombre propio, y podemos asignarle un nombre propio hasta que tengamos razón suficiente para no hacerlo. En efecto, si dichos portadores nunca existieron, entonces *siempre fueron descripciones no analizadas*. Es decir, no fueron nombres problemáticos desde un principio.

---

<sup>151</sup> Como que “Aristóteles” es distinto a “Burruru”

Una vez hecho ese acuerdo la designación rígida y el análisis descriptivista de pseudo-nombres pueden convivir en el mismo lenguaje simbólico.

La segunda pregunta es ¿qué sigue? Por Kripke sabemos que la referencia continúa una vez que está dada, pero no sabemos qué determina la referencia. Las descripciones no lo hacen en rigor, como quería Frege, pero lo hacen a veces. También lo hace, al parecer, la cadena causal, el bautismo inicial, nuestra “intención” de referirnos a ese objeto o cualquier juego lingüístico en el que participemos en dado momento.

Sin embargo, eso ya no es estudio de la lógica. Si la lógica trata, por ejemplo, con premisas biológicas, no se ocupa en saber cómo es que los biólogos llegaron a dichos descubrimientos. Si algo les interesa al respecto es que sigan siendo premisas verdaderas. Así, si los lógicos trabajan con nombres, no se ocupan en saber cómo es que dichos nombres lograron referir a sus objetos.<sup>152</sup> Si algo les interesa al respecto es que lo sigan haciendo.<sup>153</sup>

Podemos concluir entonces que el terreno del acto de referir es el terreno de la práctica; en este caso, de las prácticas lingüísticas. Es en

---

<sup>152</sup> De ahí que las preocupaciones de Russell en “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description” fueran más epistémicas que lógicas.

<sup>153</sup> Por lo mismo, no importa tanto si la noción de Nombre Propio es fundamental en el acto de referir (o si las referencias se dan, más bien, en un contexto global y dependen de nuestras otras referencias y teorías, por ejemplo), sólo importa que dicha noción lo sea en la construcción de sistemas lógico-simbólicos.

este mundo en el que los sentidos de Frege pueden reconsiderarse; así como todas las maneras para referir que podamos encontrar. Incluso maneras de referir que no impliquen la noción de nombre propio como bloque fundamental en nuestros actos lingüísticos.<sup>154</sup>

---

<sup>154</sup> Para un estudio de la referencia enfocado en las prácticas lingüísticas ver por ejemplo Donald Davidson: "A Nice Derangement of Epitaphs". (*Truth, Language and History: Philosophical Essays*, Oxford Clarendon Press, 2005)

## Bibliografía

- Almog, Joseph: "Naming without Necessity". *The Journal of Philosophy*, 83, 4, 1986
- Burghes, John: "Marcus, Kripke and Names". *The New Theory of Reference*, P. Humphreys (ed), Springer, 1998
- Davidson, Donald: "A Nice Derangement of Epitaphs". *Truth, Language and History: Philosophical Essays*, Oxford Clarendon Press, 2005
- Davidson, Matthew: *On Sense and Direct Reference*. McGrawhill, 1997
- Devitt, Michael: "Against Direct Reference". *Midwest Studies in Philosophy*, 14, 1989
- Dummett, Michael: *Frege: Philosophy of Language*. Harvard University Press, 1973
- Evans, Garreth: "The Causal Theory of Names". *Aristotelian Society Supplement*, 1973
- Frege, Gottlob: "On Sense and Reference". *Meaning and Reference*, A.W. Moore, Oxford University Press, 1993
  - "Thoughts". *Logical Investigations: Gottlob Frege*, P.T Geach. Oxford, 1977
- Hughes, Christopher: *Kripke*. Calendron Press, 2004
- Humphreys, P: *The New Theory of Reference - Kripke, Marcus, and Its Origins*, Springer, 1999

- Hylton, Peter: "The "Theory of Descriptions". *The Cambridge Companion to Russell*, 2003
- Katz, Gerrold: "The end of millianism: multiple viewers, improper names, and compositional meaning". *The Journal of Philosophy*, 98, 3, 2001
- Kripke, Saul: "A Puzzle About Belief". *On Sense and Direct Reference*, Mathew Davidson (ed), McGrawhill, 2007
  - "Identity and Necessity". *Identity and Individuation*, K Munitz, NYU Press, 1971
  - *Naming and Necessity*. Harvard University Press, 1980
- Lewis, David: *On The Plurality of Worlds*. Blackwell, Oxford, 1986
- Marcus, Ruth: "Modalities and Intensional Languages". *Synthese*, 13, 4, 1961
- McCulloch, Gregory: *The game of the name*. Oxford University Press, 1989
- Meinong, Alexis: "The Theory of Objects". *Realism and the Background of Phenomenology*, R. Chisolm (ed), New York Free Press, 1960
- Mill, John S: *A System of Logic*. University Press in the Pacific, 2002.
- Moore, A.W: *Meaning and Reference*, Oxford, 1993
- Pendlebury, Michael: "Why Proper Names are Rigid Designators". *Philosophy and Phenomenological Research*, 90, 4, 1990

- Plantinga, Alvin: "De re et De dicto". *Noûs*, 3, 3, 1969
- Quine, W.V.O: "Notes on Existence and Necessity". *The Journal of Philosophy*, 40, 5, 1943
  - "Quantifiers and propositional attitudes". *Journal of Philosophy*, 53, 1956
  - "The Problem with the Interpretation of Modal Logic". *The Journal of Symbolic Logic*, 12, 2, 1947
  - "Two Dogmas of Empiricism". *The Philosophical Review*. 60, 1, 1951
  - *Word and Object*. MIT Press. 1960
- Russell, Bertrand: "Descriptions". *Meaning and Reference*, A.W. Moore (ed), Oxford University Press, 1993
  - "Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description". *Proceedings of the Aristotelian Society*, 11, 1911
  - "On Denoting". *Mind*, 14, 1905
- Russell, Bertrand y Whitehead, Alfred: *Principia Mathematica*. Cambridge, 1905
- Salmon, Nathan: *Frege's puzzle*. MIT Press, 1985
  - "Nonexistence". *Nous*. 32,3, 1998
- Searle, John: "Proper Names". *Mind*, 67, 266, 1958
- Soames, Scott: *Reference and Description*. Princeton University Press, 2005

- “The Necessary A posteriori”. *Philosophical Analysis in the Twentieth Century, Volume 2: The age of meaning*, Princeton University Press, 2003